

GIO

Condenada a amar

HUGO SANZ

GIO

Condenada a amar

HUGO SANZ

Primera edición.
Gio: condenada a amar
©Hugo Sanz
©mayo, 2025
©imágenes por AdobeStock y Freepik
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Epílogo

Capítulo 1



A veces, una simple sensación se convierte en una señal que puede que quizás no sepas interpretar, lo cual no quiere decir que no lo hagas más adelante, cuando tu mundo se haya puesto patas arriba y, quizás, las consecuencias de tus actos sean irremediables.

Me había sucedido varias veces en mi vida y aquella noche se repitió. Por cierto, no me he presentado. Mi nombre es Georgina y, como a la famosísima mujer de Cristiano Ronaldo, todos me llaman Gio.

Acababa de salir del gym y quise ir a tomar unas copas. Ese negocio era buena parte de mi vida, ya que invertí tiempo, esfuerzo y dinero en montarlo junto con mi inseparable Greta, mi amiga desde la infancia.

Cuando estábamos en el instituto, ya ambas éramos unas entusiastas del culto al cuerpo y destacábamos en las clases de Educación Física. Greta se planteó hacerse profesora de esa disciplina. Y si lo hizo, fue por mí.

Ambas teníamos claro que habíamos crecido juntas y que deseábamos que nuestros futuros profesionales continuasen entrelazados. Mi padre y mi madre eran médicos, lo mismo que mi hermana mayor Abigail, que siguió los pasos de ambos.

Desde siempre supe que los libros no estaban hechos para mí. En cuanto terminé el Bachillerato, convencí a Greta para que nos pusiéramos a trabajar

duro y ahorrásemos. Su familia era de clase media igual que la mía, bastante acomodadas, eso sí. Y llegado el momento nuestros padres nos ayudarían a montar un gimnasio. Pero para entonces debíamos demostrarles que nuestro proyecto era sólido y que estábamos preparadas para transitar por el camino del emprendimiento.

A los 25 abrimos las puertas del gym. No nos decantamos por ninguna franquicia, puesto que deseábamos darle nuestro toque personal al negocio. No éramos amantes de que nos dieran órdenes y más bien nos definíamos como dos espíritus libres ansiosos por labrarnos un futuro profesional.

Nos metimos en un embolado considerable, ya que nuestros ahorros solo llegaron para cubrir una mínima parte de los gastos del proyecto. Para el resto nos endeudamos hasta el cuello, porque la ayuda que quisimos aceptar de nuestros padres fue solo a nivel de que nos avalasen.

Eso sí: si nos hundíamos, nos los llevábamos por delante. Y por ese motivo la responsabilidad era enorme y nos pesaba lo suyo sobre las espaldas.

Desde entonces habían pasado tres años. Tres años en los que defendimos el negocio como jabatas y, por ese motivo, habíamos ya amortizado una buena parte del préstamo que debíamos. Y las perspectivas eran las mejores.

Con el tiempo, fuimos ampliando la oferta inicial de clases, que en principio era mucho más limitada: pilates, yoga, *crossfit, spining*, gimnasia aeróbica, entrenamientos de intervalos de alta intensidad…

La gente estaba encantada con Greta y conmigo, aunque no hace falta decir que tuvimos que ir haciéndonos con una plantilla y que ya contábamos con varias personas a nuestro cargo. De entre todas ellas, Santi era mi chico preferido, un gay con una pluma de lo más afilada, y no me refiero a su manera de escribir, ya me entendéis. Él se encargaba de las clases de zumba

y me partía cuando le veía con sus *leggins* rosa fucsia conjuntados con algún tipo de *body* de lentejuelas.

—Y eso cualquier día del año. Fíjate cómo irá el niño en Nochevieja—le dije al salir.

—Divino de la muerte, ¿cómo voy a ir? Pero esa noche y todas, que nunca se sabe dónde está la suerte. ¿Te imaginas que follamos esta noche tú y yo? —me preguntó, poniéndose delante de mí.

—No te confundas, que ni yo tengo rabo ni a mí me van los afeminados, cariño.

—Joder, Gio, que ya lo sé… Me refiero a si follamos por separado, ¿nos vamos de marcha?

—Ni lo sueñes, Santi. Y no la tientes más. Es día de entre semana y mañana nos tenemos que dar una paliza sensacional. Espera que cuente las clases que vamos a impartir…

—Greta, stop!!! —le puso la mano por delante.

—Que soy tu jefa, Santi, ¿eso no te entra en la cabeza? Algo tendré que decir.

—Ya estamos en la puerta. Aquí no eres mi jefa, aquí eres una fiestera igual que yo.

—No me piques, te lo pido por favor.

—¡¡Te voy a picar igual que una abeja!! —comenzó a dar saltitos.

—Pues con esos *leggins* que me llevas, más que una abeja pareces…

—Una diva, parezco una diva, Gio. ¿Tú qué dices? Venga, asiente con la cabeza, no hace falta que abras esos labios jugosos y aterciopelados que me llevas. Qué nivel.

—Deja de hacerle la pelota a Gio, Santi.

—¿Estás celosa, Greta? En tu caso solo tienes que mover hacia arriba y hacia abajo ese culazo de diosa, duro como una piedra, que me llevas. Si no fuera gay hasta el tuétano, te diría lo que podríamos hacer tú y yo en…

—Calla, Santi, que eres el mismísimo demonio.

—Pues el demonio, cuando está ocioso, mata moscas con el rabo. Yo prefiero darle con él a algún mosquito muerto, que son los peores. Te crees que no te van a responder y cuando quieres darte cuenta los tienes galopando encima de ti, con un sombrero vaquero tipo *cow boy*, y convertidos en unas reinonas. Yo lo llamo la metamorfosis del gay encubierto y…

Santi hablaba y hablaba. Greta negaba, pero yo ya había tomado mi decisión: nos íbamos de marcha. Y eso que algo me decía que esa noche podría meterme en líos. No sé identificarlo, era como una especie de voz que me hablaba en ciertos momentos de mi vida.

No me paraba a escucharla ni lo más mínimo porque la odiaba desde que hacía un par de años… En fin, ahora no tengo ganas de comenzar a contar qué me sucedió un par de años antes, cuando llevaba uno al frente del gym con Greta, y entonces mi vida cambió para siempre.

Hay decisiones, momentos en la vida en los que tienes que optar por un camino o por otro. Y lo que no sabes es que si escoges el incorrecto podrás

lamentarlo por siempre y entregarías tu alma al diablo con tal de poder dar marcha atrás. Luego aprendes que en la vida la marcha atrás no existe, que el paso del tiempo es inexorable y que nos arrolla. Y que lo hecho, hecho está, con todas sus consecuencias, algunas de ellas irreversibles.

Capítulo 2



Llegamos a “Living” esa gran discoteca que acababan de inaugurar, de la que Santi tanto nos había hablado porque la cosa tenía gracia: se llamaba igual que nuestro gym.

—Es que todo lo bueno abunda. Y cuando digo todo lo bueno, quiero decir eso: todo lo bueno.

Me lo decía mirando a un tío que estaba impresionante y quien también le estaba poniendo el candado a su moto, pues era motero como yo.

Tenía moto desde siempre… la velocidad me perdía, pero desde que murió Mario, mi novio, se convirtió en una especie de adicción que era la única que podía calmar esa sed que sentía en muchos momentos y que llegaba a secarme por completo por dentro.

De eso era de lo que no os quería hablar todavía; de la muerte de Mario un tiempo antes. También era motero y con él viví momentos increíbles, compartiendo la misma moto o cada uno en la nuestra. El nombre del gym, “Living”, que se traduce como “Viviendo” me resultó de lo más paradójico tras su marcha.

Quise apartar el pensamiento de Mario de mí, no solía permitirme el lujo de pensar demasiado en él. Y menos cuando su recuerdo me dolía en lo más

hondo, en lugares en los que ni siquiera podía sospechar que habitase el dolor. Y lo malo era que lo hacía.

El motero me seguía mirando y me levanté. Le mantuve la mirada lo suficiente como para que se decidiese a avanzar hacia mí.

—¿Te conozco? —le pregunté en ese momento y él me respondió sin vacilar.

—Seguro que no, porque entonces no te habría olvidado.

—Claro, y eso es la primera vez que se lo dices a una chica, ¿verdad?

—No es la primera, no. Me has pillado y ahora me veo en la obligación de invitarte a una copa.

—Gio, recuerda que has venido en moto. No puedes beber.

—Ha dicho una, Greta, una—volví el cuello incómoda.

—Recuerda que tu hermana Abigail siempre nos dice que…

—Que ni una puta gota, pero ella es médica y exagera un poco las cosas, ¿o es que todavía no te has dado cuenta?

Quien no se había dado cuenta de muchas cosas era yo, más que nada porque no era la primera vez que bebía y cogía la moto. Suele pasar cuando no muestras demasiado respeto por tu vida, aunque alcohol y velocidad es una mezcla explosiva. Y no solo porque te puedas joder la vida al ponerte en carretera, sino porque se la jodas a otros. Y eso es más injusto.

Entré con él en el local y la dejé con Santi. Greta me dedicó una mirada reprobatoria. Vivíamos juntas y sabía mejor que nadie que iba de mal en peor, que después de lo de Mario no levantaba cabeza.

Había varias pistas en el local. Mis amigos se dirigieron hacia la de música latina, algo más tranquila, repleta de gente derrochando sensualidad sobre ella.

—Así que te llamas Gio.

—Sí, ¿y tú?

—Soy Martín, me gusta tu moto y también tu carrocería—me dirigió una intensa mirada de esas que derriten mientras llamaba la atención del camarero con la intención de que nos sirviera un par de copas.

Era muy moreno de piel, corpulento, bastante corpulento, y con el pelo cayéndole por los hombros. Todas las chicas le miraban porque era de esos que derriten el hielo a su paso. Y parecía estar tan interesado en echarme un polvo como yo a él.

—Pues mi carrocería está a punto para ser probada—le contesté sin vacilar.

—Me gusta saberlo, ¿quieres que la probemos solos o…?

Miró al resto del local. Se intuía que era de esos tipos para los que el sexo no tenía secretos y que le daba lo mismo acostarse con una sola persona a la par que con una docena.

No me escandalizó su propuesta ni mucho menos. En aquellos dos años sin Mario había probado de todo. Y no me siento orgullosa, pero tampoco voy a negar que en ese “de todo” no solo se incluía sexo, sino también

distintas pastillas de esas que te estimulan cuando lo único que quieres es que la tierra te trague o que te hacen aguantar horas y horas, metida en la cama con un desconocido, cuando el alma la tienes partida y solo quieres que ese suplicio se acabe para volver a quedarte sola y notar el vacío que ese tipo de relaciones te dejan.

No quiero decir con esto que fuese consumidora habitual, pues en el día a día no me metía nada. Pero sí lo era ocasional; cuando salía de marcha. Y eso era lo que llevaba a Greta a querer atarme en corto, pues ella conocía de sobra mi jodido *modus operandi*. Era ella quien me veía volver luego y quien conocía cada uno de mis secretos. Por eso procuraba llevarme directa a casa, algo que a menudo no lograba.

Estuve echando un vistazo y al final arrugué la nariz.

—Creo que nos vamos a ir solos tú y yo—le anuncié—. No veo nada que me llame la atención.

—¿Tampoco yo?

—Tú estás para chillarte y tengo ganas de chillar, ¿te queda claro?

—Me queda claro que nos lo vamos a montar sensacional tú y yo.

Fue él quien sacó la puta pastilla de su chaqueta y quien me la puso en la punta de la lengua. En cuanto me la tragué, hizo lo mismo y comenzamos a besarnos.

Mezclada con alcohol, no tardó en hacerme efecto y enseguida se desató entre ambos la típica euforia, las ganas de desinhibirnos y demás.

Bajo los efectos de la pastilla, comenzamos a bailar como si estuviéramos follando en la pista. No es que a nadie le importase porque no éramos los

únicos que íbamos de ese palo, ya que allí había tela de vicio.

Lo que nos habíamos metido era MDMA. Lo sabía porque el corazón me lo puso a mil. Me sentía flotar y la felicidad acudía a mí como las moscas a la miel.

En momentos así, era cuando la puta sensación de culpabilidad volaba lejos de mí. El subidón era total, estaba colocada y con unas ganas de sexo incontrolables.

No pasamos de la primera copa porque me cogí a él y casi hago ventosa. Le sorprendía mi ansia y eso que Martín también iba muy puesto y no tenía menos ganas de jarana que yo.

—Ni se te ocurra irte así—me cogió de la mano Greta, quien vio mi intención de salir del local y vino tras mí.

—¿Así cómo? ¿Estás drogada o qué te pasa? —reí inconsciente.

—No, Gio. Drogada vas tú, es evidente.

—Tú lo flipas mucho, ¡¡que me dejes!!

Ni ella ni Santi pudieron hacer nada por retenerme. Él al principio no entendía porque nunca me había visto así. No llevaba demasiado trabajando con nosotras, por mucho que se hubiese ganado mi cariño enseguida.

—¿Qué mierda le pasa, Greta?

—¿Es que no lo estás viendo? Pierde el control… Al saber lo que se habrá metido, Santi.

—Di mejor que al saber lo que me voy a meter—le solté con descaro—. ¿Tú has visto cómo está el motero?

—Drogado, como tú, así está.

—Qué pinchaglobos eres, Greta, ¡que te den!

Capítulo 3

Arranqué la moto y seguí a Martín, quien me esperaba impaciente con la suya arrancada ya.

Cuando iba así de pasada de revoluciones, y me refiero a mí y no a la moto, las ganas de sexo se me intensificaban tanto que en alguna ocasión llegué a sentir un orgasmo conduciendo, encima de la moto. Sé que puede sonar a ciencia ficción, pero no lo es. Me puse a la altura de Martín, ambos nos mirábamos con las manos puestas en el manillar. Y si no me corrí fue porque enseguida llegamos a su casa.

Es curioso porque hay gente a la que el éxtasis le impide llegar al orgasmo. En mí, el éxtasis, que es otro nombre con el que se conoce a esa droga que habíamos tomado, me excitaba tanto que me ocurría todo lo contrario.

Entramos en su *loft*. En la zona que vivía, en nuestra gran ciudad, no era fácil encontrar aparcamiento. Y la suerte fue que pudimos meter en él ambas motos antes de que Martín me cayera encima y comenzase a arrancarme la ropa.

Con las pulsaciones a tope, también comencé a quitarle la suya a toda velocidad. Íbamos muy pasados de vueltas aquel desconocido y yo.

—Espero que tengas condones—fue lo único que acerté a decirle antes de que sus besos me cerraran el pico.

En la mayoría de las ocasiones controlaba para pedir que así fuera. No voy a decir que siempre porque había veces en las que, demasiado borracha, drogada o excitada, no reparé en el asunto.

Me había pasado un par de meses antes con el dueño de una exclusiva tienda de ropa interior. Y eso que aquel día estaba cachonda a secas. No sé lo que me pasó, porque el tipo estaba allí y no llevaba nada encima. Me abalancé sobre él. Había visto cómo me miraba. Estaba fortísimo, petaba la camisa y la chaqueta del traje. Y me lo tiré sin remordimientos… Y sin condón, de paso.

En fin, que como estáis viendo me había convertido en un desastre con patas. Y al menos lo del condón no quería que me volviese a pasar, porque a las drogas sí que había sucumbido.

No pretendía ser una kamikaze, pero lo era. Y allí estaba de nuevo, en el *loft* de un completo desconocido, y con unas ganas de tirármelo que superaban todo lo racional.

El tío tampoco debía tener ganas de problemas, puesto que sacó un preservativo de la cartera del tirón.

No era mi novio, no era nada mío y ni siquiera conocía a qué se dedicaba, su edad o su apellido. El único dato que conocía en relación con él era que deseaba follármelo. Y que lo deseaba más que ninguna otra cosa en el mundo.

Con el corazón a toda pastilla (y nunca mejor dicho) y en un estado de excitación que trascendía lo humano, salté encima de él y rompí con mis propios dientes el envoltorio del preservativo.

A continuación, le rodeé con mis piernas e hice porque me penetrase con una embestida tan brutal como lo estaba su físico.

Fue tan poco delicado que no miento si digo que en un primer instante hasta me dolió como si aquel miembro colosal que palpitaba ya en mi interior me hubiera reventado por dentro. No era el caso, por suerte. Tan solo hizo tope dadas sus considerables dimensiones.

El tipo estaba excitadísimo y aquel miembro de proporciones desorbitadas luchaba por abrirse paso dentro de un canal, el mío, con el que se rozaba haciendo una fricción que de pronto me llevaba a sentir un placer que no era de este mundo.

—¿Tienes vecinos? —le pregunté.

—Chilla todo lo que quieras, zorra—me contestó.

En ese contexto, ni siquiera me lo tomé a mal. Pensé que tenía que ver con ese estado de excitación y más chillé. Lo hice la primera vez que me corrí y también las siguientes. Eso sí, le di un cachetazo a modo de advertencia de que tampoco se pasase más de la cuenta.

A Martín, el éxtasis sí que le afectó a su capacidad para hacerlo. Al menos tardó un par de horas durante las cuales follamos como leones. Perdí la cuenta del número de veces que me pasó y cuando por fin aquel gigante me cayó encima, en la cama, aplastándome con su cuerpo y con la melena chorreando, creí que me moría del escozor que sentí en los bajos.

—Me voy a ir ya, ¿vale?

—¿No quieres ducharte antes? Yo voy a hacerlo, tú… ¿Cómo te llamabas? —me preguntó porque ni se acordaba. Tampoco yo recordaría

muchos detalles al día siguiente, porque me había ocurrido antes, aunque probablemente se me vinieran a la memoria sus muchos *tatoos*.

Salí de su *loft* haciendo eses. No tuvo ocasión de verlo porque ya se había metido en la ducha. A Martín yo le importaba lo mismo que él a mí: nada.

Capítulo 4



No debía coger la moto así. Pero como no era la primera vez que lo hacía y terminaba en mi cama al final sana y salva… Pues eso, que me envalentoné y pensé que en breve estaría durmiendo y se me pasaría esa sensación tan angustiosa que me comenzaba a invadir.

Horas después de haberme metido algo, comenzaba a sentir el bajonazo. Además, que Martín me había dado una buena paliza en la cama y me sentía abatida.

Lo peor de cuando llevas esa mala vida es que te vuelves tan imbécil de pensar que controlas. Y no controlas una mierda.

La carretera la veía como distorsionada. Para llegar a nuestra urbanización, a esa en la que vivíamos Greta y yo, donde también teníamos el gym, tomé un atajo que me obligaba a salir unos kilómetros a carretera.

Ni siquiera me deslumbraron las luces que aquel chico dio, según me contaron después, al ver que invadía su carril. Solo sentí un gran golpe, cerré los ojos y se hizo el silencio total.

—Por el amor del cielo, Gio, despiértate ya—creí escuchar entre sueños.

No sabía qué pensar al respecto. Era Abigail quien me hablaba, era mi hermana. De eso tampoco había duda.

—Cariño, le pedí que no cogiera la moto, pero no me hizo caso—escuché también hablar a Greta.

—¿Y tú sabes qué es lo que se tomó? Estamos esperando los informes toxicológicos, pero mi hermana no solo ha bebido esta noche, ¿verdad?

—Verdad. Para mí que fue éxtasis, por cómo la vi al coger la moto.

Si hubiera podido moverme en ese instante, habría cogido por el cuello al chivato de Santi, que encima era muy listo él. Pero no podía. Tan solo trataba de abrir los ojos y ni siquiera mis párpados me respondían.

Me pesaba todo y me pesaba la vida. Reconocía los ruidos de aquellas máquinas de fondo y ese olor… El olor a hospital no era algo que se me fuese a olvidar jamás. Yo me había pasado allí una noche entera con Mario… Sí, sé que suena como si fuese una eternidad, pero es que para mí lo fue.

Fue suficiente para que nunca más se me olvidaran esas sensaciones que reviví en una noche en la que era yo la ingresada. Lo único que no sentía era la culpa, porque en esa ocasión la dañada era yo, ¿o no? Porque de pronto recordé aquel coche y me sentí morir, ¿le habría hecho daño a otra persona? Pues tenía todas las papeletas. Y a mí más culpa no me cabía ya en el corazón…

Sé que ha llegado la hora de explicarme porque no puedo eludir el tema eternamente. Un par de años atrás perdí a Mario, a mi novio, y no me lo perdonaba.

El gym tan solo llevaba un año en marcha, pero nosotros salíamos desde hacía varios. Mario era enfermero, unos años mayor que yo. Le conocí en un centro de salud un día mientras me ponía una vacuna, cuando aún hacía poco que dejé de ser adolescente.

Nunca supe de qué estaba compuesta esa vacuna, pero sí que me inoculó amor en estado puro: el que sentí por él desde el primer momento.

Nuestros años de relación fueron magníficos. Mario lo era todo para mí y yo… Yo era la niña de sus ojos.

Él me apoyó muchísimo a la hora de conseguir mi sueño, de montar el gym con Greta. Hasta se ofreció a avalarnos también, algo que no fue necesario.

Mario jamás me puso ningún problema con nada. Es más… El problema fui yo. Cuando por fin montamos el gym me volqué del todo en el negocio y dejé la relación en un segundo plano.

Más de una vez me comentó mi novio que estaba preocupado por nosotros y que si todo marchaba bien.

No le presté demasiada atención a ninguna de esas conversaciones porque adopté una actitud egoísta. Me había acostumbrado a que Mario estuviese allí y, simple y llanamente, no le echaba cuenta ya.

Una noche vino a buscarme en coche a la salida del gym para hablar conmigo. Se empeñó en que fuésemos a cenar y le dejé tirado, aduciendo que estaba muy cansada y que prefería que me llevase a casa.

Por el camino, trató en vano de persuadirme. Llegué y me metí en la cama. Por aquel entonces, tenía una amiga llamada Mariví que era bastante chismosa y que tocó en mi puerta a las tantas.

Fue Greta quien abrió, porque ya vivíamos juntas, y la otra entró en mi dormitorio, pues insistió en hacerlo.

—Gio, a mí no me gusta meterme donde no me llaman—comenzó diciendo.

—O un poco sí—repuso Greta, quien no estaba de acuerdo en absoluto.

—Bueno, el caso es que he salido antes con el coche y era tu novio quien iba delante.

—Sí, me ha dejado en casa.

—Pues chica, yo de ti no me acostaría tan pronto, porque a dos calles de aquí se ha parado en la puerta de una fresca que se lo ha comido a besos al verlo.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. Hasta le ha saltado encima, en plan tigresa. Para mí que tiene que estar dándole de zarpazos ahora mismo.

—Mariví, vete por favor—le pidió Greta.

—Bonita manera de agradecérmelo. Esto es información confidencial, ¿te enteras?

—Me entero yo y seguro que todo el barrio, porque esto no te lo quedarás para ti.

—¿Me estás llamando chismosa?

—Pues sí, ¡largo! —le pidió Greta.

—No la tomes con ella, que no tiene ninguna culpa. Ha sido el cabrón de Mario, que se va a enterar. Por eso tenía tanto interés en hablar conmigo, ¡¡venía a dejarme!! ¡¡Está con otra!!

—Pues al menos te lo quería contar, Gio.

—Eso, tú ponte de su parte. Y ahora la mala soy yo.

—Aquí no hay malos ni buenos. Pero no hace falta que te recuerde que estás pasando mucho de Mario y que eso no le gusta a nadie.

—Será porque me esté tocando el ombligo, no te jode.

—Sé que no, que estás muy liada con el gym.

—Eso es, tú más que nadie me deberías entender, ¡¡que lo hago por las dos!!

—Te entiendo, lo cual no quiere decir que te haya pedido nada, cariño. Mario te adora, no lo pierdas.

—¿Es que no te enteras de que ya lo he perdido?

Me puse a llamarle como una loca. Todo el interés que no mostré en quedar con él ni en que hiciéramos nada en esos meses, lo demostré de golpe en que me cogiese el teléfono. Pero no lo hizo.

Siempre tuve mucho orgullo y me sentía muy humillada aquella noche. Vale, que no le presté atención en el último año, ¿pero liarse con una fulana

sin más? Yo era su novia, llevaba un montón de tiempo con él, ¿me merecía aquello?

Loca de celos le dejé un mensaje de audio en el que le decía que lo sabía todo, que le habían visto y que ya le valía. Que ojalá que le fuera como el culo con el pendón de su ligue y que no me dejaba él, que le dejaba yo.

Después de eso, me metí en la cama y dejé mi chat de whatsApp con él abierto.

—Greta, hasta ahora no lo ha visto el muy canalla. Dos putas horas han pasado. Y mira, que me deja en visto y no contesta. Que le importa una mierda, ¡¡ojalá que se vaya al infierno!!

Esas fueron las últimas palabras que le dediqué. Quien me llamó de madrugada fue una chica que se identificó como su prima Belén. Ni siquiera me acordé de que me dijo que vendría a estudiar a la ciudad. Fue quien cenó con él y quien se lo comió a besos (pero en las mejillas, que eso se lo calló Mariví para alimentar el fuego de la polémica). Ella misma escuchó el golpe cuando él se marchó tras cenar en su casa. Por eso no me contestó, porque no le dio tiempo a explicarme.

Conocí a Belén en el hospital, Mario no vio venir aquella moto que avanzó hacia él porque estaba en shock, ya que le dejaba en aquel audio en el que le deseé lo peor. Y ocurrió.

Sus padres vivían a cientos de kilómetros y no llegaron hasta por la mañana. Me querían mucho de siempre y no tuve valor de explicarles lo sucedido. Fue un agente quien les entregó el teléfono por la mañana y no entendieron nadie. Belén les explicó, pues yo no pude quedarme. Mario luchó toda la noche, pero no superó las gravísimas heridas que le provocó que la moto partiera la luna del cristal al ser atropellada por él.

En mi mente, ese ruido se había reproducido cada día desde entonces, y eso que no estuve allí para escucharlo. Y dos años después, era yo quien iba en moto y quien me la pegué contra un coche. ¿Ironía del destino o el karma que venía a por mí?

Lo más jodido del asunto era que Mario se pasó toda la cena explicándole a Belén que había ido a buscarme para que cenáramos y pedirme matrimonio.

En palabras de su prima, mi novio estaba desesperado por recuperar mi atención y pensó que la boda podría ilusionarme y hacer que volviéramos a tener proyectos en común.

Entre lo poco que se pudo recuperar del interior de su coche, estaba aquel anillo de compromiso que pensó entregarme en una noche en la que no accedí a cenar con él. Fue su prima quien lo hizo y también quien terminó por entregarme el anillo, el cual me hizo llorar a mares.

Siempre lo llevaba colgado de mi cuello, para no olvidarme de Mario. Nunca me perdoné y consideré que mi audio fue el que le mató, privándole de la capacidad de prestar atención a la calzada en un momento en el que le dejé sin reacción.

Mario se debatió entre la vida y la muerte en una aciaga madrugada que no pudo superar. Y a mí me estaba pasando lo mismo.

¿Me escucharía Mario antes de morir como yo las escuchaba a ellas? Esperaba que así fuera porque, sobre el hombro de Belén, lloré a cántaros y recordé en alto que solo él había sido el hombre de mi vida y que le amaba con todo mi corazón, que sentía mucho haberle descuidado.

Ojalá me hubiese escuchado, ojalá se fuese de este mundo sabiendo que la única equivocada fui yo y que si le mandé ese audio fue porque estaba

muy confundida.

Desde entonces viví en tinieblas. Cuando salía por la noche, me perdía y solo quería beber para olvidar. Y lo que no era beber…

En esos momentos, cuando ciertas sustancias entraban en mi cuerpo, era cuando lograba olvidarme de lo pasado y dejar que la euforia me invadiese por completo, quedando atrás las penas.

Aquella madrugada me había cubierto de gloria porque estaba postrada en una cama y no sabía lo que me pasaba, pero también me llevé por delante un coche en el que a duras penas, y en el último segundo, vi a un joven conductor con cara de aterrado por la que se venía encima.

¿En qué me había convertido? ¿En una ruina con patas? No tenía derecho a quejarme cuando iba sembrando la muerte a mi paso. Así era como me sentía y solo le pedía a lo que hubiera allí arriba que, si esa vez tenía que pagar alguien, fuese yo quien asumiese el coste de mis actos y no aquel inocente chaval.

Capítulo 5



No puedo precisar cuánto tiempo pasé así porque la noción de él se pierde por completo. Las chicas me hablaron de unas horas cuando por fin abrí los ojos y comencé a verlas: primero, borrosas y luego ya un poco más nítidas hasta que la visión se me estabilizó del todo.

—¡Gracias a Dios, Gio! —me chilló Greta entonces.

—¿Es que eres ahora tú el increíble Hulk? No me aprietes tan fuerte—le pedí.

—Si apenas te estoy rozando, por eso.

—Pues duele, duele mucho.

—Duele por el castañazo que te has dado, ¿me oyes? Y tienes suerte de haberlo contado. Otros, por mucho menos, se van al patio de los callados—me comentó mi hermana, dándome un beso también.

Abigail prestaba sus servicios en aquel hospital al que me habían llevado, en urgencias. Y allí estaba, conmigo en planta.

—¿Me viste al llegar? Has debido llevarte un susto de muerte—murmuré avergonzada.

—No más que cuando he visto la mezcla de mierda que llevabas en las venas—suspiró.

Greta le hizo un gesto para indicarle que no era el momento y ella se calló, yendo hacia la ventana. Su silencio no me hizo sentir mejor porque era forzado. Estaba deseando decirme muchas cosas que solía repetirme habitualmente, pero le sobraba juicio para entender que mi amiga tenía razón y que no era el momento. Allí, a la única que le faltaba el juicio era a mí.

—Dime por favor que no has llamado a papá y a mamá.

—No te puedo decir eso porque sería mentira y porque no me lo perdonarían en la vida. De todos modos, lo he hecho hace un rato. No quería despertarles en medio de la madrugada y sin saber qué pasaría contigo. Vienen de camino porque estaban en la casa de la playa.

Pese a que era invierno, a mis padres les gustaba pasar temporadas en esa casa en la que tan buenos momentos pasamos de niñas mi hermana y yo. En esas horas en las que la confusión mental se adueñó de mí, mientras estuve inconsciente, no solo reviví la historia de Mario, sino que también me asaltaron la mente vivencias felices de la niñez, de mucho antes de que la vida se me torciera.

No pude quejarme porque eran mis padres y ella tenía razón en que no le perdonarían que les ocultase y un tema así. No obstante, no me alegraría de verles por allí, pues su mirada reprobatoria me lo diría todo.

Había tenida una relación fantástica con ellos en el pasado, la misma que se rompió a partir del fallecimiento de Mario. Y no porque me reprocharan lo sucedido, pues mi familia no me culpó por ello, sino por la vida tan alocada que comencé a partir de entonces.

Hasta ese momento, disfruté mucho de su compañía y sus consejos. Les consideraba amigos, además de padres. Y no digamos ya a él, a mi Miguel, a quien echaba mucho de menos, porque me enseñó todo sobre las motos, ya que era miembro de un equipo de motociclismo local en sus ratos de ocio.

A raíz de que me volviese una cabra loca, la relación se enfrió hasta el punto de volverse gélida. Hacía tiempo que no pasaba por su casa, en la que ellos consideraban que seguía siendo la de sus hijas, pero que yo sentía ajena.

Ni siquiera había visto mi moto. Por cierto, ¿qué habría sido de ella? Y lo que era todavía peor, por mucho que a un motero le duela su moto, ¿qué habría sido del chico que conducía el coche contra el que me empotré?

Muchas preguntas hechas en un corto espacio de tiempo. Traté de incorporarme en la cama y ambas se miraron.

—No seas burra y no hagas esfuerzos—me pidió mi hermana.

—¿Es que me he quedado lisiada? Dime si tengo algo grave, por favor.

—En principio grave no tienes nada, pero hay que esperar algunas otras pruebas. Lo peor fue el golpe en la cabeza y es evidente que de la conmoción ya has salido, suerte que al menos tuviste el talento de ponerte el casco.

—Sin él no hubiera conducido nunca y lo sabes.

—Qué menos—resopló.

Mi hermana estaba enfadada, aunque la mirada que de veras me inquietaba era la de Greta. Mi amiga solía decirme muchas cosas sin decirme nada y ese era el caso. Lo notaba en su rostro, se removía de pie.

—Y entonces, ¿qué pasa? Decídmelo, por favor, ¿qué ha sido del otro chico?

—¿Recuerdas el accidente?

—Sí, recuerdo que yo me empotré contra su coche como Mario lo hizo en su día contra…

Les sorprendió que lo mencionase porque para mí era un tema tabú. Jamás hablaba del accidente que acabó con la vida de mi novio. No obstante, el paralelismo era total y, por tanto, como que saqué el tema.

—Está consciente. Con diversas heridas, pero consciente—afirmó.

—Joder, ¿entonces no lo he matado?

—No, pero no será porque no hayas podido hacerlo. No te lo has llevado por delante de chiripa. Y tiene 25 años, ¿sabes? No hay derecho.

—Por favor, Abigail, ahora no…

—Ahora no, ahora no. El problema, Gio, es que hace mucho que nunca es el momento para hablarte porque todos nos hemos vuelto unos pelmazos y tú eres la reina de la fiesta.

—No he dicho eso.

—Pero lo das a entender con tu actitud y estoy hasta el gorro. Veo muchas cosas cada día aquí en urgencias, ¿sabes? Muchas muertes que se podrían haber evitado.

—Ya, como la de Mario. Me estás culpando de eso, ¿verdad?

—¡¡Maldita sea!! ¡¡No!! Jamás te he culpado de eso porque fue un cúmulo de mala suerte, ¿es que no lo ves? La única que se culpó fuiste tú y, a partir de entonces, decidiste tirar tu vida por la borda. Y ahora no paras de hacer tonterías. Esta noche has provocado un accidente que ha podido ser muy gordo.

—Ya, me lo he podido llevar por delante, lo sé. Al chaval. ¿Cómo está?

—Tiene diversas heridas y ambos brazos rotos. Está jodido, pero nada grave. Saldrá adelante, igual que el otro implicado en el accidente.

—¿Qué otro implicado? No había nadie más en ese coche, a no ser que el otro estuviese agachado y entonces no quiero ni imaginarme lo que le estaría haciendo al chaval.

—Mucha imaginación tuviste siempre, pero no es el caso. El tercer implicado tiene más que ver contigo que con Axel.

—¿Quién es Axel?

—El chaval, así se llama.

—¿Y el otro? ¿Quién dices que es? Martín, el tipo con el que me acosté, se quedó en su casa durmiendo la mona. Yo iba sola en mi moto.

—Sola del todo no, cariño—carraspeó Greta.

—Y luego la que va drogada soy yo, ¿os estáis escuchando? Vale que un día me dijiste que Mario siempre estaría conmigo, Abigail, pero no estás como un cencerro y sabes que eso no es exactamente así.

—Vale, estás embarazada—me soltó a palo seco.

—¿Qué dices? ¿Has bebido, verdad? O te has drogado. Acércate, que te vea bien.

—Aquí la única inconsciente que ha bebido y se ha drogado esta noche eres tú, Gio. Y encima con un crío en la barriga.

—No puede ser, eso no puede ser.

—Sí, puede ser. Me contaste que te zumbaste a aquel tío a pelo en el vestidor, ¿lo recuerdas? —me preguntó Greta.

—Sí, pero solo fue una vez y…

—Pues tuvo puntería, no hay más, ¿qué quieres que te diga?

Abigail estaba indignada y no quería que me dijese nada. Debía entenderlo. Desde fuera me veían como una kamikaze, como me estaba comportando, y la había cagado. En esa ocasión sí que la había cagado.

—No quiero que me digas nada.

—Pues mira por dónde, te lo voy a decir. Da gracias por haberte quedado embarazada y no por haberte contagiado de VIH o de algo similar.

—No me vengas con esas, por favor.

—¿Crees que es exagerado? Eso sigue pasando todos los putos días, Gio. Le pasa a la gente como tú, que va por la vida como pollo sin cabeza y follando sin un jodido condón.

—Vale, vale. Eso no suelo hacerlo, pero alguna vez que otra…

—Alguna vez que otra lo sumas a la lista de las locuras que sueles hacer cuando se te va la pinza, que es muy a menudo.

—Ya vale, por favor.

—No, no vale porque ahora tienes una criatura que sacar adelante y eso no significa solo que le compres ropita y que la lleves a un buen jardín de infancia. Eso tiene otras implicaciones que pasan porque dejes de beber y de drogarte.

—No lo hago todos los días, que te lo diga Greta.

—Solo cuando sales, pero es suficiente. No puedes seguir jugando con fuego, cariño—me acarició la mejilla.

—De todos modos, espero que no se os haya pasado ni por la imaginación que voy a tener a ese bebé.

—¡¡No!! —exclamó mi hermana con un gesto de rabia.

—Pues eso, que te he dicho que no.

—Que no me creo que te estés planteando abortar, ¿por qué?

—¡¡Es que yo no quiero tener un hijo!!

—Hay que joderse, qué injusta es la puta vida.

Greta me miró para que me pusiera en los zapatos de Abigail. Ella no tenía pareja, pero estaba tratando de quedarse embarazada a través de un banco de esperma y no había manera. Llevaba un año en ello con resultado negativo.

—Lo siento, Abigail, lo siento. Sé que no apruebas la idea del aborto, pero es mi cuerpo y yo decido. Y he decidido que no voy a tener ese bebé.

—¿Lo has decidido en un minuto? Me cago en mi puta vida, Gio. Es que vas cuesta abajo y sin frenos.

—Y hablando de frenos, ¿cómo está mi moto? —le pregunté porque estaba en shock y porque tenía la absoluta necesidad de cambiar el sentido de una conversación que me estaba haciendo pupa.

—¿De verdad vas a preguntar por tu jodida moto en un momento así?

—También ella me duele, Abigail.

—Pues ojalá te doliéramos igual todos los demás, porque nos estás jorobando la vida, ¿sabes? ¡¡Me largo!

—En el desguace, la moto está destrozada, nena—me comentó Greta mientras veíamos salir a mi hermana, cabreada e impotente, de la habitación.

—Supongo que es lo que me merezco.

—Supongo que es lo mejor ahora que esperas un bebé.

—Eso no va a ser por mucho tiempo.

—Piénsalo tranquila. A mí me tienes para criarlo y lo sabes. Sería la tita Greta. Nunca te he dejado sola ni te voy a dejar.

—Gracias, loquita, pero no.

—Ya, que la loquita soy yo.

—Quédate cuando lleguen mis padres, ¿vale? No quiero estar a solas con ellos. Y, por favor, no le digáis nada del bebé. No quiero que se hagan ilusiones, aunque siendo hijo mío, no creo que se las hicieran. Otra cosa es que fuera de Abigail, entonces se volcarían.

—¿Hace falta que te recuerde que en el fondo te adoran?

—Muy en el fondo, tanto que ya no lo recuerdo.

—Porque les estás causando muchos dolores de cabeza, pero eso no cambia el cariño que sienten por ti. Solo están…

—Decepcionados y resentidos. Y no lo cambiará, solo lo entierra, como todo lo que toco. Si no me he cargado a ese chico, ha sido de milagro.

—Pues no lo has hecho y al bebé tampoco. Igual es hora de que pienses que la suerte te ha comenzado a cambiar.

—O igual es hora de que te calles.

—No, no, eso ni en broma. A mí no me mandas a callar porque estás muy subidita y no te lo consiento.

—Oye, perdona. Es que estoy muy nerviosa. Además, que hay algo más que me preocupa.

—Ya me imagino. La Policía no tardará en aparecer por aquí. Ya han estado antes un par de agentes.

—Se me va a caer el pelo, ¿verdad?

—No soy abogado, Gio.

—Pero tu primo Samuel sí, ¿puedes pedirle que venga a verme? Lleva temas de tráfico, nos lo contó aquella noche en la que iba pedo y hacía esos gestos tan graciosos.

—Samuel es gracioso, sí, pero quien iba pedo eras tú. En fin, voy a llamarle.

Capítulo 6



La cosa no pintaba nada de bien. Decir otra cosa era fantasear.

Los siguientes que entraron por la puerta fueron mis padres. Y lo hicieron con la cara hasta los pies.

Mi padre se acercó y me dio un beso en la mejilla, pero mi madre ni eso. Ella siempre fue más dura y ver a su hija menor hecha un guiñapo en la cama de un hospital después de una noche loca no era lo que proyectó en su día.

—¿Y qué tienes? Aparte de la conmoción cerebral—trató mi padre de romper el hielo que había entre ellos y yo.

En ese momento entró en la habitación también Abigail. Greta no se había movido de allí.

—Rasguños varios, nada de importancia. Ha tenido mucha suerte, papá.

—Ha tenido un ángel de la guarda detrás, que no es lo mismo, pero ese un día echa a volar y la deja sola. Entonces, veremos qué suerte corre—verbalizó mi madre lo que se le pasaba por la cabeza.

—Yo también me alegro de veros.

—Menos sarcasmo, Gio. Nosotros nos alegraríamos si no estuvieras postrada en la cama de un hospital y todo por estar como unas maracas, ¿en qué estabas pensando?

—En llegar a mi casa, mamá—le sonreí irónica.

—Miguel, te espero fuera porque no lo soporto. Si esto sigue así, le voy a cruzar la cara a tu hija y hoy no es el día.

—No es mi hija, Mari Trini, es la de ambos.

—Es que no la reconozco, lo siento.

—Deja que se vaya, papá. Si es lo mismo.

Lo hizo y él me miró.

—¿No entiendes que me pones entre la espada y la pared, Gio? Te quiero con todo mi corazón, pero a tu madre no le puedo quitar la razón porque la lleva—me confesó en ese momento.

—Pues lo de que digas que me quieres es una novedad. Hace mucho que no me lo dices.

—Porque no te mereces que te dé satisfacciones. Nos estás haciendo sufrir mucho, lo cual no extingue el cariño, para nada lo hace. Solo nos mortifica más a tu madre y a mí.

—Tampoco es que sea yo ahora una loca. Llevo una vida normal, solo desfaso alguna vez, cuando salgo.

—¿Y te parece poco? Con una sola vez que lo hagas, ya arriesgas demasiado, mi pequeña—me hizo una carantoña.

No lo esperaba, porque apenas las recordaba ya, y las lágrimas salieron de mis ojos.

—Vale, vale, papá. Ve con ella, procuraré reformarme.

—Es que lo vas a hacer. Esta vez las cosas han ido muy lejos. Rezaré porque no te traiga demasiadas consecuencias.

Y yo recé porque se marchasen. Necesitaba que dejaran de censurarme, la cabeza me dolía mucho.

—Mi primo me ha dicho que vendrá mañana a hablar contigo, Gio —me comentó Greta.

—Está bien. Dile que por la pasta no hay pega, que tengo ahorros. No me lo he metido todo por la nariz ni nada de eso, como debéis estar pensando.

—Sé que no es así, ¿y qué? Te has podido matar igual.

—O a ese chico, ya lo sé. Ahora afrontaré las consecuencias, ¿contenta?

—Lo estaría si eso te hace reformarte, cariño. Quiero de vuelta a mi socia.

—Tu socia soy yo, melona.

—Sí, pero quiero de vuelta a la socia con la que abrí en su día el gym, ¿dónde está?

—Esa se fue con Mario—le confesé con lágrimas en los ojos.

—Pues dile que vuelva…

—Que vuelva ya, hay una canción antigua que dice eso. Tú y yo la escuchábamos de niñas porque le gustaba a tu madre, ¿te acuerdas?

—Sí, justo antes de aprender a perrear.

—Oye, que bailamos más cosas. Tú y yo lo hemos bailado todo.

—Y lo que nos queda por bailar, chalada. Tú solo ponte bien de lo tuyo.

—Lo has dicho como si estuviera loca de atar.

—Sí, porque estás de camisa de fuerza.

—Y tú estás tarada.

—Y tú embarazada.

—Eso ha sido un golpe bajo.

—¿Te lo vas a pensar?

—Ya lo tengo todo pensado. No es momento, no lo es.

—Todos…

—Que ya lo sé, pero no.

—Piensa en Abigail. Ella no se queda y tú, que te has quedado, vas y abortas, ¿cómo crees que te sentirá?

—¿Y tú crees que puedo tener un hijo para que mi hermana no se sienta mal?

—Supongo que no.

—Pues eso, que ya lo has dicho todo.

—Joder, no me dejas alegar nada.

—Porque el abogado es tu primo. Tú, chitón.

—Mi primo te va a poner bien las pilas, ¿lo sabes?

—Lo sé. Oye, que recuerdo que estaba buenísimo, ¿no? Solo le vi aquella noche, pero…

—¿Ves como ibas puesta hasta las cejas? ¿A que no recuerdas que también dijo que le gustaba mucho un rabo?

—¿A tu primo? No me jodas.

—No, yo no. Y él tampoco te va a joder, para eso tendrás que buscarte a otro, que se te da muy bien, ¿qué tal el vikingo de anoche?

—¿Martín? ¿Te parecía un vikingo?

—Ya me contarás, con ese cuerpo y ese pelo largo…

—Y con esos *tatoos*… Él tío es la caña en la cama, pero ya.

—¿Te dio él el éxtasis?

—¿Cómo sabes que fue éxtasis?

—Porque se lo he dicho yo, que tengo ya el jodido informe—lo miraba mi hermana.

—Abigail, lo siento.

—No me lo digas a mí, díselo a tu hijo, ¿sabes el efecto que esto puede causar en el bebé?

—Yo no tenía ni puta idea de que tuviera un okupa ahí dentro cuando lo tomé.

—Pues espero que ahora no se te olvide. Os dejo, chicas.

Se acercó y también me dio un beso. Y eso que el mosqueo gama suprema que llevaba no se lo quitaba nadie. Pese a todo, me estaban demostrando que no había perdido a mi familia. Y eso que hice oposiciones para ello.

Capítulo 7

Greta no se movió de mi lado aquella noche. Santi apareció por la mañana a primera hora.

—En buena hora te dije de salir de fiesta—bufó al verme.

—A mí no me vengas con milongas que tú no me has hecho esto, ¿lo sabes, no? Mírame.

—Por supuesto que no, Santi, cada uno que pague con sus culpas y no con las de los demás—me miró Greta, sabiendo la mochila que portaba.

—Eso es.

—Pues eso es también, mona. Aplícate el cuento.

—¿De qué habláis?

—De nada, Santi, cosas nuestras. ¿Vas ahora para el gym?

—Sí, voy a ver a mis zumbadas.

—Que son las clientas, hombre.

—Sí, pero van a clases de zumba. Ya sabéis que las adoro.

—Y ellas a ti.

—Lo sé, lo sé. Más de una debería graduarse la vista, porque me miran como si fuera un bollito irresistible y eso que se ve a kilómetros que me gusta más un rabo que a un tonto un lápiz.

—Es una epidemia, no van a quedarnos heteros a tiro, Greta.

—Y todos los que quedan te los tiras tú.

—Qué mala lengua.

—Y hablando de lenguas, ¿cómo era la del dios griego de la otra noche?

—No creas que me acuerdo de los detalles, pero empujar, empujaba que daba gusto. Me duele todo por el accidente, pero creo que el dolor de lumbares es obra de él.

—Pues ese con la lengua seguro que le dio un lametazo a tu pitufín en la cabeza, que debía tenerla bien larga.

—¿Hablas de la lengua? Porque lo otro te lo confirmo: larga y gorda.

—Y tú, Greta, ¿de qué pitufín hablas?

Ninguna de las dos habíamos caído en la cuenta hasta ese momento en que la fulminé con la mirada. Negué con la cabeza, pero ya era tarde.

—Aquí mi socia, que está embarazada.

—¿Qué dices? ¿Del dios griego?

—No te hicimos un test de inteligencia para contratarte, ¿verdad? ¿Crees que lo sabría ya si fuera de él? Es de un tío muy pijo al que se tiró en un probador.

—¿Puedes darle algún detalle más? —le pregunté tratando de poner los brazos en jarra. Hasta ese gesto dolía, pues por doler me dolían hasta las pestañas.

—Ahora mismo no lo recuerdo.

Seguía con ganas de matarla cuando llegó Samuel, su primo.

—Joder, cómo está el abogado—murmuró Santi, quien se cruzó con él en la puerta, ya que se marchaba tras despedirse de mí.

Mucho filtro no es que tuviésemos ninguno, pues el otro se enteró.

—¿Y ese? —le preguntó a su prima.

—Es un zumbado. Digo… Es el chaval que da zumba en el gym.

—Joder, pues lo mismo me apunto a sus clases.

—No te disperses, por favor, que la cosa está que arde aquí.

—Ya he podido ver el atestado policial y sí, estás un poco jodida, Gio, ¿cómo te encuentras? —se acercó a la cama.

—Pues tú lo has dicho, un poco jodida. O un mucho.

—Lo siento cantidad, pero es que te la has buscado.

—¿Eres mi abogado defensor o el fiscal?

—Perdona. Lo bueno es que el otro chico no ha sufrido lesiones demasiado graves, pero estás ahí al borde de…

—¿Al borde de qué?

—Al borde de tener que entrar en prisión, Gio.

—¿¿¿En prisión??? Greta—me agarré a su mano.

—Primo… Si es una broma, déjalo ya, que estamos cagadas las dos.

—No, no lo es. Nos enfrentamos a un delito de seguridad contra el tráfico en el que las lesiones del chaval no son graves, pero tampoco son cualquier cosa. Tiene ambos brazos rotos y…

—Dinos algo que no sepamos, por favor.

—Que los dos años te podrían caer, pero también que podrías quedarte cerca de ellos. Y entonces te podrían suspender la pena.

—Para pena la que me está entrando a mí de escucharte, primo. Mira, cállate, que no sé para qué te hemos llamado.

—Para que os abra los ojos.

—¿Y cómo podemos hacerlo para que le caigan menos de dos años?

—Pues lo mejor sería que el chaval no se presentara como acusación, la verdad. Aunque debes tenerle contento.

—Gio, tendrías que hablar con él.

—¿Y qué le digo? Paso. No puedo pedirle perdón porque no lo tengo. No hay excusa para lo que he hecho.

—Ahora quien parece el fiscal eres tú.

—Chicos, yo me estoy hasta mareando. Me voy a ir a tomarme un café, a ver si me espabilo. Te traería uno, Gio, pero con lo de tu embarazo…

—¿Estás embarazada?

—Y tú, Greta, ¿hay alguien a quien no se lo pienses contar?

—Niña, que se me escapa. Llevo muchas horas sin dormir aquí contigo, ¿eh?

—Pues echa ya un sueñecito, que me estás sacando de quicio.

—No, si encima saldré escaldada yo.

—Hombre, Gio, una cosa te voy a decir…

—Dime, Samuel.

—Que en cierto modo, lo de tu embarazo nos puede ayudar.

—¿Y eso cómo va a ser?

—Porque los jueces son personas, al fin y al cabo. Y en penas que no están del todo claras, hay que ser muy cabrón para no decantarse por la que no conlleva prisión en el caso de una embarazada.

—Es que yo este niño no lo voy a tener.

—Pues ahora mismo te viene genial. No quiero pecar de insensible, pero así es.

—No voy a tener un hijo para evitar pisar la cárcel. Si tengo que entrar entro, tampoco creo que me vayan a caer una pila de años como al "Rubio" de la serie esa…

—La de "Asalto al Banco Central", ¿la has visto?

—Sí, sí, a mí me encanta Miguel Herrán, no me pierdo ni una de las suyas.

—¿Y también te gustan los malotes en general? Porque he escuchado algunos rumores que los pelos los ponen como escarpias.

—¿Sobre mí? La gente larga mucho, Samuel.

—Solo te digo que nos suelen juzgar por la gente con la que vamos, Gio. Y tú no sueles rodearte de las mejores compañías.

—¿También te vas a meter con la gente con la que voy? No sé si te voy a contratar como abogado.

—Esto ya no te lo estoy diciendo como abogado, sino como amigo.

—Si apenas nos conocemos.

—Pero sé el cariño que te tiene mi prima. Y eso nos convierte en amigos.

—Vale, vale, tú dime qué tengo que hacer.

—Yo de ti, trataría de hablar con ese chico, ahora que está aquí en el hospital. Sería vital que no cargara las tintas contra ti en el juicio.

—¿Hablar con él? ¿Cómo voy a hacer eso?

—Pues con la boquita. Y no deberías tardar, ese es mi consejo.

Capítulo 8



De siempre me quedó la espina de que no llegué a disculparme con los padres de Mario, con Fernando e Inés, en su día.

No pude, fue superior a mis fuerzas. Con él ya no podía hacerlo, pero con su familia habría sido lo suyo.

Y allá iba aquella tarde, camino de la habitación de Axel y rogando al cielo que estuviera solo. Samuel me había convencido de que lo suyo era ponerle de mi lado, hablarle de mis circunstancias.

También me convenció de que dejara al bebé donde estaba hasta que pasase el juicio. Por el tipo de delito del que se trataba sería uno rápido y no tardaría más de dos semanas en celebrarse.

Cuando llegué al número de habitación que me había dado Abigail, oí el lamento de aquella señora.

—Mi único hijo y casi me lo matan. Es increíble, y solo porque no hay penas en condiciones en este país. Si a todo el que hace eso lo cogieran y lo ahorcaran en una plaza, la gente no se pondría tan alegremente en carretera.

La sangre se me heló en las venas y el pie que había levantado para dar el último paso se me quedó en el aire.

—Mamá, por favor, no me seas dramática.

—No, si encima te pondrás de parte de esa niñata. Axel, tú con tal de quitarme la razón, te alías con el puñetero diablo. Caray ya…

—No te pongas así, solo digo que deberías alegrarte por lo que no ha ocurrido en vez de lamentarte por lo que sí.

—Pues eso, hijo, que eres profesor de Educación Física y que ahora mismo tienes los dos brazos que pareces un espantapájaros, como si te hubieran crucificado, aunque eso me lo han hecho a mí. Qué cruz, cogía yo a la niñata esa viciosa y no sé qué le haría.

—Mamá, no es justo que hables así, no la conoces.

—Ni la quiero conocer, es lo que me faltaría, vaya. En el juicio, en el juicio le voy a ver la cara y solo te pido una cosa: ¡¡que vayas a por ella!! ¿Lo harás por mí?

—Mamá, ¿por qué no te vas un ratito a la cafetería?

—Porque no quiero café, ¿es que no ves que estoy ya que me subo por las paredes? ¿Qué crees que pasará si encima me tomo un café? Es que parece que no piensas, hijo de mi vida.

Me di media vuelta, pero ella volvió a la carga y me paré para escuchar.

—Y el coche, ¿qué me cuentas del coche? Con la ilusión que te hizo comprarte ese Jeep tan monísimo, que me acuerdo del día que fuimos a sacarlo del concesionario, hace dos meses… Querías ir con tu prima Claudia, pero te dije que nanai, que no te había criado yo solita, con tanto

esfuerzo y dedicación, para que esa mocosa te acompañase. Y me fui contigo, qué orgullosa iba de copiloto. Y ahora, ahora lo van a dar por siniestro total.

—Está asegurado a todo riesgo, mamá, me lo van a pagar.

—¡¡Eso es verdad!! Y luego que le reclamen el importe a esa niñata, ¿no es así? Si llevaba de todo en el cuerpo tiene que responder.

—Supongo que sí, pero no soy experto. Mamá, no me lo tomes a mal, es que estoy un poco cansado.

—¿Cansado de escucharme? Pues te queda mucho, jovencito. No he criado a un hijo para dejarlo solo en el hospital, desvalido, cuando más necesita a su madre. Con los brazos así no puedes ni rascarte, Axel, ni limpiarte el culo puedes.

—¿Es que quieres que se entere todo el mundo? Baja la voz, por favor.

—No estaría mal que se enterasen, porque a esto no hay derecho. Ahora, que quien se va a enterar es la piojosa esa, porque seguro que es una bajuna, ¿a quién si no se le ocurre conducir yendo en esas condiciones? Es más, ¿quién se droga hoy en día? La gentuza solo.

—Mamá, ¿te acuerdas de Beltrán? El que jugaba conmigo en el equipo de fútbol.

—Sí, el hijo de Olga, la jueza.

—Pues ese está en un centro de desintoxicación después de haberse empotrado contra un árbol al volver de una noche de juerga.

—¿Qué dices? Eso no puede ser… En determinadas familias no ocurren esas cosas, ¿te lo acabas de inventar?

—¿Sigues teniendo el número de teléfono de su madre? Llámala y que te lo cuente ella misma.

—Jesusito de mi vida, ¿qué clase de ruina ha entrado en esa casa? Si era gente con una clase…

—Las drogas no entienden de clases, mamá. Eso ya te lo puedes quitar de la cabeza. Y ahora, necesito descansar, por favor, que estás hablando muy alto y me aturdes.

—¿Hablar alto yo?

Una enfermera mayor entró en ese momento en la habitación.

—¿Te sirve si te digo que hemos escuchado toda la conversación desde el control, Concha? Y sí, tu hijo tiene razón en que hablas a gritos y en el que el tema de las drogas le puede afectar a cualquier padre, porque esa lacra no distingue.

—Ah, no. A mi hijo no porque mi hijo no ha probado una mierda de esas jamás, pongo la mano en el fuego.

—Pues te ibas a quemar, mamá. No consumo nada, pero hace años he probado varias cosas, ¿contenta?

—¡¡Eso sí que te lo acabas de inventar!! ¡¡No puede ser!! —chilló escandalizada.

—Sí que puede ser, Concha, mi hija también lo hizo, ¿qué te crees?

Capítulo 9

Ocurrió aquella tarde. Greta acababa de marcharse porque tenía que dar clases en el gym. Si yo no estaba, alguien tenía que hacerse cargo de las que llevábamos entre las dos, y aunque nuestros empleados echaron una buena mano, también la necesitaban al menos algunos ratos.

Abigail había estado también allí y se marchó a casa a descansar. Mi padre habló conmigo por teléfono y le pedí que se quedaran en la suya, que para la cara que me ponía mi madre, prefería estar sola.

Entonces entró aquel chaval de amplia y luminosa sonrisa en la cara, con unos ojos verdes como un par de esmeraldas que encendieron de pronto la habitación. Su pelo castaño le caía ligeramente sobre la frente y contrastaba con el intenso blanco de sus perfectos y alineados dientes, todos ellos dentro de esa preciosa caja que conformaba su boca, rematada por unos labios gruesos y rosados que constituían una verdadera tentación.

—Hola, ¿eres Georgina? —me preguntó.

—Sí, soy yo. Pasa, Axel, por favor—me acodé en la cama, nerviosa, porque no lo esperaba. Me seguía doliendo hasta el dedo meñique del pie porque el trastazo fue de categoría, pero entendí al verle que corrí mejor suerte que él a pesar de que en una colisión de ese tipo es el motorista el que suele salir peor parado.

—Ya veo que me conoces.

—No creo que haya mucha gente ingresada en este hospital con los dos brazos partidos. Debes odiarme.

—No, no te odio, aunque si te digo la verdad, me hubiera gustado que pasaras a verme. Me han dicho que no estás impedida.

—Físicamente, no.

—Ni emocionalmente tampoco, ¿a que no? —me sonrió.

—No te pareces mucho a tu madre, ¿eh? Ella sí que me odia con toda su alma.

—¿Alguien te ha venido con el chisme? Mi madre es bastante bocazas. Se llama Concha y no es mala mujer, pero cuando algo se le mete en la cabeza…

—No hay quien se lo saque. Y menos si es algo referente a su único hijo, ¿no?

—Siempre me mimó mucho, la verdad. Me ha costado lo mío que no hiciera de mí un consentido.

—Sé que no lo eres. Escuché cómo me defendías y eso que lo lógico es que despotricaras con ella contra mí.

—¿Y darle carrete a mi madre? No se me ocurriría. Además, que dije lo que pienso. Entonces, ¿nos escuchaste hablar?

—Esta mañana—resoplé—. Fui a conocerte para comprobar qué tal estabas, pero al ver el percal, no se me ocurrió entrar.

—Mejor, porque la leona podría haberte dado un zarpazo, ¿y tú cómo estás?

—¿De veras me lo estás preguntando? Fui yo quien me eché encima de tu coche. He podido matarte, no tengo perdón.

—El susto me lo diste de muerte, es verdad. No pude esquivarte, ibas de frente… Intuí que no estabas bien, que ibas puesta. En fin, que lo estamos contando y es lo importante.

—No suelo ir así. Quiero decir que no siempre, Axel. Sé que no es excusa y no voy a mentirte porque tampoco ha sido la primera vez que conduzco puesta hasta las cejas.

—¿Y eso por qué? —Se sentó en mi cama directamente, en los pies.

—Anda que no debes estar incómodo con ese para de escayolas, no sabes cómo lo siento.

—Me van a valer para ganarme una temporadita de vacaciones. Y tú no me cambies de conversación, ¿por qué, Georgina?

—Si quieres puedes llamarme Gio. Es como me suelen llamar mis amigos y mi familia, aunque no creo que tú y yo vayamos a ser amigos.

—Igual terminamos siendo algo más.

—Desde luego que sentido del humor no te falta.

—¿Y qué sería de la vida sin él? Si permanecer serio me fuera a curar los brazos del tirón, igual hasta me lo pensaba, pero lo mismo pasaba del tema. Un día sin sonreír es un día perdido.

—Anda, si tenemos aquí a un Mr. Wonderful de la vida.

—¿Te estás riendo de mí?

—No, porque seguro que le das la vuelta y dices eso de que me estoy riendo contigo.

—¿Por qué, Gio? ¿Por qué ibas así con la moto? ¿Qué te corroe por dentro?

—¿Quién te ha ido con el cuento de que me pasa algo? ¿Ha sido mi hermana?

—Nadie, has sido tú. Me lo acabas de confirmar ahora mismo.

—O sea, que tú has tirado la caña y he picado como un pececito imbécil.

—No te veo en absoluto imbécil, pero sí que me encantaría verte poniendo morritos como los pececillos.

—No soy de ese tipo de chicas, lo siento.

—Y yo siento que no me lo quieras contar. No tengo demasiado tiempo, cuando mi madre se dé cuenta de que no estoy en la habitación creerá que al final he sufrido un derrame interno y que estoy en la morgue. Es así de tremendista.

—Joder con tu madre, sí que es sufridora.

—¿Y a ti qué te hace sufrir?

—Mira, Axel, no quiero engañarte. Tú y yo no hemos empezado con el mejor pie.

—Ni con el mejor brazo—me sonrió, apuntándome con las escayolas.

—Pues eso, que el caso es que fui a verte porque me lo pidió mi abogado, paso de mentirte.

—O sea, que te importaba una mierda cómo estuviera.

—No, eso no es verdad. Me sentía muy culpable y, de no ser por eso, no habría reunido el valor para ir a verte. No es la primera vez que me falta.

—¿Y por qué te pidió eso tu abogado, Gio?

—Porque si te personas como acusación particular en el juicio, reforzarás la petición de prisión del fiscal y puedo acabar en la cárcel.

—Entiendo.

—De verdad que si no lo haces tendré que indemnizarte igual, no vas a perder nada.

—¿Y por qué debo ayudarte, Gio?

—Porque también has probado las drogas, te lo escuché decir.

—Ese argumento es muy débil. Yo era un crío de apenas 20 años y no conduje nunca estando así. Solo coqueteé alguna noche suelta con una

mierda de esas de diseño.

—Ya, y yo tengo 28—suspiré.

—Tres años más que yo. No lo parece.

—Sí que lo parece, se te ve muy crío.

—Eso es porque no tengo la barba cerrada del todo, pero de crío no tengo nada, te lo aseguro.

—No lo digo por el físico, que es imponente. Le escuché decir a tu madre que eres profesor de Educación Física.

—Sí, en un instituto. Es mi pasión.

—Yo tengo un gym junto con mi amiga Greta.

—¿Sois sus dueñas?

—Sí y profesoras.

—Claro, eso lo explica todo.

—¿Qué es lo que explica?

—Que estés así de buena, ¿tú te has visto?

—¿Y tú te has oído?

—Claro, sordo no me has dejado.

—Vaya morro que tienes, ¿no?

—O sea, que tú puedes decir que tengo un físico imponente y no pasa nada, pero si es al revés no tengo vergüenza.

—Mucha no creo que tengas, desde luego.

—Vale, pues soy un sinvergüenza. No has contestado a mi pregunta.

—Nunca hablo de ese tema con extraños.

—Y seguro que tampoco con tu gente. Estás muy cerrada a hacerlo.

—¿Ahora eres vidente tú?

—No soy vidente, pero es evidente.

—No, si resulta que eres poeta.

—Si quieres mi ayuda, cuéntamelo.

—Eso es chantaje.

—Eso es justo.

—Justo un chantaje, claro.

—No, es de justicia que sepa por qué debería ayudarte.

—No eres mala persona, ahí tienes un motivo.

—Sinvergüenza sí, pero mala persona no. Ya tenemos su sentencia, Señoría.

—No te burles.

—Cuéntamelo, por favor. Es cierto que esto ha podido ser muy jodido. No te pongo en el aprieto, te ayudaré de todas maneras, pero creo que merezco que me lo cuentes.

—Mi novio tuvo un accidente mortal la noche que fue a pedirme matrimonio hace dos años.

—¿Por eso llevas colgada esa alianza?

—Por eso, sí.

—Debió ser terrible—carraspeó.

—Y que lo digas. Y más cuando la culpable fui yo.

—No creo que fuese así.

—Sí, lo malinterpreté todo, creí que me estaba engañando y le puse un audio que no tenía desperdicio. Se despistó al volante y no vio una moto que venía de frente.

—Yo sí la vi, pero no pude esquivarte.

—Porque a mí nada me importa desde entonces—le confesé con lágrimas en los ojos.

—Pues deberías, porque lo que me has contado no te hace culpable de su muerte y porque tienes una vida por delante que él, ¿cómo se llamaba?

—Mario, se llamaba Mario.

—Pues que Mario no lo habría querido así.

—Vale, no hables como si fueras él, ¿ok? —le pedí borrando las lágrimas de mi rostro.

—Es que nadie va a ser como él, pero encontrarás a gente con ganas de hacerte feliz.

—Es que no quiero ser feliz, no me lo merezco.

—Y por eso vas de cama en cama, ¿cierto?

—Y tú qué sabes de eso. No tienes derecho a decirme…

—No lo sé, lo intuyo. Tuve una amiga, una vez, que también estaba jodida y lo resolvía así.

—¿Y qué pasó con ella?

—Le perdí la pista. Se largó a Alemania y nunca más supe de ella. Espero que esté bien.

—Bien jodida, estará. Hay heridas que no cicatrizan nunca.

—No estoy de acuerdo.

—Me da igual lo que pienses.

—Eso se llama empatía.

—Eso se llama sinceridad.

—Vale, me quedo con eso.

—Axel, hay otra cosa más.

—Pues venga, suéltala por esa boquita—me pidió.

—No es ninguna broma, no uses ese tonito.

—Gio, todo esto es ya lo suficientemente dramático de por sí. No era el sueño de mi vida pasar un invierno con los dos brazos escayolados y con un par de costurones por el cuerpo, ¿sabes?

—¿Te han tenido que dar puntos?

—Unos cuantos, suelta lo que tengas que decir.

—Que merezco la horca, como diría tu madre.

—Mi madre es muy melodramática, luego se le pasa todo, tú ni caso.

—Es que va a salir en el juicio igualmente porque Samuel dice que me favorece cara a una posible petición de condena.

—¿Qué es lo que te favorece?

—Mi embarazo.

—¿Estás embarazada? No, por favor, eso no.

—Oye, que a quien peor le ha sentado la noticia es a mí, ¿de qué vas?

—No, ¿de qué vas tú? A toda leche en una moto, borracha y drogada con un crío en el vientre, ¡¡eso no se hace!!

—¡¡Que no tenía ni puta idea!! ¿Me tomas por una terrorista?

—Pues haber empezado por ahí, porque ha sonado fatal.

—Me lo han contado al ingresar aquí.

—Vale, vale. ¿Y cómo estás?

—Aterrorizada.

—Seguro que ese bebé te va a cambiar la vida, Gio.

—Lo dudo mucho, porque cuando pase el juicio rápido no habrá más bebé.

—¿Planeas abortar? ¡¡No puedes hacerlo!!

—¿Y eso quién lo dice? Otro como mi hermana Abigail.

—No conozco a tu hermana, pero estoy de acuerdo con ella.

—Sí que la conoces, es médico aquí. Y ha estado en tu habitación. Si no te comentó nada de nuestro parentesco sería por no exaltar a tu madre.

—Pues hizo bien porque le habría saltado a la yugular, igual que tengo ganas de hacerte yo a ti.

—Tú eres un vicioso, tienes ganas de hacerme más cosas.

—Ahora mismo no, ¿es que te has escuchado? Menuda locura la de deshacerte del crío.

—¿Y a ti qué te importa?

—Que es tu hijo, que está destinado a cambiarte la vida.

—Chaval, no te soporto. Si me quieres ayudar, me ayudas. Y, si no, será mejor que te largues ahora mismo. Es más, lárgate igualmente, no debería haberte contado nada.

—No quieres que me vaya, solo estás nerviosa y confundida.

—No, el confundido eres tú, ¡¡largo de aquí!!

Capítulo 10



Al día siguiente me dieron el alta y no le volví a ver. Ya llevaba en casa doce días y solo faltaba uno para el juicio.

Mis nervios fueron creciendo a lo largo de aquel tiempo. A nadie le gusta enfrentarse a algo así, y menos con el panorama que tenía por delante.

He de decir que no podría haber contado con una mejor defensa que con la de Samuel, quien se dejó el pellejo en ella. No fue fácil escuchar que mis problemas procedían de la muerte de Mario y otra serie de cosas que ablandaron al juez, de quien me dijo que tenía una hija de mi edad.

También fue decisivo el que, efectivamente, Axel renunció a la acusación que le pertenecía, algo que provocó la ira de su madre, quien le cargaba a la salida del juicio.

—Es que no lo entiendo, hijo. Se va a ir de rositas. Si llego a ser yo, a esa la fundo como a las campanas.

—Mamá, ya. Tú eres tú y yo soy yo, suficiente.

—Eso ha quedado bien claro. Lo que no tengo tan claro es que seas hijo mío, lo mismo te cambiaron al nacer porque eres demasiado bueno y yo me las gasto de otra manera. Si por mí fuera, esa se cagaba, te lo prometo.

Le saludé de lejos. No quise acercarme por no añadir más leña al fuego, pero su madre me vio y corrió como una exhalación hacia mí.

—Y encima embarazada, ¿no te dará vergüenza? Lo único que te deseo es que, cuando tengas a tu hijo en los brazos, reflexiones sobre lo que has podido hacerle al mío, porque el amor de un hijo es lo único que lo cura todo, ¿me oyes? Y tú al mío te lo has podido cargar. Canalla, que eres una canalla… Y cuida bien de ese bebé, que al saber si no cómo te saldrá con tanto vicio —me increpó.

—Ya está bien, señora, ¿tiene algo más que decir? Porque se las verá conmigo si es así—se metió por medio Greta.

—Y conmigo, mamá, se acabó lo que se daba.

—Contigo no he acabado, Axel, hay que ver… Si te llegas a imponer en la sala, esa termina en la cárcel una temporadita, y no que ahora dice nuestro abogado que seguramente no la pise.

—Sí, mamá. Sí que has acabado conmigo porque no vas a decirme ni una palabra más y a ella tampoco.

—¿Ahora defiendes a esta delincuente? Pero, ¿esto de qué va?

—Va de que soy adulto y de que no voy a consentir que me trates como a un niño pequeño, de eso va. Necesito que me dejes solo, estoy saturado.

—Si no puedes valerte por ti mismo.

—¿Y eso quién lo dice? Ya me las apañaré. Lo que no puedo es seguir escuchándote, ¿me oyes?

La dejó despotricando contra el mundo y se vino hacia mí.

—Perdónala, Gio.

—Nada que perdonar. No quería causarte problemas.

—Da igual. Si no fuera por ti, sería por otra cosa. Está muy cabreada conmigo porque el año pasado me independicé.

—Si ese es el sueño de cualquier madre, que sus hijos encuentren su camino. Tengo clientes en el gym que viven con sus padres pasados los 40.

—Hay que joderse, a mí me da un pasmo antes que eso.

—O sea, que te libraste de las garras de la fiera y estos días ha creído ir ganando posiciones.

—Sí, me chantajeó con que no podía estar en casa solo en esas condiciones, pensando que la necesitaba.

—Y se ha instalado estos días contigo.

—No, eso hubiera sido demasiado. He preferido quedarme en la de ella, pero hasta hoy. Vuelvo a mi piso.

—Me parece muy bien. Oye, de veras que no sé cómo agradecerte.

—¿Quieres agradecérmelo? Pues replantearte lo de tener al crío.

—No te lo vas a creer, pero en estos días siento como si le estuviera cogiendo cariño.

—Siendo su madre, eso no puede ser—rio mientras se burlaba.

—Que no digo que lo vaya a tener, pero eso que ha dicho la tuya, lo de que es el único amor verdadero…

—A ver, ella lo dice porque mi padre se largó por patas cuando supo de su embarazo. Por eso no cree en otro tipo de amor.

—¿Y tú sí?

—Por supuesto. Que existan más tipos de amor no es obstáculo para que el que se siente por los hijos sea muy puro, verdadero y sanador, igual que el que ellos dan.

—No puedo tener un hijo para que me sane, Axel.

—Claro que no, tú ya estás sanando por ti misma.

—¿Por qué dices eso?

—Porque el hecho de que estemos manteniendo esta conversación implica que ser madre de ese niño te comienza a entrar en la cabeza. Y a la Gio que conocí en el hospital hace un par de semanas no le entraba esa idea ni con un martillo y un cincel. ¿Y si nos vamos a celebrarlo tú y yo?

—Claro que no. No hay nada que celebrar.

—Pues celebremos entonces que no irás a la cárcel, porque ha quedado bastante claro.

—Eso sí, la sentencia saldrá en nada por lo visto. Me suspenderán la pena y no podré conducir en una buena temporadita.

—Será lo mejor para todos, créeme.

—Qué simpático el Mr. Wonderful. Bien se nota que eres muy perfecto.

—No lo soy, pero me gusta que me mires así.

—Yo no te miro de ninguna manera, conmigo no te confundas.

—Vale, bombón.

—Más bien un Kinder Sorpresa soy ahora mismo con su relleno y todo.

—Más bien pienso que estás para rellenarte.

—Y tú para golpearte. No conoces la vergüenza, ¡¡largo de aquí!! —exclamé y se apartó con gracia.

Greta se me acercó y me cogió del brazo.

—Ese está loquito por ti, ¿lo sabes?

—¿Ese? Ese no sabe lo que dice. Además, que es un niño, ¿no lo ves? Si no tiene ni la barba cerrada.

—Te has ido con tíos con una edad mental mucho menor, con auténticos cafres… Además, que solo le sacas tres años, no es que seas su abuela.

—Que no me interesa y punto, ¿me estás oyendo? Que paso de los tíos como de la mierda.

—Eso lo tendrán que ver mis ojos. Espero que no vuelvas a las andadas, que lo tuyo ya rozaba la ninfomanía.

—Y lo tuyo el maternalismo, ¿quieres dejar de sermonearme?

—Aquí madre solo hay una y eres tú.

—Que no tengo nada decidido, Greta.

—Que va a ser precioso y que nos lo vamos a turnar para cuidarlo, tonta…

—Eres muy pesada, pero que muy pesada.

Capítulo 11



No solo percibo ciertas cosas a veces, sino que también ceo en las señales. Y ese día tenía cita con el ginecólogo. La había cogido días atrás para el tema de la interrupción del embarazo. Estaba liada al respecto, sin una decisión clara y entonces me llegó la sentencia a través de Samuel, quien me la envió.

—Lo que ya sabías más la indemnización por los daños a Axel y la aseguradora de su coche que repercutirá el pago contra ti. De eso no te vas a librar, es un buen pico, pero de la cárcel sí —me dijo cuando le telefoneé.

—Eso no me asusta. Lo pagaré poco a poco, como se paga todo.

—Pues lo dicho, niña, que mucho cuidadito con volver a meter la pata en nada en este tiempo, que tienes una pena de prisión en suspenso y un desliz puede meterte una temporadita a la sombra.

—Gracias, Samuel. Eres un tío de puta madre, de verdad. Me has ayudado mucho.

—Es mi trabajo, Gio. Y ahora el tuyo es no volver a cagarla. Vales mucho, si no fuera de la otra acera, te pediría una cita.

—No te preocupes, que hay uno que está empeñado en que cenemos juntos.

—¿Axel? Se lo ha merecido de sobra, pobrecito. No seas mala.

—Lo mejor que puedo hacer por él es darle largas, no soy buena compañía.

—¿Y por qué no dejas que eso lo decida él?

—Porque es un niño y no sabe lo que le conviene.

—Pues yo lo he visto muy maduro, la verdad, en todo este tiempo.

—Otro que no sabe lo que dice.

—¿No serás tú la equivocada?

—Qué va, yo nunca me equivoco—bromeé.

—Ya, ya… Suerte con tus decisiones, muñeca.

Cuando terminé de hablar con él, tenía la mano encima de la barriguita, en un gesto instintivo. No sé en cuál de aquellos días comenzó a ocurrir, pero sí que hasta empezaba a hablar con ese bebé que, quisiera o no, para nada me era ajeno, al estar creciendo dentro de mí.

—Vale, Greta, vente conmigo—le dije cogiéndola de la mano.

—Espera, espera…

—¿Ahora no quieres venir? Con la brasa que me has dado, manda narices.

—Solo voy si estás decidido a tenerlo. Si no, paso de participar en eso.

—Necesito tenerlo algo más claro, por favor, pero no me dejes sola.

—Por tu bien espero que tomes la decisión correcta o te las verás conmigo. Lo vas a tener sí o sí. Y si cuando esté en el mundo no lo quieres, me lo das a mí o a tu hermana Abigail, que le faltaría el tiempo para adoptarlo también. Lo podemos compartir entre las dos y a ti no te dejaremos ni mirarlo.

—No tan rápido, que el crío es mío—me llevé de nuevo las manos al vientre.

—Pues entonces, empanada, ¿a qué esperas para decidirte? Si estás loquita por tenerlo.

—Loquita tampoco. Y he de tomar una decisión rápida, que el tiempo está pasando.

—Y tanto que pasa. Si hasta tienes una curvita ya, mírala.

—Ay, por favor, qué nerviosa me estoy poniendo.

La cogí de la mano y nos fuimos para la consulta del ginecólogo. Jorge era su nombre, un chico joven y risueño con el que daba gusto hablar.

Me tumbé en la camilla y sentí el frío del gel que esparcía sobre mi vientre. También el calor de la mano de Greta, que no me la soltaba nunca.

—Me ha dicho la enfermera que no tienes claro lo que vas a hacer, Georgina.

—Lo va a tener, lo va a tener—le respondió Greta.

—Creo que es una decisión de ella, lo siento—se encogió de hombros.

—Vaya por dios, tú deberías ayudarme.

—No, yo debo ayudar a que mi paciente tome la decisión más ajustada a lo que desee.

—¿Y qué deseo puede haber en este mundo más bonito que un niño? Que sí—le dio hasta un codazo.

Al final tuvo que reírse con ella porque Greta era tremenda. Enseguida comencé a escuchar el palpitar de ese pequeño corazón y me alboroté por completo.

—Mira los buenos colores que se te han puesto y solo ha comenzado a sonar. Pues imagínate cuando lo tengas en brazo.

—Berreando toda la noche…

—¿Y qué? Pues ahí estará su tita para hacerle el avioncito, sacarle los gases o lo que sea. Todo menos que nos lo perdonamos, ¿o vas a negar que es el mejor sonido del mundo? Mira lo bien que suena. Se va a convertir en mi canción favorita.

—Si yo creí que esa era la de "Hasta que Dios diga", esa cañera de Anuel AA y Bad Bunny que tanto te pone. Y que vaya telita con algunas de las palabras que emplean ese par de pendejos.

—Para mí que estás activando el modo madre. Jorge, se lo lleva envuelto para regalo. Tenemos bebé en camino. Voy a ir poniendo en el coche la pegatina de “Bebé a bordo”.

—¿Sois pareja, Greta?

—No, pero como si lo fuéramos.

—¿Y tú, Gio? ¿Tienes coche? Cuidado con eso ahora.

—¿Esta? Esta era motera, pero ahora no tiene ni carné. Y sin pelos la voy a dejar como en el futuro pretenda comprarse otra moto, que al niño le hará mucha falta su madre.

—¿Sin moto toda la vida? No me atormentes, niña.

—No, si te parece te compras una y al mico lo llevas en el sidecar, ¡¡que las motos se te han acabado!!

Salimos de allí regañando al respecto. Iba muy nerviosa porque lo había decidido: tendría al bebé.

Capítulo 12



Esa tarde me llamó Axel. Cogí el teléfono contenta.

—Ya conoces el contenido de la sentencia, ¿verdad?

—Para eso te llamaba, sí. Enhorabuena.

—Te lo debo en parte a ti. Tengo mucha pasta que pagar, pero es lo de menos al lado de lo que me podía haber ocurrido.

—La del seguro, fijo, pero la que me debes a mí te la puedes ahorrar. No quiero la indemnización.

—No, no, que paso de líos.

—Te la cambio por una cena, en serio.

—Haces muy malos negocios tú, así no vas a hacerte rico en la vida.

—No necesito hacerme rico. Creo que hay cosas más importantes.

—¿Cómo cuáles?

—Como el amor.

—Y encima idealista.

—Idealista y lisiado. He tenido que idear un sistema para poder poner los bocatas de pie y comérmelos. Es un tormento, pero no moriré de inanición.

—¿Sobrevives a base de bocatas?

—Cuéntame si no. A mi madre la tengo encabritada y no puedo cocinar. Me compro bocatas y listo, ¿qué otra cosa podría hacer?

—Tomar biberones, que es lo que te pega por tu edad.

—Qué cachonda, es que resulta que soy más de teta.

—Vaya, pues en eso no te puedo ayudar. Las mías igual las reservo para el bebé.

—¿Lo vas a tener, Gio? —me preguntó con la más asombrada y alegre de las voces.

—Eso parece. No lo digas muy fuerte porque estoy aterrada y si me lo chillas me aturde más, pero la cosa va para delante.

—No es una cosa, es un niño y seguro que será precioso. ¿Quién es el padre?

—No tiene padre.

—Alguno tendrá.

—Es un tío al que me follé en un vestuario y…. ¿Y qué cojones hago contándote todo esto?

—O sea, que no es nada tuyo. Pues mejor.

—No, no es nada mío, ¿y por qué dices que mejor?

—Porque queda una vacante libre entonces. No me estás viendo los ojos, pero si me los vieras, lo entenderías, ¿quieres que hagamos una videollamada?

—No, solo quiero aceptar esa invitación a cenar para no estar más en deuda contigo, pero si te comportas como un adulto.

—Tendrás que darme de comer, eso sí.

—He dicho como un adulto, Axel.

—Joder, es que me has partido los brazos.

—Cierto—murmuré—, es que no me acordaba.

—¿Eso es todo lo que piensas en mí?

—¿Y por qué debería pensar en ti?

—Porque yo sí que pienso en ti, Gio.

—Ese es tu problema y a mí no me metas en él.

—Eres más dura… Suerte que también lo estás.

—¿Qué dices? Si no me has tocado.

—Hay cosas que se ven y ese culo tuyo…

—¿Te estás poniendo palote a mi costa?

—¿Me tienes puesta una cámara de vigilancia?

—O sea, que es verdad.

—Gio, por favor, no seas malpensada.

—Claro, crees que me chupo el dedo como tú, que eres un bebote.

—¿Un bebote yo? No me conoces.

—Que se lo pregunten a tu madre si no.

—Muy simpática. ¿Paso a por ti a las nueve o es tarde para una futura madre?

—Y dale, te la vas a cargar. ¿Cómo vas a pasar si te he dejado sin coche y también sin brazos?

—Joder, que no los he perdido. Ha sonado fatal. Iré en taxi, ¿contenta?

—Vale, me parece bien.

Sí que estaba contenta porque podría haber salido mucho peor parada de todo aquello y eso se lo tenía que agradecer al universo o a quien fuera que

lo hubiese hecho.

—¿Qué me pongo, Greta? —le pregunté.

—¿Para citarte con Axel? Ponte un vestido sexi.

—No es una cita y no necesito ir sexi. Y la pregunta va porque siempre salía en moto y de vestidos ando algo escasa.

—Ven a mi dormitorio, anda.

Abrió su armario y sacó uno muy mono y calentito, en rosa palo y de punto.

—No, es una monería, pero demasiado moñas para mí.

—Pues es el que más se adaptará a tu curvita. Además, que deja ya atrás el estilo ese motero de tipa dura. No lo necesitas, nena.

—¿Qué le pasa a mi estilo?

—Que no es el tuyo de siempre. Tenías vestidos de este tipo antes de lo de Mario. Te gustaban y también a él. Lo otro vino luego, cariño, cuando todo se oscureció en tu vida y lo único que caía sobre tus hombros era una chupa de cuero.

—Qué filosófica te has puesto. Vale, me llevaré el vestido. Lo conjuntaré con….

—Si piensas que lo vas a conjuntar con unas botas moteras es que el alboroto de las hormonas afecta también a las neuronas. Tengo aquí una marrones que no son muy altas, pero sí ideales.

—Ideal eres tú en el fondo. No le cuentes a nadie que te lo he dicho.

—Eres un bicho, Gio, que ahora se ha convertido en un bicho embarazado.

—¿Crees que Mario querría esto, Greta?

—No, qué va, Mario no querría que tuvieras un hijo y que te dieras la oportunidad de vivir una vida bonita y sin putas locuras de por medio. Él estaría más contento viéndote montada en una moto, fuera de ti y con las pupilas como dos canicas de las grandes. No me jodas, Gio…

—Soy una idiota, ¿no?

—No eres una idiota, pero sí que has hecho la cabra loca demasiado tiempo. Es hora de que te centres y que pienses en el bien del niño, en darle una vida convencional.

—Te haré caso, de verdad. Te lo haré por una vez.

—Me voy corriendo a la iglesia más cercana a encender una vela porque aquí ha ocurrido un milagro.

—No digas pamplinas, solo intento entrar en razón.

—Venga, cariño, ponte guapa y acude a esa cita con esa sonrisa tan bonita que tienes y que tan poco has dejado ver en este tiempo.

—No es una cita, ¿cuándo os vais a enterar todos de que Axel es un niño?

—Un niño que te ha dado un ejemplo de madurez.

—Pero un niño al fin y al cabo.

—Vale, pero un niño….

Capítulo 13

El taxi se paró en mi puerta y subí.

—Estás muy guapa—me comentó nada más verme.

—Tampoco tú estás mal—le contesté al verle con aquella camisa de rayas a juego con un jersey también rosa, como mi vestido, que dejó caer sobre sus hombros—. Eso sí, está mal abotonada.

—Maldito Jacinto…. Mira que le dije que se fijase bien.

—¿Quién es Jacinto? ¿Tu compañero de piso?

—¿Qué te hace pensar que comparto piso? Que me las puedo arreglar por mí mismo, no soy ningún niño.

—Por eso no lo digas, porque yo lo comparto con Greta.

—Bien, pues vivo solo. Jacinto es un vecino, somos colegas y me está echando una mano en estos días en los que lo tengo todo un poco complicado.

—Yo iría a ayudarte, pero…

—¿Cuándo? Puedes venir si quieres.

—Para el carro, que enseguida te tomas muchas confianzas. Mejor que te ayude tu amigo, que no me veo frotándote la espalda con la esponja.

—Joder, que eso tampoco lo hace él, me ha dado grima.

Llegamos al restaurante y me iba contando cómo se las apañaba en su día a día, así como las ganas que tenía de que le quitaran sendas escayolas para poder valerse por sí mismo.

En cuanto a mí, sentía algo extraño, quizás porque en los últimos años asocié salir a cenar con irme después de juerga. Y en esas juergas podía acabar de cualquier manera.

—¿Qué te pasa? ¿Estás aquí? —chasqueó los dedos delante de mí.

—Sí, es que de pronto la vida me ha cambiado por completo.

—Tienes mono de juerga y de tus movidas, ¿no es eso?

—Un poco, pero no se lo digas a nadie.

—Aquí solo estamos tú, el bebé y yo. Y yo no pienso hablar, así que si no lo hace él…

—Ella, es una niña—le aclaré.

—¿Ya te lo han confirmado? Qué pronto.

—No, no me lo ha confirmado nadie, es que yo lo sé.

—¿Cómo vas a saberlo?

—Las mujeres de mi familia siempre lo han sabido, es que somos un poco brujillas. Y estoy segura de que el bebé es una niña. Se va a llamar Greta, aunque su tita aún no lo sabe. Quiero que sea sorpresa.

—Me parece muy bonito. Así que llevas una pequeña Greta ahí dentro.

—Así es. Todavía no lo asimilo demasiado, tengo mis momentos.

—Supongo que es cuestión de tiempo que nos acostumbremos.

—¿Cómo "que nos acostumbremos"? Oye, cuando digo que tienes mucho morro es que lo tienes. No te conozco de nada para que te tomes esas confianzas.

—Tampoco te conocía yo cuando decidiste incrustar tu moto en la luna delantera de mi coche y mira, ni tan mal.

—Qué bobo eres. ¿Cómo sigue tu madre?

—En su estado natural: cabreada.

—Siento haberte creado problemas con ella.

—No, no… Mi madre siempre debe traer algo entre manos para generar polémica. De no haber sido tú, habría sido otra.

—Porque seguro que eres un mujeriego total y a ella le llevan los demonios cuando conoce a tus chicas.

—¿Conocer a mis chicas? Nunca he llevado ninguna a su casa, paso de que me las espante.

—¿En serio haría eso?

—¿No la escuchaste en el hospital?

—Pero es que yo me merecía todo lo que quisiera largar por la boquita.

—Largar es su especialidad, ¿podemos dejar de hablar de mi madre?

—Claro. Te iba a preguntar por el trabajo, pero me he encargado de darte vacaciones anticipadas, ¿de qué podemos hablar?

—De ti y del bebé, ¿cómo te encuentras?

—Bueno, digamos que emocionada después de haberle escuchado el latir del corazón. Pero con miedo, con muchísimo miedo.

—No lo tengas, todo va a salir bien.

—Oye, esa mano viene directa a la mía, quítala.

—Solo te la iba a acariciar, no a despellejar.

—No, no. Paso de tus caricias.
—Soy un buen tío, de verdad.

—Pero es que paso de tíos.

—Pues no deberías hacerlo. Criar un niño sola es muy loable y valiente, pero si puedes hacerlo con un padre al lado es más fácil.

—No necesito ningún padre para mi hijo, no te confundas.

—No es una necesidad, ya lo sé. De todos modos, si le preguntases a esa chiquitina, quizás quisiera tener uno, de poder elegir.

—¿Y eso por qué?

—Porque yo lo hubiera preferido, por ejemplo. No conocí la figura de un padre. Y si te soy honesto, me hubiera gustado.

—Muy maduro quieres demostrar ser para tu edad, seguro que estás haciendo un sobreesfuerzo. No hace falta, conmigo no tienes nada que hacer.

—¿Crees que estoy representando un papel? Me abro en canal contigo. Siento como si tú y yo hubiéramos vivido muchas cosas ya.

—En realidad, hemos vivido pocas, pero impactantes sí que han sido.

—Es cierto y me gustaría seguir viviendo más.

—Claro, podemos ser amigos, pero nada más.

—No, no me va eso de ser amigos con derecho a roce.

—¿Y quién te ha dicho que me gustaría rozarme contigo?

—Tus ojos. No eres la única que sabe leer entre líneas. Leo en ellos que me deseas.

—Tú estás majara. Ni los ojos son un libro para leer en ellos ni yo te deseo.

—No, no. Igual que tú no me gustas a mí.

—¿No te gusto? Eso no es verdad, sí te gusto.

—¿Y qué más te da si pasas de mí?

—Es que puedo pasar olímpicamente, no nos une nada.

—Pues para no unirnos nada…

—Vale, me has echado un buen cable y te lo agradezco. Por eso estoy aquí. De no ser por eso, no habría…

—¿No habrías venido? ¿Es eso lo que vas a decir? Si te supone un esfuerzo te lo pongo fácil. Pedimos la cuenta y nos vamos.

—Qué carácter… Si no hemos cenado todavía.

—Puedes cenar tú sola si quieres, te invito. No necesitas mi compañía y no te es grata, por lo que dices.

—No he dicho eso. Sí estoy a gusto contigo, lo que sucede es que me cuesta abrirme y más con los tíos.

—No fue eso lo que me contaste.

—Bobo, no es lo mismo abrirse de piernas que abrirle tu corazón a alguien. Lo segundo es mucho más complicado.

Capítulo 14



Me divertí durante la cena. Si digo lo contrario, miento como una bellaca.

No obstante, no tenía intención de prolongar la velada por motivos obvios. Por suerte, apenas sentía ningún síntoma molesto relacionado con mi embarazo. Tan solo me había crecido el pecho y, pongamos las cosas en su sitio, eso no me molestaba en absoluto, más bien todo lo contrario. De hecho, nunca había lucido tanta "pechonalidad" como en aquellos días.

—¿Quieres que te acerque a casa o prefieres que hagamos algo? —me preguntó.

—Estás tú como para acercarme a ningún lado, niño.

—Ya me has entendido. Me apetecería quedarme un rato más contigo, pero si crees que debes ir volviendo, futura mami, ahora mismo te acompaño.

—¿Así es como me ves? ¿Para eso he quedado? ¿Cómo a una futura mami?

—¿Prefieres sinceridad total o la maquillo?

—Total, no me van las medias tintas.

—Vale, pues entonces debes saber que eres una MILF, ya sabes…

—Lo sé perfectamente, es un acrónimo que procede del inglés y que se traduce como “madre a la que me follaría”. La madre que te parió a ti…

—Concha se llama, ya lo sabes.

—Sí, lo que dudo es que ella sepa que quieres follarme. Precisamente a mí.

—No le temo en absoluto, como comprenderás. Que pretenda ser una madre controladora no significa que lo consiga ni mucho menos. Vivo como da la gana, no le rindo cuentas a nadie.

—Supongo, otro golfo… He conocido muchos, demasiados.

—No, golfo no… Es que hasta ahora no he conocido a nadie con quien plantearme cambiar de vida.

—¿Y ahora sí? No me jodas que soy yo, que me tiro al suelo de risa. Tú y yo no pegamos ni con cola.

—¿Y eso quién lo dice?

—Eso lo digo yo.

—Porque me ves muy joven.

—Porque te veo muy niño.

—¿Y el padre de tu hijo no lo es?

—Obviamente no.

—Así que lo tiene, dijiste que no.

—Hombre, del Espíritu Santo no es, pero que no tengo nada que ver con él.

—¿Y él contigo?

—Tampoco. Si apenas nos conocemos. Es que no nos conocemos de nada, vaya. Pero que tiene sus añitos.

—¿Cuántos?

—Exactamente no lo sé.

—Joder, ¿sabes al menos su nombre?

—Pues si te digo la verdad, no.

—¿Estabas hasta las cejas de todo cuando te lo tiraste?

—¡¡No!! Si fue a media tarde y en un probador.

—La madre que te parió, Gio, qué morbosa eres… Me cuentas esas cosas y luego no quieres que tenga una erección, no es compatible.

—O le dices a tu hermano menor que se baje o no te miro más a la cara. Mira, por ahí viene un taxi.

—Entonces, ¿no quieres que vayamos a tomar algo?

—Mira, ni tú estás para bailar con los brazos así, ni a mí me conviene la noche.

—Ya, demasiada tentación, ¿no?

—Es que está todo muy reciente. Tengo muchas ganas de una copa y de algo más que de una copa.

—Ni se te ocurra.

—No se me ocurriría con mi niña dentro, por eso es mejor que me vaya directa a casa. Además, que cuando me ponía hasta arriba de todo terminaba la noche follando a tope y…

—Esa última parte no tiene nada de malo. Y me presto voluntario, estoy dispuesto a hacer el esfuerzo por ti.

—¿Esfuerzo? No se puede tener menos vergüenza.

—¿Me follarías?

—La verdad es que sí, pero no te hagas ilusiones porque cuando salgo mis ganas de follar se acrecientan, eso no te convierte en nada especial.

—Me encanta que seas tan directa.

—Es que soy realmente encantadora. Vámonos a casa, por favor. Cada uno a la suya.

Se empeñó en bajarse del taxi y acompañarme hasta la misma puerta. Una vez que se marchó, entré y me desplomé en el sofá.

—Niña, que casi me caes encima…

—Joder, ni que fuera Moby Dick. Así me terminaré poniendo, pero todavía no, Greta.

—No digas pamplinas, ¿cómo ha ido tu cita?

—No las digas tú. No ha sido una cita.

—Lo que tú digas.

—Greta, me ronda una idea por la cabeza…

—Venga, suéltala.

—¿Tú crees que el padre de la niña debería saber de ella?

—¿Que le cuentes que estás embarazada? Pues no te digo que no. Eso sí, prepárate para cualquier cosa. Era el dueño de la tienda esa tan pija de ropa interior del centro comercial, ¿no?

—Sí, tiene varias repartidas por toda la ciudad, no es la única.

—O sea, que está forrado.

—Sabes que no lo digo por eso. No nos va mal, y aunque tengo un pastizal al que hacerle frente ahora por lo del tema de la sentencia, a mi hija no le va a faltar de nada.

—Por supuesto que no, porque además sabes que no estás sola. Esa *baby* tendrá a su tita Greta. Y también a Abigail, que está encantada con la idea de ser tía. Y tus padres…

—Por mis padres no pongas la mano en el fuego. Sobre todo mi madre sigue súper tirante conmigo. Y no la culpo, les he hecho sufrir mucho.

—Tampoco te mortifiques por eso, ¿vale? No hay nada que un bebé no logre unir. Cuando la niña esté en el mundo, se les caerá la baba y se les olvidará todo. Ya hablo yo también de la niña como si fuera seguro.

—Lo es, es una niña.

—¿Has pensado en cómo la llamarás?

—Aún no hay nada fijo—le contesté guiñándole un ojo porque deseaba darle la sorpresa en su día—. En fin, que no es una cuestión de dinero, es de otra cosa. Axel opina que un niño, si puede tenerlo, es mejor que cuente con un padre.

—¿Él te ha empujado a los brazos de ese tipo?

—No, creo que más bien lo decía por él. Está majara si cree que voy a cuidar de dos bebés en lugar de uno.

—Axel no es ningún bebé.

—Porque tú lo digas….

Capítulo 15



Me tomé un par de días para decidirlo y finalmente aquella tarde, cuando salimos del gym, me encaminé hacia el centro comercial con Greta, quien no me dejaba ni a sol ni a sombra.

Me estaba encargando de las clases de yoga y pilates, que eran más suaves que otras disciplinas y, por tanto, más recomendables en un estado como el mío.

—¿Estás segura de esto? —me preguntaba.

—Segura del todo, no. Ay, Dios, ya tengo otro mensaje de Axel, ¿qué es lo que busca este niño?

—¿Y te hace falta que te lo diga? No sé cómo lo has hecho, pero está loquito por tus huesos.

—Pues ya lo sabes.

—Sí, sí, entrando fuerte. Le has partido los dos brazos y lo tienes comiendo de la palma de tu mano. Si no lo veo, no lo creo. Tienes arte para todo.

—Pues a ver cómo lidio con este tema del padre de mi hija—le comenté llevándome la mano al vientre.

—Es que en realidad no sabemos nada de él. Es joven, rico y guapo, podría estar casado perfectamente.

—Pues sí, no tenemos ni idea. Aunque lo de joven…

—No jodas, dijiste que tendría unos 40, ¿acaso se es viejo a esa edad?

—No, claro que no, pero tampoco es un niño.

—Por ser un niño estás rechazando a Axel, a mí no me vuelvas loca.

—No, si solo digo.

—Con 40 están que crujen. Y no te lo hubieras tirado de no ser así, que gusto siempre has tenido. Y mucho. Has podido ir con un ciego que no veas, pero por los feos no te ha dado nunca.

—Eso es verdad. Y encima, a ese me lo tiré sobria.

—Manda pelotas.

—Sí, de pelotas iba el tema.

—¿Y cómo surgió?

—Pues yo qué sé, chica. Entendí que era el jefe por la forma en la que le estaba hablando a su empleada. El tío no podía ser más elegante y me puso mucho. Y acabamos liadísimos en el probador. Súper morboso.

—Joder, que me estás poniendo cachonda hasta mí, qué habilidad tienes.

—Oye, ¿y crees que estará allí en la tienda?

—No lo creo. Lo de aquel día debió ser casualidad.

—Ya, que ese no da palo al agua. Se pasa de visita por las tiendas de vez en cuando para lucir su cara bonita y punto.

—Al menos, eso sí. No sé cómo saldrá este experimento, pero el tío es guapo a rabiar.

—Y tú también. Así que la niña será una muñeca: nuestra muñeca. Pero ¿tú qué pretendes del padre?

—Que sepa que tiene una hija y que ejerza si quiere.

—¿Y contigo? ¿También quieres que esté cerquita de ti?

—Yo qué sé. Si ni siquiera le conozco. Además, que estamos adelantando acontecimientos. Como bien has dicho, igual está hasta casado. Será lo más probable.

—Pues sí, con su cuarta esposa, tú podrías ser la número cinco, en un momento dado.

—Sin rima, por favor, que no estoy ahora para tantos trotes.

—Eso es porque no se te ha puesto a tiro el correcto. No creo que las ganas de follar te hayan desaparecido.

—Si te soy sincera, anoche le hubiera dado un buen repaso a Axel.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Porque le tengo todo el día como un moscón sin haberle hecho ilusiones y porque no es justo que se las haga si no quiero nada con él.

—Ya empiezas a hablar como una persona normal.

—Y antes, ¿qué era?

—Ahórrame el disgusto de contestarte. Mira ya hemos llegado.

Entramos en la tienda, en la que vendían una ropa interior femenina que era una verdadera virguería, y justo estaba la misma dependienta de aquella tarde.

—Hola, mi nombre es Georgina y quisiera hablar con tu jefe, por favor.

—Ah, si es porque buscas trabajo, el currículum lo tienes que enviar online, ya no se recogen en tienda. Es por lo del tema de la protección de datos, no me lo tomes a mal.

—No, no quiero trabajar, es algo personal. Te llamas Paula, ¿verdad? No soy adivina, es que lo pone en tu chapita.

—Sí, y estoy aquí para servirte. Bueno, a ti y a todas las clientas, ¿qué es lo que deseas? —se puso muy derechita.

—Hablar con tu jefe, ya te lo he dicho, ¿cómo se llama?

—Se llama Carlos Guerrero y, si te digo la verdad, es un hombre muy atareado. Difícil va a ser que acceda a atenderte.

—Guerrero, guerra sí que te dio en el probador—se rio Greta.

—Espera, a ti te conozco. Estuviste aquí hace un tiempo, la misma tarde que él... Recuerdo que...

—Sí, que me lo tiré en el probador, no me andaré con rodeos.

La chica, a la que se veía bastante inocente, hacía por contener la risilla y se llevó la mano a la boca.

—Ríete a gusto, mujer, pero hazle llegar el recado a tu jefe de que mi amiga le está llamando por algo que tiene que ver con ese polvo del probador. No creo que sea tonto cuando ha llegado donde ha llegado.

—¡¡Caray!!

—Sí, veo que lo has pillado. Y dile también que da igual que esté casado, con pareja estable o como sea, pero que esto hay que hablarlo.

—Ya, Greta, que se va a enterar todo el mundo.

—Si aquí no hay nadie. Y con estos precios, la verdad es que no me extraña. ¿Este negocio marcha, Paula?

—Como la seda. Es casualidad que ahora mismo no haya nadie, pero a veces está hasta la bandera. Contamos con unas clientes muy fieles y…

—Vale, vale, tú habla con tu jefe. Y lo dicho, que seremos discretas.

—No, si Carlos está en pleno proceso de divorcio, por eso no lo digáis. ¿Tiene algo que ver contigo? —me miró.

—¿Conmigo? Ni de coña. Que me registren.

—Igual sí. Lo mismo se enamoró de ti en el probador, ¿perdiste un zapato o algo? Porque lo mismo te está buscando con él como el príncipe a la Cenicienta.

—Lo único que perdí en ese probador fue las bragas, Greta. ¿Contesta eso a tu pregunta?

Capítulo 16



Habrían pasado unos quince días desde que hicimos aquella visita al centro comercial y era como si al tal Carlos Guerrero se lo hubiese tragado la tierra.

—Si la culpa es mía por ilusa. No sé en qué estaría pensando cuando fui a buscarle. Con la edad que tengo y creyendo todavía en cuentos con finales felices.

—Sí, sí, una princesa Disney eres tú ahora mismo, no te jode. Lo único que pretendías de ese tipo es que se hiciera cargo de su responsabilidad. Te conozco muy bien y sé que no hay en ti ningún otro ánimo.

—El ánimo es el de darle una paliza. Entre que no puedo tomar más que cosas sanas…

—Y bien ricas, por cierto —me interrumpió.

—Ya, pero tengo mono de todo. Sobre todo de moto. Y no se me ocurriría montar en una en mi estado, lo sabes, pero el mono no se me quita.

—A ti lo que te pasa es que estás nerviosa.

—Y tú das la impresión de estar escondiendo algo.

—¿Yo? Ni idea de lo que me hablas.

—Greta, te conozco muy bien.

—Sí, sí, me conoces desde siempre, como en la canción de Malú. Oye, mira qué casualidad, están picando el timbre de la puerta, ¿quién será?

—Greta, tú lo sabes. Suéltalo ya antes de que lo que te suelte yo sea un guantazo.

No se dignó ni a mirarme. Fue flechada hacia la puerta. Yo estaba sentada en el sofá y desde allí escuché las voces de mi hermana y de mis padres. A Abigail no la esperaba, pero es que a ellos muchísimo menos…

Greta entró con sonrisa victoriosa. Era obvio que ella había concertado la visita; una visita que me cogió de improviso y que no sabía cómo gestionar, en principio.

La cara de mi hermana era de alegría total. La de mi padre denotaba muchísima emoción. Ya estaban enterados de mi embarazo y era la primera vez que me veían sabiéndolo, me refiero a mis padres. Mi madre parecía claudicar, pese a que nuestra relación no se había reactivado ni siquiera cuando vino a verme al hospital.

—Así que nos vas a hacer abuelos, hija —comentó mi padre muy ilusionado y volviéndome a hacer una de esas carantoñas que tanto extrañé en los últimos años.

—Eso parece, papá, ¿qué hacéis aquí?

—Hija, pues venir a verte. Que una no se entera de que va a ser abuela todos los días —repuso mi madre en un tono mucho más condescendiente que ese otro que utilizó en el hospital y que nos llevó a enfrentarnos.

—Que están encantados con la noticia, igual que yo —añadió Abigail, quien sabía mucho de mediar entre mis padres y yo. Ese papel lo había representado muy bien en las ocasiones que le tocó.

—Sí que lo estamos —asintió mi madre—. Solo esperamos que te cuides, hija. Entiende nuestra preocupación.

—Mamá, no empieces, te lo pido por favor.

—No te lo está diciendo a malas, Gio. Únicamente estamos preocupados porque deseamos que todo salga lo mejor posible.

—Y saldrá, papá. No voy a permitir que a la niña le pase nada.

—¿Y por qué hablas de la niña? ¿Ya tienes la confirmación de que lo es?

—No hace falta —le contestó mi madre poniéndome la mano sobre la barriguita —. Gio tiene razón en que lo es.

En ese instante sentí una conexión con ella que había perdido hacía años. Tenía toda la razón en que ambas lo sabíamos y eso constituía un nexo entre ambas.

—Así que voy a tener una nieta. Esto es un matriarcado total. El más bonito.

Mi padre hizo por abrazarnos a todas a la vez. Hasta Greta se unió porque ella era una más de la familia.

No pude evitar que una lagrimilla rodase entonces por mi mejilla. No me gustaba mostrarme así, pero dentro de mí se estaba celebrando un show de hormonas y no esperaba aquella reacción por su parte.

Mi madre sacó entonces el contenido de una coqueta bolsa que traía. Ella era muy de guardar cosas y el pelele que exhibió, rosa y blanco, a rayas, junto con los patucos, me resultó conocido.

—¿Era mío? —le pregunté.

—Fue el primero que te pusimos cuando naciste, seguro que lo has visto en fotos. Te lo he traído por si quieres que tu hija también lo luzca, que mi nieta lo luzca —matizó.

Entendí entonces que mi madre había sufrido muchísimo debido a mi actitud en los últimos tiempos. Y que por ello, podría haberme dejado de hablar, pero en ningún momento de quererme. Me sentía capaz de empatizar y de entender muchas más situaciones desde que yo misma iba a ser madre, por lo que le agradecí mucho el gesto.

—Muchas gracias, mamá. Es lo primero que tiene la niña. Aún no hemos comprado nada. Es muy pronto y me estoy haciendo a la idea.

—A esa maravillosa idea se hace una enseguida. Qué suerte tienes, condenada —me abrazó Abigail, bastante más relajada ya al ver que la reunión había sido muy distinta a la anterior.

—Condenada, sí —repetí en alto y le sonreí.

Llevaba una condena sobre mis espaldas. Eso era innegable. Por mucho que tratase de aferrarme a esa hija que crecía dentro de mí, no podía

olvidarme de la muerte de Mario, la cual me perseguía cada uno de los días de mi vida.

Quizás fuese hora de pasar página, de perdonarme, de decirme a mí misma que no hubo ninguna mala intención en mi persona, pero esa alianza que llevaba colgada en el cuello me quemaba y me recordaba a cada minuto que, si yo no hubiese actuado como lo hice, él no habría sufrido aquel mortal accidente.

Capítulo 17



La vida iba volviendo a la nueva normalidad. Una nueva normalidad en la que Axel se hacía notar, si bien yo me estaba convirtiendo en una experta a la hora de esquivarle.

Cuando llegué aquella mañana al hospital, para hacerme la ecografía, Greta sonrió maléfica y supe que me la había vuelto a jugar.

—No me lo puedo creer, le has llamado tú —le comenté con ganas de cogerla por el cuello y apretar fuerte.

—Me dijo que llevas días sin responder a sus mensajes y que estaba muy interesado en saber si tienes razón en que se trata de una niña. E igual se me escapó que hoy te hacen la ecografía.

—Te juro que me dan ganas de darte una paliza, Greta.

—Pues si supieras las que te hubiera dado yo… Ahora no por respeto a mi sobrinita, pero antes te hubiese dado más palos que a una estera.

—¿Y tú qué? ¿Vacilándome, niño? —le pregunté a Axel.

—Yo he venido a quitarme las escayolas, ha sido casualidad.

—Ya te veo ya… Ahora podrás limpiarte el culo, si es que has aprendido por tu edad.

—Te veo hoy especialmente combativa, ¿no te alegras de que ya pueda mover los brazos?

—Igual lo que tienes que mover son las piernas, ¡corre de aquí!

—No, no pienso irme. Ya que se ha dado esta bonita casualidad, me quedo.

—Una "bonita casualidad" —entrecomillé en el aire—, que tú has forzado.

—Puede que un poco. Y ahora ha llegado el momento de ver si eres una listilla que, además, tiene dotes de adivina.

—Pues lo que te voy a pronosticar es que es hora de que te largues.

—Lo pasas bien conmigo, ¿por qué te pones a la defensiva?

—Porque tú no pretendes que pasemos un buen rato. Tú y yo no podemos ser amigos.

—*"Que hubiera sido, si antes te hubiera conocido"* —comenzó a cantar Greta a lo Karol G.

—Ya veo que estáis en sintonía, ¿por qué no os liais entre vosotros? —les pregunté a los dos.

—Se siente, me he fijado en ti.

—Y el niñato lo dice como si tal cosa…

—Oye, que le debes un respeto, que te ha librado de una buena, ¿o es que con el embarazo te ha entrado también amnesia?

—No, lo que me ha entrado son ganas de daros un sopapo a cada uno. ¿A que os quedáis los dos fuera?

En esas que se acercó Abigail y lo saludó. Lo conocía de su estancia en el hospital. Además, era compañera de Jorge, el ginecólogo, que esa mañana pasaba consulta en su mismo hospital.

—Así que tú también has venido a ver la ecografía —le comentó.

—¿Eso cómo va a ser? Jorge os echará a todos. Dirá que hay más gente que en la guerra y que no es posible.

—Tengo enchufe, atontada.

—No me digas que mamá y papá también vienen de camino porque entonces parecerá esto una manifestación.

—No, pero están deseando que les digas en cuanto salgas. Así que vamos a entrar ya.

—Eso digo yo, que vamos a entrar ya, que estoy que no vivo por conocer el sexo de ese bebote.

—No entiendo nada, ¿a ti quién te ha dado vela en este entierro? —le pregunté a Axel negando con la cabeza—. Además, que es una niña, no sé qué tienes que preguntarte al respecto.

—¿Y tú? ¿Qué dices de entierro? Pronto estaremos de nacimiento y luego de bautizo.

—Eso no te lo has creído ni tú. No va conmigo, no soy religiosa.

—Creo que no es momento de discutir eso, sino de entrar a la ecografía —nos recordó mi hermana.

—Pero si es que yo con este niño no tengo nada que discutir.

—Qué va, ni que me debieras algo.

—Oye, que fue un accidente. Y además, tú fuiste el primero en perdonarme a cambio de una cena.

—Y ahora no paras de esquivarme. Pues fíjate en lo que te digo, si es niña, te invito a pasar un fin de semana. Me lo habré merecido por acertar.

—Pero si soy yo la que dice que es niña desde el principio, ¿qué me estás contando? Mira, me vas a crispar los nervios. Te lo digo en serio.

—Eso o me apunto en tu gym, tú eliges.

—Por amenazas menos fuertes que esas acaban algunos en la cárcel —le aclaré.

—Hay que tener valor para ni siquiera mencionarlo —me recordó Greta.

Qué razón tenía. Si yo no la había pisado era gracias a Axel. Tenía algo, aquel chaval tenía algo que me asustaba y yo no quería reconocerlo. Si algo me jodía era sentir miedo. Tras la muerte de Mario me hice más fuerte, más independiente, más infranqueable. No me permitía a mí misma sentir

miedo. A decir verdad, no me permitía ni sentir. Y de pronto me encontraba con alguien cuyas salidas me hacían reír. Me pasaba el día dándole largas, pero no parecía importarle en lo más mínimo. Siempre terminaba apareciendo de una manera o de otra, en el lugar que fuese, dispuesto a sacarme la sonrisa y a aguantar cuantas impertinencias se me ocurriese soltarle por la boca.

Lo que provocaba en mí no podía controlarlo y eso era algo que me hacía sentir incómoda. Llevaba mucho tiempo viviendo a mi bola, totalmente desconectada del mundo exterior, centrada en mí y en todas las locuras que me dio por hacer para olvidar a Mario y, sobre todo, para olvidar a la Gio que era cuando él vivía; una Gio que no conocía la culpabilidad y que vivía la vida con una alegría que hacía mucho que olvidé.

Hay sensaciones que, sin que te lo plantees, vuelven a ti de repente. Eso me ocurrió en aquella camilla en la que, de nuevo, escuché el latido del corazón de mi bebé y en la que Jorge me confirmó lo que ya sabía; que era una niña.

Yo contenía las lágrimas mientras que Greta y Abigail dejaron salir las suyas. La sonrisa de Axel, apoyado en la pared, dejándonos nuestro espacio pero apoyando con su presencia, lo llenaba todo. Y no sé cómo lo logró, pero cuando quise darme cuenta, mi sonrisa se mimetizaba con la suya.

Capítulo 18



Salíamos de la consulta cuando vi a alguien que me dejó paralizada. Las casualidades existen y que Carlos Guerrero estuviera allí, preguntando por cuál era aquella planta, dado que se había despistado, me pareció una de las más grandes que pudieran darse aquel día.

—Está usted en ginecología —le comentó la enfermera a la que le consultó.

Ni a mí se me fue por alto su presencia ni a él la mía. También Axel se percató de que algo me estaba pasando y se acercó. Abigail charlaba con Greta.

Los ojos de Carlos Guerrero estaban posados en los míos. Su cara reflejaba preocupación y la mía indiferencia. Si era listo, podría atar cabos. Ya dejé dicho en su tienda que necesitaba hablar con él, junto con mis datos, y la respuesta había sido nula.

Hay gestos que te lo dicen todo y el que Carlos tuvo de pasar de mí no dejaba mucho margen para la duda.

—¿Estás bien? —me preguntó Axel.

—Perfectamente, ¿por qué no iba a estarlo? —le respondí con cierta rudeza. Así era yo, aunque él no me lo tuviese en cuenta.

—Es que de repente parece que hubieses visto a un fantasma.

—De fantasmas está el mundo lleno, pero vivitos y coleando, ya me entiendes.

—Sí, sí, te entiendo. Oye, me debes un fin de semana, he acertado el sexo del bebé.

—Estás muy loco tú, ¿a qué viene tanta insistencia?

—A que así me vuelves. Además, que tenemos que celebrar que vuelvo a tener dos brazos y puedo conducir. Me encantaría llevarte a la sierra.

—¿Llevarme? ¿Y piensas ponerme correa y bozal o puedo campar a mis anchas por ella?

—¿Tú siempre estás a la defensiva?

—Solo con los moscones y tú eres uno de ellos.

—Eso quisiera yo, tener alas.

—¿Y para qué?

—Para cogerte en brazos y echar a volar contigo, Gio. Y así llevarte lejos.

—¿Lejos de dónde? ¿Qué le pasa a este sitio? Aquí estoy bien.

—Lejos de esos pensamientos tuyos que te siguen haciendo daño. Quiero que seas feliz. Me lo he propuesto y no sabes lo cabezón que puedo llegar a ser.

—No digas tonterías, no pienso tanto.

—Está bien, miéntete cuanto quieras, pero vente conmigo a la sierra. No te arrepentirás. Conozco un sitio chulísimo para desconectar, me encantaría poder compartirlo contigo.

—Es para derretirse…

—Ya está Greta poniendo la oreja donde no debe, ¿qué es para derretirse?

—Lo que te está diciendo, mujer, yo también opino igual.

—Pues yo no tengo ganas de moverme de casa, así que ya os podéis ir los demás a disfrutarlo cuando queráis. ¿No es un sitio tan chulo? Pues arreando, que es gerundio.

No quería escuchar hablar de ir sola con Axel a ninguna parte. Y mucho menos de fin de semana, ¿qué se me había perdido a mí con él en la sierra? Y es más, si aquello que no controlaba iba a más, ¿qué sería de mí? Cuando Mario murió me propuse no volver a querer a nadie.

Si os soy sincera, por un lado no creía merecerlo. No me daba a mí misma la oportunidad de ser feliz. Sentía como si no tuviera derecho a serlo, aparte de que se me antojaba imposible la idea de alcanzar ese estado sin Mario. Por otro lado, tampoco quería arriesgarme a volver a perder a un ser tan querido como él lo fue para mí. Me había vuelto cobarde.

Lo que estoy diciendo, soy consciente de que es un sinsentido al haber tomado la decisión de ser madre. Cuando te arriesgas a traer a un hijo a este mundo, sabes que vas a quererlo más de lo que nunca pudiste imaginar que

se quisiera a alguien. Así que todo había empezado a cambiar. Pero meter a alguien más en la ecuación… Eso no entraba en mis planes, puedo prometerlo.

Cuando nos despedimos de Axel, Abigail se empeñó en que fuésemos a casa de mis padres. Greta nos acompañó. Nada más llegar a la puerta, reconocí el olor de aquel guiso de carne que tan rico le salía a mi padre y que era mi preferido.

—Cuánto tiempo sin comerlo —le comenté a mi hermana con el corazón en un puño.

—¿Acaso crees que se han olvidado de lo mucho que te gusta? Entra ya, macarrilla.

Había mucho que celebrar y ellos supieron crear el clima para que así fuera.

—Te lo dije, Miguel. Te dije que era una niña, ahora me debes un fin de semana por ahí —le comentó mi madre.

—¿Lo ves? Mamá sí que sabe aprovechar las oportunidades y no tú.

—Cállate, Abigail, no seas bocachancla.

—Pues yo opino exactamente igual.

—Ya tardabas en saltar, Greta. ¿Te digo lo que me importa lo que pienses?

—¿De qué habláis?

—Mamá, de nada —intervine para tratar de zanjar una conversación que no me interesaba en lo más mínimo.

—De que tu hija tiene un pretendiente que no para de querer hacer planes con ella y no hay manera. Qué cerrada de mollera es, mamá.

—Y a ti cuánto te gusta abrir la boca, hermanita.

—Haya paz, ¿quién es ese chico, hija?

—Papá, no es nadie.

—Es el chico con el que tuvo el accidente.

—¿Y aun así quiere algo contigo, Gio? Eso es lo que yo llamo amor verdadero.

—Mamá, la copa de vino que te estás tomando te afecta más de la cuenta.

La parte buena era que, a pesar de que la miré —me refiero a la copa—, no lo hice con los mismos ojos de deseo. El mono de cualquier sustancia excitante comenzaba a afectarme menos. Por fin mi cuerpo empezaba a reaccionar en normalidad.

Jorge me había confirmado que mi bebé estaba perfectamente y eso es algo que debía agradecer, debido a que mientras que ignoré que estaba embarazada consumí lo que nunca debí consumir. En fin, que otro motivo más para agradecer en los que estaban siendo los días más extraños y confusos de mi vida.

Capítulo 19



El viernes al mediodía me disponía a almorzar y a echarme un ratito para volver al gym por la tarde cuando Greta me anunció que no sería así.

—Lo tengo todo dispuesto para que nos cubran esta tarde a nosotras y a Santi —me comentó mientras servía la ensalada.

—Para que nos cubran, ¿exactamente para qué?

—Porque nos vamos a la sierra de finde.

—No te puedo creer, ¿Axel te ha convencido? Él está detrás de todo esto… ¿Acaso te gusta ese chico? Porque cosa que dice, cosa que consigue de ti de inmediato.

—Pues sí, sí que me gusta —me contestó, dejándome un tanto patidifusa porque no lo esperaba.

—Pues nada, para ti enterito.

—Me gusta para ti, merluza, que eres una merluza. Y por la cara que has puesto, a ti también te mola.

—¿A mí? No te funciona el coco, te prometo que no te funciona.

—Ya, ya. Bueno, ya puedes ir haciéndote a la idea porque nos vamos en un rato.

—Pero que yo no me quiero ir a ninguna parte…

—Pues si te parece, te quedas sola en tu estado.

—¿En qué estado? ¿Acaso te crees que estoy lisiada? Que me valgo muy bien sola.

—Lo sé, pero no te vamos a dejar aquí. Hombre ya, con la ilusión que nos hace a todos.

—¿A todos? Pero ¿cuántos vamos?

—Espera que cuente… Pues vamos Axel, Abigail, Santi y nosotras… Ah, y mi primo Samuel, que se me olvidaba.

—Esto no puede estar pasando, ¿y por qué toda esa gente?

—Porque cuantos más seamos, mejor lo pasaremos. Por cierto, tu bolsa de ropa ya está preparada. No tienes más que cepillarte los dientes y salir andando.

Hasta su primo Samuel, el abogado… A ese le había gustado Santi cuando lo conoció y le faltó el tiempo para apuntarse al plan. Enseguida estaban los dos coches en la puerta. Axel conducía uno, pues ya se había vuelto a comprar otro similar al que le destrocé. Samuel conducía el segundo. Con él se fueron Santi, Greta y Abigail. Se les vio el plumero a todos, dejándome sola con Axel.

—Esto es una locura, que lo sepas.

—Pues bendita locura, niña —me contestó.

—¿Niña? Soy mayor que tú. Y más responsable.

No pudo evitar reírse y le di un buen codazo.

—Oye, que eso ha dolido, ¿quieres partirme algo más? Porque con lo de los brazos tuve ya lo mío.

—La cabeza te partía, ¿por qué te has reído? Vale que no sea el colmo de la responsabilidad, pero lo voy a ser.

—Ok, eso no lo dudo —me respondió y pareció honesto al hacerlo.

Si necesité decirlo en alto fue porque era yo quien tenía mis dudas. Esos años alocados que viví tras la muerte de Mario hacían que, de pronto, me sintiera vulnerable ante la idea de ser madre. ¿Y si no daba la talla? ¿Y si recaía? ¿Y si no era capaz de reconducir mi vida y le daba el peor de los ejemplos a mi niña?

Hasta creo que comencé a temblar de manera involuntaria, cosa de la que él se dio cuenta.

—Voy a poner ahora mismo la calefacción porque veo que tienes frío.

—Un poco sí que tengo.

Su mano se fue hacia mi muslo, pese a que estaba conduciendo, y me lo frotó. Su contagiosa sonrisa le salió de pronto, ¿por qué tenía que serlo tanto? Por el amor del cielo, era rabiosamente atractiva.

El lugar al que nos dirigíamos no estaba demasiado lejos, así que antes de un hora ya nos encontrábamos allí.

Ciertamente, había de reconocer que se trataba de un refugio de montaña verdaderamente precioso por fuera que resultaba de lo más acogedor y confortable por dentro, todo forrado en madera.

—Guau, es una maravilla —silbé al verlo.

—Como tú, que eres una de las siete maravillas del mundo moderno —me soltó.

—A mí no me seas repipi, porque náuseas del embarazo no tengo, pero con comentarios como ese me pueden entrar todas juntas.

—Ay, mi chica, que es pura sensibilidad.

—¿Qué dices de tu chica, tarado? De veras que a ti te funcionará el cuerpo porque te dedicas a lo que te dedicas, pero la cabeza la tienes perdida.

—¿Otro zumbado como yo? —me preguntó Santi.

—Por cierto, que no me has dicho en qué horarios das las clases —le respondió Samuel.

—¿Te vas a apuntar?

—Sí, que me estoy viendo un poco de barriguita y no es lo suyo.

—Yo no te la veo, pero me la puedes enseñar cuando quieras… y la barriguita también —le comentó Santi, a sabiendas de que ambos transitaban por la misma acera.

—Este va a ser un fin de semana sin desperdicio —comentó Abigail.

—Sí, me temo que tú y yo seamos las únicas que no nos comamos nada —le contestó Greta.

—Quietas paradas que yo tampoco he venido aquí con pretensiones románticas. Más bien vengo secuestrada —les recordé.

—¿Sabes que el rapto puede ser considerado un impedimento para contraer matrimonio? —me preguntó Axel.

—Que alguien le diga a este tarado, por favor, que yo no soy de las que se viste de blanco y que, de hacerlo, lo haría con un hombre y no con un niño.

Bufé porque me hacía perder los estribos. Había algo en él que provocaba ese efecto en mí.

Nos instalamos. En la casa había tres dormitorios y enseguida Santi y Samuel ocuparon uno. Esos dos no perdían el tiempo. En cuanto a Axel, me propuso compartir otro con él. Mi respuesta inmediata fue la de sacarle una peineta, así que se quedó solo y yo compartí con las chicas el tercer dormitorio, donde había una cama doble y al que trasladamos otra supletoria que encontramos en el desván.

Capítulo 20



Los chicos se comportaron genial, todo hay que decirlo. Aunque Santi y Samuel, que no paraban de gastarse bromas picantes, optaron por pedir pizza para cenar, Axel se empeñó en que fueran al supermercado para preparar una cena rica y sana.

—Es por la niña, que tiene que comer lo mejor de lo mejor —decía mientras echaba mano a la llave del coche.

—Cómo te cuida, hermanita.

—Abigail, ya…

—Es un tío estupendo y está como un tren —proseguía porque ya se habían marchado—, y encima está con el embarazo que no caga.

—No quiero escuchar ni una palabra más. Bastante tengo con lo que tengo ya…

—¿Y qué tienes ya? ¿Nos lo puedes contar?

—Un embarazo sorpresa, un padre que pasa de todo porque ni siquiera se ha interesado en atender mi mensaje, una condena en suspenso que no me

permite sacar los pies del plato y una sensación de haberlo hecho todo mal en la vida que no puedo con ella —suspiré.

Abigail y Greta se quedaron mirándose entre ellas fijamente. Aunque aquel gesto pudiera parecer que no tuviera mayor importancia, sí que la tenía. Era la primera vez que reconocía en alto que me sentía fatal, que mi vida había sido un desastre y que no di una a derechas desde que Mario murió.

La reacción de ambas no se hizo esperar. Me abrazaron, cada una por un lado, y me cubrieron el rostro de besos.

—Ya, ya, empalagosas, que al final me haréis llorar y no quiero —les comenté.

Las dos guardaron silencio, entendiendo que hay momentos en los que el apoyo se basa en quedarte con la otra persona, pero sin abrir el pico, simplemente abrazándola y mostrándole tu ánimo.

Los chicos llegaron al poco con carne y verduras con la que hacer una parrillada en la estufa de leña de la cocina, que era una obra de arte. Para estar fuera, hacía demasiado frío. La primavera ya no tardaría en llegar, pero las temperaturas seguían siendo bajas y era consciente de que debía cuidarme.

Los tres se pusieron manos a la obra, sirviéndose unas copitas de vino.

—Y para mi chica, un zumito natural de naranja —me dijo Axel mientras me lo ponía en la mano.

—Como repitas eso de “tu chica” cabe la posibilidad de que te duche con él, que lo sepas.

—Me encanta cuando te sale ese genio, te lo prometo. Es realmente provocativo.

—Abigail, Greta, advertirle de que no me conoce.

—No la conoces, no…

—Pero la quiero conocer. Sé que ha sido el destino quien nos ha cruzado.

—Lo que nos cruzó fue que yo iba muy pasada de todo. No lo olvides. Ya entonces no era buena para ti y tampoco lo sería ahora. Aparte de que no quiero nada con nadie.

—Eres más arisca que un puerco espín, con lo bien que se está cuando encuentras esa persona con la que sabes que compartes gustos y aficiones, con la que tienes la seguridad de que puedes comenzar algo —suspiró Santi.

—Pero si no tienes ni idea de cuáles son mis gustos —le contestó risueño Samuel.

—Bueno, pues con quien tienes la seguridad de que te empotrará a lo bestia, vamos a dejarlo así.

—Sí, sí, que suena muy romántico —dije con desdén.

—Mira la que fue a hablar de romanticismo…

Un rato después estábamos todos sentados a la mesa y tras la cena, los chicos propusieron que jugáramos a algo.

Hicimos un sorteo y terminó por salir el famoso juego en el que unos deben beber del ombligo de otros. Hicimos los emparejamientos y no me

resultó extraño que a Axel le tocara beber del mío.

—No sé cómo lo habrás hecho, pero seguro que los has sobornado a todos.

—A mí me ha bastado con saber que beberé del de Santi, en ese caso. Soy abogado y, por tanto, especialista en llegar a acuerdos.

—Pues a mí me ha tocado beber del de Abigail, no es que sea el sueño erótico de mi vida, pero…

—Pero podría ser peor, como canta la "La casa azul" niña, que yo tengo mi punto —le contestó mi hermana a Greta.

Ya llevaban algunas copas encima y el ambiente era de lo más festivo. Por suerte, comenzaba a no molestarme hasta el olor del alcohol, por lo que no eché en falta ser yo quien degustara ninguno de esas bebidas del ombligo de alguno de ellos.

Axel derrochó erotismo al hacerlo del mío, eso es indiscutible. Mi camiseta la fue subiendo con sus manos. Había ya cierta curvita visible en lo que antes se trataba de un vientre plano. A él parecía ponerle muchísimo todo lo que tuviera que ver conmigo, curvita incluida. Y a mí… A mí me puso mucho ese sorbo que dio de mi ombligo.

Horas después estábamos bailando, todos con todos. Él no perdía oportunidad de buscarme y en sus ojos adivinaba sus muchas ganas de besarme. También su jugosa boca me atraía muchísima y miento si digo que no me sentí tentada de besarle igualmente. El problema era que no deseaba meter la pata y sumergirme en un juego sexual en el que no pretendía volver a tropezar. Demasiado tiempo acostándome con gente por pura inercia. Y lo peor de todo era que, si lo hacía con él, podía constatar ciertas sensaciones que me generaban demasiado temor.

Axel entrelazaba su mano con la mía en el momento de irnos a la cama, en el cual le hice la cobra en el instante en el que pretendió besarme.

Las chicas reían y comenzaron a corear, medio borrachas, la canción de "Muero de amor" de La Bien Querida. Y yo… Yo me quité sendas zapatillas deportivas y les tiré con ellas en la cabeza.

Capítulo 21



Cuando nos levantamos por la mañana, los chicos se habían esforzado por preparar el desayuno.

—Huele a café que es un puro vicio —les comenté a ellas mientras rastreaba el olor por la casa como un sabueso.

—Para ti, zumito de naranja con aguacate y…

—Otro tormento chino, ya comenzó el día.

—El día ha amanecido tan precioso como tú. Por cierto, que hoy haremos un sendero cortito para que no te canses —me comentó Axel dándome un beso en la mejilla.

—¿Se puede saber lo que haces?

—Darte un beso de buenos días, cariño. De buena gana lo haría en los morros, pero entonces…

—Entonces sabes que te los partiría. Lo sabes tú y lo saben todos.

—Más o menos, sí.

Tras el desayuno, nos fuimos a hacer ese sendero. La llevaba clara Axel si pensaba que no podría caminar lo suficiente por mi estado.

—Pero miradla, si parece el Correcaminos. Da miedo la tía.

—Y eso que no me has visto encima de la moto. Entonces sí que lo hubieses flipado.

—Calla, que sí te vi una vez. Y no me quiero acordar.

—Es que se lo pones a huevo, Gio.

—Calla tú, Greta, que llevas una temporadita que no se sabe de qué parte estás.

—Pues de la del amor, obviamente. Estoy enamorada de la vida y de mi sobri, por eso lo de las motos se te ha acabado para los restos.

—Que ya lo sé pesada.

—Pero que no te subas encima de esa piedra, ¿y si te caes?

—¿Y si me cae un meteorito encima también? Una cosa es que no vaya haciendo el cafre todo el día y otra que no me pueda ni mover —suspiré.

—Bueno, en breve vamos a llegar a una catarata que, si no la conocéis, os resultará flipante.

—Yo sí que he estado en ella alguna vez, Axel —comentó Samuel.

—Pero esta vez te resultará mucho más excitante conmigo —añadió Santi.

Entre esos dos hubo tema la anterior noche y el *feeling* era evidente. En cuanto a Axel, no perdía la oportunidad de tratar de darme la mano y yo tampoco la perdía a la hora de esquivarle.

Cuando llegamos a la catarata todos coincidimos en que había merecido la pena. El espectáculo natural era fascinante y, pese al frío reinante, la sensación era más que especial.

—Yo no resisto la tentación de bañarme —comentó Axel.

—No te puedo creer, si las temperaturas son súper bajas —le comentó Abigail.

—Reconozco que yo también lo haría si no fuera por mi pequeña okupa.

—Así me gusta, que mi chica sea arriesgada y, a la vez, responsable.

—Por favor, que alguien le advierta que se la está jugando llamándome así —le pedí al resto.

Dicho y hecho. Y no me refiero a la advertencia, que todos pasaron de ella, sino a que Axel se bañó en la catarata, quedándose solo en bañador.

Era la primera vez que le veía de esa guisa, prácticamente sin ropa, y mi corazón comenzó a latir con demasiada frecuencia. A pesar de que el frío lo invadía todo, la sensación de calor interna me envolvió por completo y traté de no mirar demasiado para que no se me notara.

Su pelo castaño, de repente totalmente mojado, lo dotaba de un aire más salvaje y atrayente. También su rostro estaba empapado y ello le otorgaba a sus labios un aire más jugoso.

Me sentí arder en ganas de besarle. En otro tiempo, nada lejano, me habría ido hacia él sin importarme en lo más mínimo quién nos viera, y lo hubiese devorado a besos.

Y luego habría seguido por ese torso suyo, musculado y definido, que terminaba en unos abductores de los que marcan el comienzo de otras zonas más íntimas que también me quedé con ganas de explorar.

—¿Me acercas una toalla? —me preguntó cuando salió del agua.

—Sí, sí, claro. Tápate —se me escapó y a él lo que se le escapó fue una libidinosa sonrisa.

No fue casualidad que se secara de la manera tan sugerente en la que lo hizo. Tampoco que mis ojos no pudieran evitar posarse en él mientras que lo hacía.

Después, continuamos con la caminata. El pelo de Axel seguía mojado y de veras que su aspecto era mucho más desenfadado y atrayente para mí.

—Se ha notado que te ha puesto cachonda —me espetó Greta en cuanto los chicos comenzaron a hablar entre sí.

—Cachonda te pondrás tú de la bofetada que te daré si vuelves a repetir algo así, ¿me oyes?

—Te oiré mientras no me des en un oído, que con la fuerza que gastas, niña...

Nos lo pasamos muy bien en aquella excursión. Ya era sábado. Quedaba una noche por delante antes de que el domingo volviésemos a la ciudad. Una noche en la que ellos volvieron a aplicarse en la cena.

—Esto es vida. Podría acostumbrarme a ello perfectamente —decía Greta.

—Pero te hará falta alguien con quien compartirla, ¿no?

—Yo qué sé, chica, ¿a ti sí, Abigail?

—A ver, yo lo del bebé lo he querido intentar sola porque no tengo pareja, pero me gustaría tenerla. Aunque vamos, para el resultado que me ha dado…

—No te preocupes, que eso cambia de un momento para otro. Por cierto, ¿qué haría Carlos Guerrero en el hospital el otro día? —les pregunté.

—No sé, puedo enterarme si quieres. Sabes que tengo enchufe.

—No, no, paso. Ese tipo no ha querido saber nada de mí. A estas alturas, y por donde me vio, ya debe saber por dónde van los tiros y ha pasado. Pues yo debo pasar mucho más.

—Como quieras, cariño. Pero si cambias de opinión…

—Cambiar de opinión, ¿sobre qué? —nos preguntó Axel, quien se acercaba con una bandeja de picoteo.

—Sobre nada, sobre nada —le corté el punto mientras cogía un canapé.

—Me encanta cuando me haces partícipe de tus cosas. De todos modos, no me preocupa, ya lo harás.

—Tú lo flipas demasiado, chaval. Que estemos pasando un buen finde no quiere decir nada.

—Y lo que queda… No se te ocurra pensar que ha terminado porque en este finde todo lo mejor está por venir.

Capítulo 22



Cuando escuché aquellas palabras pensé que era otra de sus fanfarronadas. Sin embargo, no puedo explicar qué me pasó aquella noche.

Tras la cena, de nuevo comenzamos con los jueguecitos picantes. ¡Si hasta Greta y Abigail se comieron la boca! Y no, no es que ninguna de las dos estuviera por la otra. Simplemente ocurrió como parte de uno de los juegos en los que las demás las jaleábamos.

Poco a poco, fueron cayendo rendidos. A mí, desde que sabía lo del embarazo, como que me costaba más conciliar el sueño. Y él, que lo sabía, hizo por quedarse conmigo en el sofá.

—¿No estás cansada? —me preguntó.

—No, mucho, la verdad. Pero vete a dormir tú, que debes estarlo.

—No me apetece, prefiero quedarme contigo.

—Axel, yo…

—Sé lo que me vas a decir, pero también tendré yo algo que opinar. Me da igual que me repitas eso de que no eres una mujer para mí y demás. Ya lo sé todo y me da igual

—Es que no voy a hacerte más que daño, Axel. No tiene sentido.

—Hay muchas cosas que no la tienen y que al final…

—Aquí no habrá final feliz. Greta tiene razón en que no creo en ellos.

—Pero un día creíste, con Mario.

—No lo nombres, por favor.

—No lo tienes superado, Gio.

—No se te ocurra decir eso. Hace mucho ya. Claro que lo he superado.

—Hay heridas que, por mucho tiempo que pasen, solo cierran en falso. Si tú me dejases que te ayudara a…

—No lo menciones, siquiera, por favor. Deja a Mario fuera de esto.

Obvio que se lo pedía a él, pero que quien tenía el problema para dejarlo fuera era yo.

Cuando quise darme cuenta, ya estaba enredada con Axel sobre aquel sofá. Nuestras lenguas se habían entrelazado, notaba la calidez de sus besos, y no era eso lo que deseaba sentir.

Me levanté súbitamente y tiré de su mano. Él no compartía dormitorio con nadie. En cuanto cerramos la puerta, ya estábamos solos. Yo misma me desnudé. Durante unos segundos, se me quedó mirando, impactando, para luego cubrirme todo el cuerpo de caricias y besos.

Se le notaba activo en el sexo, mucho, pero tampoco quería sacar su lado más *heavy* del tirón, habida cuenta de que estaba embarazada. Tampoco me había acostado con nadie desde que sabía de mi estado. Y, por rizar el rizo, igualmente tampoco lo hice con nadie por quien sintiera algo desde la última vez con Mario.

Lentamente, Axel me fue tendiendo sobre la cama. Su cuerpo sobre el mío, ya también desnudo, se restregaba de una forma que empitonaba mis pezones. Mis senos habían cambiado mucho desde que estaba esperando a mi hija. Los notaba más grandes y exuberantes, más deseables, a juzgar por la mirada que él les echó.

Primero los amasó con las manos. Mis pezones, ya muy duros, parecían reventar. Entonces comenzó a succionar de ellos y sentí que mi interior se ponía al rojo vivo. De mis entrañas emanaba una esencia caliente que me hacía sentir febril, lo mismo que el juego de sus dedos cuando alcanzó mi sexo.

Le sentí dubitativo durante un segundo a la hora de penetrarme con ellos. Cabía la posibilidad de que nunca se hubiese acostado con una embarazada y eso le hizo mantenerse en alerta.

—No hay problema, vía libre —murmuré, depositando mis palabras en su oído.

Le saqué una sonrisa. Poco a poco, fue entrando en mí con sus dedos. Yo me sentía liberada, abriéndome de piernas para él y dejando que los jadeos placenteros comenzasen a salir de mi garganta, unos detrás de otros.

Sus dedos hacían maravillas dentro de mi sexo. Por segundo que pasaba, me iban mojando más, hasta que se los puse chorreando. Esa sensación debió resultarle cautivadora y, cuando los sacó, no solo los probó él, sino que me los dio a probar a mí.

No era la primera vez que probaba mi propia esencia, pero sí la primera que lo hacía mezclada con la suya, mezclada con el sabor de sus propios dedos. Me había corrido entre gemidos y él estaba a punto de entrar en mí.

Podríamos haber aprovechado para alargar aquellos preliminares, aunque no habría tenido mucho sentido porque yo quería sentirle dentro de mí a la par que él deseaba entrar en mi cavidad vaginal.

Sus manos cogidas en mi cadera y su glande en la entrada de esa cavidad. Una sola estocada y ya le tenía dentro. Me había colocado encima de él. Deseaba que fuese yo quien imprimiese el primer ritmo y así lo hice.

Comencé a galopar sobre él dejando la mente en blanco, aunque no me fue fácil. Trataba de cerrar los ojos. Durante demasiado tiempo lo hice cuando me metí en la cama con otros. Y entonces, era la cara de Mario la que aparecía en medio de la oscuridad y yo disfrutaba de la sensación de haberlo hecho una última vez con él.

No me ocurrió así en aquella madrugada en la que abrí los ojos y vi a Axel. Vi a aquel chico que me miraba con admiración y que, al igual que yo, disfrutaba una barbaridad con eso que nos estaba pasando encima del colchón, con la fusión de nuestros cuerpos que se encontraban por primera vez en la intimidad de una cama en la que deseaban compartirlo todo.

Estrechando mi canal, hacía por sentirlo al máximo. Las palmas de sus manos se cogían a las mías como en un intento de que no me escapara, si bien en aquella ocasión no tenía intención de hacerlo.

Su torso se rozaba con el mío y él buscaba mis pezones con su boca. Botaba sobre su cuerpo y, cuando los atrapaba, succionaba de ellos como si nunca, como si nada, como si nadie…

Un nuevo orgasmo invadió todos mis sentidos. Debí dejar los ojos en blanco. Hacía mucho, hacía demasiado tiempo que no sentía uno de tal intensidad.

Capítulo 23



Después de compartir ese rato de sexo con Axel, me volví al dormitorio de las chicas. No me fue fácil convencerle de que no me podía quedar a dormir con él, si bien finalmente salí corriendo y llegué a mi cama.

—Te lo has tirado —murmuró Greta entre sueños.

—¿No se supone que deberías estar sopa? Qué tía, servías para el CNI.

—Sí, pero entre lo que gritan Samuel y Santi, y el recital que has dado tú…

—No me jodas que lo habéis escuchado.

—Pues claro que sí, pero oye, que hemos estado por tocarte las palmas. Enhorabuena, hermanita, ya era hora de que te fijases en un tío normal y que encima está por ti como está.

—No, no te confundas, Abigail. Lo único que ha sucedido esta noche entre nosotros es que hemos cubierto una necesidad fisiológica.

—Para mí que la única confundida eres tú, pero bueno…

—¿A que me pongo unos tapones en los oídos para no escucharos más, Greta?

—¿A que no te los has traído porque no eres tan previsora?

—Pero mi hermana sí…

—Correcto y los tengo puestos para no escucharos a unos y a otros, qué escandalera de noche.

—Me estáis poniendo negra entre las dos, os lo aseguro.

—Pues poco te faltaba, porque venías ya morada, guapa.

No les dije nada más. Me limité a darles con los almohadones en esas cabezotas suyas que no paraban de idear.

Por la mañana, fui yo misma quien me cubrí la mía con el almohadón, ¿por qué me dejaría llevar así la noche anterior? Pues porque Axel me calentaba más que una estufa de leña y porque yo al sexo estaba muy acostumbrada y era el único vicio que no tenía prohibido debido a mi embarazo. Pero no, había algo más y era absurdo que me lo negase. Algo más de lo que trataría de apartarme porque bastantes complicaciones tenía ya en la cabeza como para enredarme con alguien a quien, por su edad, consideraba un irresponsable y un cabeza hueca.

Sé que puede parecer más que paradójico que, dada mi trayectoria, me permitiese el lujo de opinar eso de Axel, pero así era. Con respecto a mi hija, me consideraba frágil. Yo, que tanta cara le había echado a la vida, poniéndome el mundo por montera sin importarme las consecuencias tras la muerte de Mario, consideraba que con el bebé podía meter la pata y no tenía en absoluto la certeza de que pudiera ser una buena madre.

Cuando ese tipo de pensamientos te hacen rumiar, te sientes muy aturdida y no quieres añadir presión a lo que ya de por sí te cuesta gestionar.

Nos reunimos todos en la cocina a la hora de desayunar. A Axel la sonrisa le salía de oreja a oreja y Greta, como quien no quiere la cosa, le dejó el asiento contiguo al mío para que lo ocupase.

—¿Cómo has dormido, preciosa? —me preguntó.

—Poco y mal —le contesté con malas pulgas porque no me sentía orgullosa de mi comportamiento de la noche anterior.

—Pues eso sería porque estarás escocida, que bien que gritaste —me comentó Samuel.

—Picapleitos, haz el favor de no tocarme las narices, que tampoco vosotros sois los que se dice precisamente silenciosos —le advertí.

—Es que el amor no se puede ocultar, jefa —prosiguió Santi.

—En mi caso ya te avanzo que, de amor, hay bien poco —le advertí mientras esquivaba la mano de Axel que luchaba por acariciar la mía por encima del mantel.

No me gusta ser aguafiestas y reconozco que actué de un modo muy cortante. El silencio se hizo en la mesa hasta que Greta intervino.

—Bueno, último día en la casa. Habrá que dar un paseíto o algo para despedirnos, ¿no? La mañana está luminosa, fría, pero luminosa.

—Id vosotros, yo me quedo —le contesté.

—Pues entonces yo me quedo contigo también —me propuso Axel.

—¿Y a ti qué te hace pensar que yo quiera tu compañía?

Ahí sí que fui realmente seca y Abigail, que es muy justa, se metió por medio.

—Pues igual que anoche sí que estuviste interesada en acercarte mucho a él, bonita.

Mi hermana sí que sabía cómo ponerme las pilas. Como es lógico, era quien me conocía desde siempre y contaba con la certeza de que cuando yo activaba el modo "siesa" era mejor asestarme un buen palo que dejarme que soltarla la lengua sin control alguno.

—¿Sabes lo que te digo, Axel? —prosiguió—. Que si Gio no valora tu compañía, el resto sí. Y que estaremos encantados de que nos acompañes a dar ese paseo. Además, tú eres quien mejor conoce estos montes y necesitamos un guía, así que no se diga más.

Sentí ira en ese momento en el que Abigail me estaba poniendo los puntos sobre las íes. Tenía todo el derecho del mundo a hacerlo porque era injusto que yo tratase a Axel así, pero no me hizo sentir bien.

A él le noté cabizbajo, pero insistí en que se marchase en una mañana en la que me quedé sola en la casa. Por supuesto que había cobertura en ella y que estaría comunicada en casa de necesitarlo, pero Axel se marchó con ellos y sentí rabia.

Expresado de una manera coloquial y rápida, me comportaba como una niña impertinente que no sabía lo que quería. De haberse quedado, le habría echado la bronca. Pero como se fue, me sentía sola y le extrañaba. Me

estaba acostumbrando a tenerle ahí, siempre al pie del cañón, a merced de mis caprichos para cuando quisiera utilizarle.

No era justo. Nunca lo había hecho con nadie. A los tíos a los que me tiré tras la muerte de Mario los utilicé igual que ellos a mí. Pero Axel no era eso lo que pretendía y me lo estaba dejando muy claro desde el primer momento.

Mis miedos hacían que lo hubiese utilizado aquella noche para soltarlo a la mañana siguiente. Ni yo misma me reconocía.

Capítulo 24



Comenzamos la semana y Greta estaba muy pendiente de mí, como siempre.

El trabajo me venía genial para evadirme de todo lo que tuviese que ver con esos pensamientos míos tan contradictorios, ya que para mi desgracia Axel aparecía en ellos mucho más de lo que hubiese deseado.

Nunca me había planteado una relación con alguien más joven y, aunque solo nos separasen tres años, le consideraba como a un niño. Y más cuando yo iba a traer a una criatura al mundo. Pero es que, además, y sin ánimo de repetirme, no tenía la más mínima intención de volver a querer a ningún hombre. Ni siquiera creía merecer esas bonitas sensaciones que se experimentan cuando estás queriendo, pues al único que quise lo maté. No con mis propias manos, pero sí con mis actos.

Aquella tarde se unió a mi clase de yoga alguien nuevo. Debía rondar los 35 y se llamaba Joel. Era corpulento, con el pelo rapado y unos *tatoos* muy chulos que le daban un aire varonil que me puso.

Desde el primer momento se fijó en mí. No quise que se me notase que tampoco me pasó desapercibido. Pero cuando terminó la clase, con las muchas tablas que tenía, se me acercó.

—Ha sido una buena clase, te felicito —me comentó—. Por cierto, me llamo Joel.

—Ya, escuché que se lo decías al chico de al lado. Yo soy Georgina.

—Gio para todos aquí, tienes fama.

—¿Fama de qué?

—De buena profesora, por supuesto. Aunque yo veo en ti mucho más que eso.

—Y mira que no traes gafas ni nada. Tienes buena vista.

En cualquier otra situación, unos meses antes, ese intercambio de frases habría sido suficiente para que nos hubiésemos ido juntos a la cama. No habría necesitado más. De hecho, me habría sobrado conocer su nombre.

—¿Una copa? —me ofreció.

—No, me voy derecha a casa, gracias. No puedo beber.

—¿Y eso? ¿Te lo prohíbe tu padre? Creo que eres demasiado mujer para imposiciones.

—No, me lo prohíbe mi hija, la que llevo aquí dentro —le indiqué mientras me llevaba la mano al vientre.

—Así que embarazada, qué morbo…

—¿Eres un pervertido o algo así?

—No, solo soy alguien que va del mismo rollo que tú, porque el diablo reconoce al diablo.

—Pues has llegado tarde, ya que esta diablesa está jubilada. Apártate de mi camino, por favor, que me quiero largar.

—Y encima con carácter. Joder, cómo me pones.

—Tú no has entrado en esta clase porque te interesase, ¿cierto?

—Iba para la de culturismo, encanto, pero cuando vi tu culo no tuve más remedio que seguirlo. Lo seguiría hasta el mismo infierno.

—Lo siento, creo que no vamos en la misma dirección.

El embarazo me tenía revolucionada, eso era innegable. Y que el tío estaba que crujía también lo era. No voy a negar que me lo hubiese tirado, pero algo dentro de mí estaba cambiando y no solo por mi hija.

El sexo, siempre que se practique con seguridad, no es contraproducente durante el embarazo, pero tenía a Axel en la cabeza y finalmente salí andando.

Greta me esperaba en la puerta.

—El Don Limpio ese te estaba tirando la caña, ¿no?

—Qué dices de Don Limpio. Bien bueno que está.

—Sí, pero no tiene ni un pelo de tonto. Gio, no te dejes liar. Eso no es lo que necesitas ahora.

—No bebo, no me drogo, ¿tampoco podré darle al tema?

—Tú me entiendes, no te líes más de la cuenta.

—No me líes tú, Greta. A todos se os ha metido en la puta cabeza que voy a acabar con Axel y no. Me lo he tirado. Eso ha sido todo. Y no habrá más.

—No te cabrees, nena, todos queremos lo mejor para ti.

—Pues entonces, dejadme decidir a mí de una puñetera vez y no os metáis donde no os llaman. ¿Estamos?

—Estamos. Qué mala leche gastas cuando te da la gana.

—Leche será la que me suba cuando… Ya sabes. Greta, dime la verdad.

—De mentirosa sí que no puedes acusarme, así que dispara.

—¿Tú me ves de madre?

—Pues claro que sí, tontorrona.

—Pero de madre en condiciones, no solo porque dé a luz. Eso es inevitable. O lo haces o explotas. Es más, explotaré de todos modos.

—Explotaré yo en risas si sigues por ahí. Claro que vas a ser una buena madre. Para empezar, ya quieres a la niña y has tomado muchas decisiones por ella. No te habías planteado serlo y has apostado por ello. Solo por eso te voy a llevar a cenar.

—Ha sonado hasta romántico, ¿y si eres tú el amor de mi vida? —bromeé.

—No te confundas. Que me comiera los morros con tu hermana en el fnde fue una necesidad. Los demás ibais a saco y ella y yo… Pues eso. Pero que a las dos nos gusta mucho un tío.

—¿Crees que te voy a censurar? ¿Te cuento lo que he hecho en mis noches más locas?

—No si no quieres que me estallen los oídos. Ahórramelo, por favor, que me das muchísimo miedo.

—Ven aquí, anda. ¿Te he dicho alguna vez que te quiero mucho?

—En la puñetera vida, pero tampoco hace falta porque lo sé de sobra. Y yo a ti te quiero mogollón también, tontorrona.

Nos fuimos a cenar. Tomamos un buen helado después. Me apetecía, pese a que las temperaturas fueran bajas. Realmente, ese frío solía proceder de mi interior. Mi corazón se heló tras la muerte de Mario y desde entonces esa sensación me acompañaba siempre.

No podía evitar imaginar en ciertos momentos que mi hija fuera suya, que la vida nos hubiera dado una oportunidad de ser padres en común. Pero no fue así y mi bebé era de un hombre que nada quería saber al respecto. Si es que todos los pasos que daba en la vida eran iguales, no hacía nada que se me pudiese agradecer. Y eso era lo que le comentaba a Greta mientras ella trataba de minimizarlo todo y me daba a probar de su helado, que era de pistacho y que también estaba delicioso.

Capítulo 25



Axel se hizo el encontradizo con nosotras a la tarde siguiente, cuando íbamos camino del gym.

—Pero mira a quiénes tenemos aquí —comentó.

—Como si no supieras que este es nuestro camino. Oye, ¿tú le has contado ya a tu santa madre lo que estás intentando conmigo?

—Deja a mi madre a un lado, que está más mona.

—Pues igual en esto sí que debería intervenir y prohibirte que me des más la brasa.

—Yo mejor voy avanzando y os dejo hablar de vuestras cosas —intervino Greta.

—¿Por dónde ibas? —me preguntó él.

—Por lo de tu madre.

—Sabes que me importa un bledo lo que piense, ¿cenamos esta noche?

—¿Qué parte de que no me interesas es la que no entiendes, Axel?

—La de que no se corresponde lo que dices con la forma en la que me miras.

—Esas son tus ilusiones. No te miro de ningún modo.

—Sabes que sí. Me gustas, Gio. Me gustas de verdad. Me gustas muchísimo.

—Axel, olvídate de mí. Te lo digo por última vez. No te traeré más que problemas. Eso soy yo: una sarta de problemas con piernas.

—Y menudas piernas… Estoy enamorado de ti y quiero que me des una oportunidad.

—Y te la voy a dar… Te voy a dar la oportunidad de que salgas corriendo sin que te dé de leches.

—Me encanta tu lado romántico.

—No lo tengo y no quieras indagar porque no lo encontrarás. Vete, Axel, no quiero joderte la vida, de verdad.

Le dejé con la palabra en la boca. Cuando llegué al gym y estaba dando mis clases, vi que Joel pasaba por la puerta y no entraba. Obvio que no le interesaban, que iba hacia la zona de culturismo.

Al final de la tarde, él seguía allí. No se le fue por alto que le vigilé de lejos y se quedó para el último a la hora de entrar en las duchas.

—Vete, Greta, ya cierro yo —le comenté.

—¿Qué vas a hacer, loquita? Me quedo contigo.

—Que te largues te he dicho, por favor.

—No te entiendo, Gio, es que no te entiendo.

—Ni yo espero que lo hagas. Con que te largues me es suficiente, ya está. ¿Es mucho pedir?

Me quedé a solas con Joel y me metí en la ducha. No le sorprendió verme aparecer por allí. Me hizo sitio y entré con ropa y todo. No había problema, siempre tenía prendas en mi taquilla para cambiarme.

Joel me dio la vuelta de una manera abrupta y comenzó a morder mi cuello. Se veía que le iba el sexo duro. No había nada en sus gestos que indicase lo contrario.

Tampoco yo aspiraba a que me hiciera el amor bajo el agua precisamente. Es más, a lo único a lo que aspiraba era a que me hiciese olvidar a Axel y a eso que estaba representando para mí en aquellos días.

Sus fuertes manos comenzaron a desnudarme. Levantó mis brazos de un modo tan rudo que me hizo daño.

—Joder, ten un poco de cuidado —le indiqué.

—¿Cuidado? No me jodas. No creo que hayas llegado hasta aquí para que lo tenga. Lo que quieres es que te dé lo tuyo, putón —me soltó.

No hubo nada más que decir. Yo también le solté algo… Un puñetazo en la nariz que se la hizo sangrar de inmediato. A continuación, salí de la ducha

y le advertí que no quería volver a verle por el gym.

—Eres una auténtica calientapollas, Gio, ¿de qué vas?

—No, ¿de qué vas tú? ¿Crees que todas somos unas putas porque nos vaya la marcha como a vosotros? ¡Vete a la mierda, tío! —le chillé antes de salir corriendo de allí.

Pedí un taxi porque ni siquiera me cambié de ropa. No me fiaba de quedarme con él en el gym, sin nadie más, después de lo sucedido. Comenzaba a pensar en mi niña. Más tendría que haberlo hecho, pero a veces se me seguía yendo la pinza.

Cuando Greta me vio llegar en esa situación se asustó mucho.

—¿Te ha hecho algo ese tío? Gio, dímelo porque te juro que llamo a la poli ahora mismo.

—No, no me ha hecho nada. Soy yo, que no paro de cagarla.

—Estás muy nerviosa, te voy a preparar una tila.

—¿Una tila? Qué asco…

—No solo se bebe alcohol, bonita.

—Por eso no lo digas, que ya sabes el tiempo que llevo sin probarlo.

—Y bien orgullosa que estoy de ti. Pero ahora te vas a beber esa tila y me vas a contar.

—Pues nada, que el tío es un gilipollas y que no me ha tratado bien.

—¿Te ha puesto una mano encima?

—Las dos, pero no para pegarme, estaría bueno. Ahora bien, la lengua la ha sacado a pasear sin venir a cuento.

—Eso no te hubiese importado antes, ¿lo ves? También los ponías a caldo en la cama, tú misma me lo contabas.

—Pues yo qué sé, hoy me ha jodido especialmente.

—Natural, después de hacerlo con Axel.

—Y dale con Axel, ¿de verdad que no te lo quieres quedar para ti?

—De verdad de la buena. Pero tú sí te lo quieres quedar para ti, aunque todavía no lo sepas.

—No estoy hecha para eso y lo sabes, Greta.

—Lo estuviste un día.

—No metas a Mario en esto. No tiene nada que ver.

—Discrepo contigo. Tiene todo que ver.

—Dame ya esa tila, pero cállate, por favor. A Axel solo me lo he tirado y sí, estuvo bien, muy bien… Pero ahora quiero olvidarme de él, centrarme en mi embarazo y hacer las cosas bien por una puñetera vez en mi vida.

—¿Y es que crees que son incompatibles?

—Pues sí, eso es lo que creo.

Capítulo 26



A final de semana, Axel no se había dado por vencido.

Desde la noche en la que estuve con Joel, y en la que entendí que no era con ese tipo de tíos con quien quería estar, no me lo podía quitar de la cabeza. Y eso que lo intentaba a todas las horas.

Cuando le vi aquella tarde en mi clase de pilates es que no me lo creía. ¿Es que a todos les había dado por lo mismo? Pues se veía que sí, porque después me contaría Santi que contaba con un nuevo alumno en zumba que no era otro que Samuel.

—¿Se puede saber que estás haciendo aquí? —le pregunté a Axel.

—Asistir a clases, ¿o es que no me lo permite vuestro derecho de admisión? La chica de recepción no me tenía en la lista negra.

—Pues debería. Sabes que esto es una tontería, lárgate de aquí.

—¿Cuántas veces he escuchado eso de tu parte? Te repites demasiado, como el ajo.

—Sí, sí, soy demasiado imperfecta para un niño de mamá que todavía no sabe dónde está de pie.

—Lo de la mamá sobra, sabes que paso de sus cosas y, de hecho, anda que la tengo contenta. En cuanto a lo demás, si quieres, lo discutimos luego cenando.

—Ni en tus mejores sueños.

—Yo de ti comenzaría con la clase, todos nos están mirando.

—Por tu culpa —bufé.

La di nerviosa. Cada vez que lo tenía delante, me crispaba los nervios. Recordaba aquella noche que pasamos juntos y me gustaba demasiado como para olvidarla.

A Axel se le daban genial cada uno de los ejercicios, pero mi ego y el coraje que sentía me llevó a corregirle en más de un momento. Él sabía muy bien de qué iba la maniobra y se reía. Y más me enrabietaba.

Al término de la clase volvió a insistir, esperando a que saliera.

—¿Te ha quedado ya claro que no vamos a cenar juntos? Ea, pues ya te puedes ir —le comenté justo cuando vi en la acera de enfrente a mi padre.

Era lo que me faltaba. Él nunca solía ir por allí y que me viese discutir con Axel no era algo que me agradase en lo más mínimo.

—Esfúmate, te lo pido por favor.

—Hasta mañana, preciosa.

—¿Hasta mañana? ¿Esa es otra jodida amenaza de las tuyas? —le pregunté apretando los dientes porque no me hacía ninguna gracia.

Crucé la calle y mi padre me sonrió. Me hizo una de sus carantoñas y no tardó en preguntarme.

—Ese es el chico del accidente, ¿verdad?

—Sí, papá, el mismo. Que es más pesado que un choco.

—Se nota que está loquito por ti.

—¿Tú también con esas? Déjalo, por favor.

—Es que me recuerda mucho a mí al principio de los tiempos con tu madre, cuando estaba loco por ella y no me hacía ningún caso.

—Bueno, pero esto no tiene nada que ver. Yo no quiero ninguna relación, papá.

—Hija, ¿por qué te empeñas en complicarte tanto la vida?

—No sé a lo que te refieres.

—¿Es que acaso rechazas a ese chico porque albergas la esperanza de tener algo con el padre de tu bebé?

—No, no, no te equivoques. Por ahí no vayas. Con ese desgraciado no he tenido ni voy a tener nada, papá.

—Pues entonces, Gio… La vida es mucho más bonita cuando se vive bien acompañada que sola. Ahora vas a ser madre, además. Hace demasiado

tiempo que no te dejas querer.

—Quizás porque no merezca que me quieran, papá.

—Pues yo te quiero con toda mi alma. Y tu madre también, igual que tu madre, tu hermana y Greta. Se siente, pero es así.

—No hablamos del mismo tipo de amor…

—El amor es amor, al fin y al cabo, y tú mereces todo el del mundo. Por cierto, mañana es el cumpleaños de tu madre, así que deberías mostrarle el tuyo viniendo a almorzar.

—Cielos, se me había olvidado. Y eso que Abigail me lo dijo hace unos días.

—Ya sabía yo que era mejor que viniera a recordártelo, ¿tienes tiempo para cenar algo con tu viejo?

—Tú nunca serás viejo, papá. Oye, ¿recuerdas cuando quedábamos para echar un vistazo a la moto que me iba a comprar?

—Cómo olvidarlo, hija. Siempre nos ha unido esa pasión. Pero yo hace mucho que dejé de montar y tú debes hacer lo mismo.

—Lo sé, pero me gusta que esa pasión nos una.

—Siempre estaremos unidos, Gio. Te quiero mucho.

Cuando volví a casa, Greta me estaba esperando. Su risilla burlona me dio a entender que creía que había pasado algo que no pasó.

—¿Por fin te convenció? Va a ser mago.

—¿Mi padre? Un poco de magia ha hecho siempre para soportar a mi madre, sí —me burlé.

—¿Has cenado con tu padre?

—Claro, ¿qué te creías?

—Pobre Axel, qué dura es la vida para algunos.

—Sí, durísima. Anda, déjate ya de rollos y que sepas que mañana almorzamos en casa de mis padres, que es el cumple de mi madre.

—Pues claro, si yo ya lo tenía previsto.

—¿En serio? ¿Te habías acordado?

—Afirmativo, ya le tengo comprado un regalito de parte de las dos. Dime una cosa, ¿qué harías tú sin mí?

—Quedar como el culo siempre, eso es verdad. Ven aquí, anda, y dame un abrazo.

—¿Y tú? ¿Le darás una oportunidad a Axel?

—Que no, y no insistas más, que al final harás que le coja inquina.

—Sería lo que faltase. Con el buen comienzo que tuvisteis y encima vas y le coges inquina.

—Yo soy así…

—*"Y así seguiré, nunca cambiaré"* —prosiguió ella cantando por Alaska, mofándose de mí.

Capítulo 27



Mis padres habían organizado un verdadero fiestón como almuerzo por el cumple de mi madre.

—No recordaba que nunca lo hubieras celebrado así, mamá —le comenté.

—Es que hemos aprovechado también para celebrar la llegada de nuestra nieta, hija. Nos tiene muy emocionados.

Greta y Abigail me cogieron de las manos. Sabían que a mí me costaba gestionar momentos así.

—Bueno, pues ahora los regalitos. Mira, Mari Trini, a ver si te gusta lo que te hemos comprado Gio y yo —le comentó Greta.

Mi madre desenvolvió aquella bonita gargantilla y miró a Greta, a sabiendas de que era ella quien la había elegido. Me conocía muy bien. Pese a ello, quiso darme mi lugar y me besó primero.

—Gracias, cariño. Es preciosa.

Ese "cariño" fue mi regalo. Luego Abigail le dio el suyo y finalmente lo hizo mi padre, con una invitación a un viaje a París para rememorar sus

tiempos más románticos.

—Es que no hay nada en el mundo como compartir la vida con alguien que luche cada día para hacerte feliz —le dijo ella.

Greta me dio un puntapié para que tomase nota y mi madre se mosqueó.

—¿Hay algo que yo debiera saber?

—Lo de siempre, Mari Trini. Que tu niña le da la espalda al amor y eso que Axel está que no caga con ella. Con perdón, que se me ha escapado.

—Hija, ese chico nos agrada mucho a todos. Nada más que veas cómo se comportó en el juicio.

—Mamá, le debo mucho y lo sé. Pero eso no quiere decir que me guste.

Tanto Greta como Abigail pusieron los ojos en blanco, ambas en perfecta sintonía. Mi madre lo captó.

—Lo único que te digo, y eso lo sé por experiencia, es que existen personas en la vida que no se deben dejar escapar. Yo con tu padre me lo pensé y, si no me hubiese decidido, habría sido la mayor estupidez que llegase a cometer.

—Con todos los respetos, mamá. Reconoce que tu vida y la mía no se parecen demasiado.

—No, pero todas las personas sí que nos parecemos en el fondo, donde habitan nuestras necesidades de ser amadas.

Mi madre no era de hablar demasiado, pero sentenciaba cuando lo hacía.

Entre todos, me estaban poniendo la cabeza como un bombo. Para colmo, Abigail, con su mejor intención, sacó el tema de que ella compraría el carrito del bebé y traía un catálogo interminable con tal cantidad de modelos que me faltaba el aire cuando terminamos de verlo.

—Y bien, ¿qué has decidido? —me preguntó.

—Que necesito echarme un rato, porque hasta me he mareado —le comenté.

Quería a mi hija, puedo prometer que la quería, pero mis miedos aún eran grandes y todo lo que tuviese que ver con ella me ponía muy nerviosa. Para colmo, cuando me quedé dormida durante la siesta tuve una pesadilla. En ella perdía la alianza de Mario, la que llevaba colgada siempre al cuello, y me desperté sobresaltada echándome mano a ella.

Greta estaba a mi lado. Pasó al baño y me escuchó gritar. Entonces se dio cuenta de lo que pasaba.

—No la has perdido, sigue ahí. El problema es que, mientras que no te la quites, no llegarás a pasar página nunca. Creo que ha llegado la hora, ¿por qué no lo intentas?

—No me siento preparada, Greta. Están siendo demasiadas emociones al mismo tiempo.

—Date la oportunidad, Gio. Hagamos una cosa, quítatela y yo te la guardaré. Te doy mi palabra de que, si me la pides, te la daré de nuevo de inmediato.

—Es que creo que no voy a poder.

—Inténtalo… Intenta eso e intenta también darte la oportunidad de ser feliz. Escribe a Axel y dile que aceptas su oferta de cenar con él. Olvídate de lo pasado entre ambos hasta ahora. Empieza de cero y ve observando si te apetece pasar tiempo en su compañía, si le extrañas cuando no está y si te gustaría que fuese la persona que compartiese tu vida.

—Me suena muy cursi. No necesito nada de eso.

—O quizás no seas consciente de que lo necesitas.

—Lo veo muy niño. Es muy joven para hacerse cargo de una responsabilidad así.

—No es tan niño. Y parece más que resuelto a hacerlo. Eres tú quien se ha empeñado en pensar así. No le sacas tanta edad. Y él… Él te saca la sonrisa, lo reconozcas o no.

—¿Y si estoy forzando las cosas?

—¿Tú? O sea, él te persigue por cielo y tierra y las cosas las forzarías tú por aceptar volver a compartir una cena. No me hagas que te dé una colleja, que no está bonito en tu estado.

Le hice caso. Le escribí y tardó como un nanosegundo en decirme que pasaría a recogerme a la salida del gym, pues ese día yo no impartía la clase en la que él estaba matriculado.

Le comenté que mejor nos veíamos en el restaurante porque prefería pasar por casa antes. Y como no tenía reserva, sería mejor que él estuviera allí cogiendo mesa mientras yo llegaba en un taxi.

Hasta Abigail se vino a mi casa a esa hora para, junto con Greta, asesorarme sobre el *outfit* que debía lucir.

—Pero vamos a ver, so locas, si ya hasta me lo he tirado, ¿os creéis que esta es una cita de quinceañeros? Porque lo estoy flipando mucho con vosotras.

—¿Quieres dejar que disfrutemos? Ya que parece que tú no lo haces, al menos que lo haga alguien. Qué emoción, madre. Por fin tienes una cita.

—Greta, por favor…

—Si es la verdad. Ponte este cinturón ancho, que es una virguería. Ya verás lo bonito que te queda.

—¿Encima de la curvita?

—Si vestida apenas se te nota todavía, boba. Menudo tipazo. Así lo tienes, enamorado perdido.

—Perdido sí que debe estar cuando quiere algo conmigo. Pero perdido del todo, el pobre —les dije, echándonos a reír los tres.

No, no voy a decir que no sintiese un cosquilleo en el estómago. Entre unas cosas y otras, se me hizo un poco tarde. Axel ya debía estar esperándome en el restaurante y me despedí de aquellas dos locas que me enviaban besos con las manos mientras el taxi echaba a andar.

Capítulo 28



Me planté en un taxi en el restaurante. Me sentía sexi con aquel vestido de punto ajustado en negro y uno de esos cinturones anchos con tachuelas que tanto se llevan ahora, además de una chaqueta que me resguardase de los rigores del invierno.

Al haberse tratado de algo tan precipitado, y antojárseme un restaurante italiano, no tuvo oportunidad de hacer reserva, pero se suponía que ya debería llevar algún tiempo allí, para asegurarse de que tuviésemos mesa.

El encargado me vio echando un vistazo y me preguntó.

—Me espera un chico, está solo. Debe haber llegado ya.

—¿Un chico solo? No me suena, pero no se preocupe. Si está al llegar les puedo preparar una mesa para dos, se me ha quedado una libre.

Lo hicimos así. Lo mío no era el romanticismo ni nada que tuviese que ver con lo convencional, pero me desinfló un poco que llegase tarde y que no tuviese el detalle siquiera de haberme enviado un mensaje para comentármelo.

Me removí en mi silla. Estuve a punto de levantarme e irme. No era difícil en aquel tiempo ponerme irascible y mis cambios de humor eran más

que constantes. Ni siquiera tenía claro si estaba haciendo bien en acudir a aquella cita que no me tenía convencida.

Comencé a ponerme nerviosa cuando le llamé y no descolgó la llamada. Había perdido por completo la práctica en citas. Además, que todas las que mantuve desde la muerte de Mario fueron casuales y sexuales, nada que ver con cenas ni charlas para conocer al otro mejor. Y mi novio jamás me había hecho esperar durante los años que duró nuestra relación. Ni una sola vez.

Puedo tener muchos fallos, pero la impuntualidad es algo que no soporto en los demás y tampoco soy de hacer esperar a nadie. Por esa razón, esperé veinte minutos más y, al seguir sin obtener respuesta, me levanté y me esfumé.

Desde luego que el festival hormonal que se celebraba en mi interior era de categoría puesto que, a pesar de mi poco convencimiento a la hora de acudir, me sentó como un tiro que me dejase tirada sin darme una explicación. ¿O más bien se trataba de que aquello tuviese que ver con que Axel me importaba más de lo que estuviese dispuesta a admitir?

Sin pensar más en ello, pedí otro taxi y me disponía a entrar en mi edificio cuando mi teléfono sonó. Cabreada, ni siquiera lo miré. Suponía que sería él para excusarse, si bien a esas horas ya me valía de bien poco.

Greta me vio entrar con la cara hasta los pies y enseguida trató de aplacar mi furia.

—¿Has discutido con él? Pero si apenas te ha dado tiempo.

—No, no he discutido con él porque ni siquiera ha tenido la decencia de presentarse. Ese, ese es el tipo al que todos estáis rindiéndole pleitesía como si fuese un héroe. Uno más del montón que va a lo que va y punto.

—No lo creo, Gio. Seguro que esto debe tener una explicación.

—Sí, y ahora me vuelve a sonar el teléfono. Sé de qué va esto porque lo he visto muchas veces: hay tíos que lanzan varias cañas a la vez. Y cuando dos pececillos pican al mismo tiempo, no saben dónde acudir. Pues conmigo ha dado en hueso duro. Paso de volver a verle.

Di un portazo y me metí en mi dormitorio. Entonces, tiré el bolso encima de la cama y el móvil salió rodando de él. De nuevo comenzaba a sonar y le di la vuelta, pues cayó bocabajo, pensando en que era Axel.

En realidad, no tenía ni la más mínima intención de descolgar, pero de pronto vi que se trataba de un número de teléfono que no conocía y eso llamó mi atención. ¿Y si le había sucedido algo y me estaba llamando desde otro número? Comprobé que, efectivamente, eran varias las llamadas perdidas que provenían de él y en ese instante y a lo justo descolgué. En el fondo, no debía ser injusta, pues un malentendido fue lo que me llevó a mandar aquel maldito audio que acabó con la vida de Mario.

—Dígame —comenté expectante.

—Perdona las horas. Eres Gio, ¿verdad?

Sin duda que no se trataba de Axel.

—Sí, lo soy. Y tú, ¿quién eres?

—Soy… Soy Carlos Guerrero.

Cuando terminó de decir su nombre, se hizo el silencio entre ambos. No lo esperaba para nada. No después de los muchos días que habían pasado.

—¿Carlo Guerrero?

—Sí, Gio. Sé que estuviste en mi tienda y que hablaste con Paula. También sé que tendría que haberte llamado antes, pero créeme cuando te digo que las últimas semanas no han sido fáciles para mí.

—Pues entonces, ponte a la cola. Tampoco yo he estado para tirar cohetes.

—Necesito que hablemos, Gio.

—Mira, Carlos. Es cierto que sufrí un arrebato y fui a buscarte. Luego lo pensé y, si a eso le sumo tu actitud, no tuvo el más mínimo sentido. No tendría que haberlo hecho.

—Gio, sé que estás dolida y no te faltan motivos, pero necesito que me lo confirmes, ¿estás esperando un hijo mío?

—Joder, sí que eres perspicaz.

—No hace falta más que atar cabos. Entre tu interés por encontrarme y que te vi en la planta de ginecología del hospital…

—Eso sí que fue una verdadera casualidad. De todos modos, no te sientas forzado a nada. Ya te digo que fue una mala idea.

—¿Forzado? No, Gio. Si me viera forzado, no te llamaría. Lo he hecho por voluntad propia. Entonces es cierto, esperas un hijo mío.

—Una hija, más concretamente.

—Una hija —murmuró.

—Pues sí. Ahora ya lo sabes.

—Necesito verte, Gio. Cuanto antes.

—¿A mí? ¿Y a qué vienen esas prisas? Ya te he dicho que es mejor que dejemos las cosas estar.

—No puedo, Gio. Tú quisiste que lo supiera y ahora lo sé.

—De rebote, porque no será que te dieras patadas en el culo para atender el mensaje que te dejé.

—He sido un necio, aunque todo tiene una explicación. Por favor, déjame que te la dé mañana mientras desayunamos juntos.

Capítulo 29

Me dormí con el móvil en silencio y bastante inquieta. A decir verdad, no fui capaz de ignorar la petición del padre de mi hija y quedé con él para desayunar.

Cuando me desperté, tenía varias llamadas perdidas de Axel de las que pasé por completo. En el fondo, creía que tenía razón y que todo lo que había pensado sobre él como posible pareja era cierto: Axel actuaba como un niño y no era plan de perder el tiempo con él.

Quedé para desayunar con Carlos Guerrero bastante pronto, antes de que comenzasen las clases en el gym.

Cuando llegué a la cafetería, él ya estaba allí. Se mostró muy cortés. Se levantó, me dio un par de besos y retiró la silla para que pudiese sentarme.

Una vez que estuvimos sentados frente a frente, escudriñé su mirada. Diría que estaba expectante, mucho, y entonces me habló.

—Gio, no te voy a mentir. La noticia me ha pillado en un momento trascendental y complicado de mi vida. Esto es así.

—No hace falta que te excuses. Ni siquiera sé por qué fui a buscarte. La de tener a la niña es una decisión mía, tú no representaste más que un polvo

loco de mi vida… De mi vida interior, que es bastante distinta a la que tengo ahora.

—Ya me lo imagino, pero no creas con esto que te digo que estoy huyendo de mis responsabilidades. Esa no es la idea.

—¿No lo es?

—No, no lo es en absoluto. El problema es que me ha pillado en medio de unas pruebas médicas que me tienen muy preocupado y de las que no sé cómo voy a salir. Por eso no sabía cómo afrontar el resto de las cosas que me pudieran venir. Si te soy sincero, tampoco sé cómo hacerlo ahora.

—¿Estás enfermo?

—Me han descubierto unas masas en el estómago cuya naturaleza todavía está por determinar.

—En cristiano, Carlos, por favor.

—No saben si son benignas o no. Y, de no serlo, el pronóstico no sería bueno. Estoy asustado, aunque con honestidad te digo que todo esto que me está sucediendo me está ayudando a cambiar el chip.

—¿Tienes miedo?

—Creo que es lo normal. Todos lo tenemos cuando nos detectan algo así, pero, sobre todo, me ha dado por pensar que, si me pasara algo, no habría dejado nada en el mundo que mereciera la pena.

—Eres un hombre de negocios, has creado un imperio.

—Lo económico no es lo que deja huella. Nadie me recordaría por quién fui, sino por lo que hice.

—No entiendo muy bien cómo podría ayudarte.

—Bastantes quebraderos de cabeza tienes ya, Gio. Eres muy generosa. Pero lo que sí te digo es que me encantaría participar en todo lo referente a ese bebé. No te estoy pidiendo que tú y yo tengamos nada. Ni siquiera sé si tengo un futuro que ofrecerle a nuestra hija pero, si por casualidad me he de ir de este mundo…

—Carlos, por favor, no digas eso.

—Caben todas las posibilidades, no soy ajeno a ello. Me gusta ser realista y creo que siempre lo he sido.

—Siento por lo que estás pasando. Lo siento de veras. No tenía ni idea.

—Ni yo de que te hubieras quedado embarazada. Me resulta casi increíble.

—Pues que sepas que es tuyo porque no lo hice sin protección con nadie más —le comenté poniéndome a la defensiva.

—Perdona si te he ofendido, no quería dar a entender eso ni mucho menos. Me pareces una chica seria y no he puesto en tela de juicio en ningún momento que lo sea. ¿Cómo estás?

—Muerta de miedo, eso es lo cierto.

—Me gustaría poder ayudarte en todo, ¿me dejarás?

—Si es lo que quieres. Pero que sepas que esto no se reduce a una cuestión económica. No es dinero lo que busco.

—Ya me lo imagino, pero también tengo una responsabilidad en ese sentido y pienso cumplir con ella. De hecho, me gustaría extenderte un cheque ahora mismo para los primeros gastos.

—No, ni se te ocurra. No es necesario. Más adelante, ya veremos.

—Más adelante, no solo quiero participar sino que, en el caso de que me ocurra algo, nuestra hija será quien herede…

—No hables en esos términos, me hacen daño.

—La muerte es algo natural, Gio. A nadie nos gusta que nos llegue tan pronto, pero si ha de ser así... ¿Tuviste alguna mala experiencia al respecto?

—Mi novio, que murió hace un tiempo. Pero no sé por qué te cuento esto. Apenas te conozco.

—Porque a pesar de que sea así, vamos a tener un hijo y qué menos que saber algo el uno del otro.

—A mí ahora no me apetece contarte, lo siento.

—Lo entiendo. Tampoco tengo ganas de hablarte de Cintia.

—¿Es tu mujer?

—Mi exmujer. El proceso de divorcio va ya viento en popa.

—¿Y eso te alegra?

—Eso me alivia.

—Yo es que me voy a tener que ir, Carlos.

—¿Ya? Pero si apenas te has tomado el té.

—No me apetece demasiado. Además, que tengo que trabajar.

—En el gym, ya…

—Veo que te has informado sobre mí.

—Un poco solo, no me lo tomes a mal.

—¿Cuándo sabrás algo de lo tuyo?

—La biopsia no es precisamente rápida, he de tener paciencia.

—Te deseo toda la suerte del mundo.

—No lo digas así, que suena a despedida. Y esto es el comienzo de algo.

—De una paternidad compartida —le aclaré.

—Veo que estás a la que salta.

—Es que tengo las cosas bastante claras.

—Me alegra que así sea.

No las tenía, pero fue una mentirijilla piadosa. Solo me faltaba otro queriéndome conquistar. Y encima uno cuya salud estaba entredicho. Yo no podía perder a nadie más importante para mí. Y, por otro lado, tampoco quería que lo perdiera mi hija. En cualquier caso, si algo malo le ocurría, ella apenas lo conocería, pues hay tumores que son galopantes. En fin, que nada de lo que nos rodeaba era especialmente alegre… a excepción de Axel, a quien no quería ni ver después de lo sucedido la noche anterior.

Capítulo 30

Me lo encontré a las afueras del gym por la noche. Greta también lo vio y me dio un codazo.

—Tiene cara de alma en pena. Habla con él.

—No tengo la más mínima intención de hacerlo. Este es de los que no saben lo que quieren. Mucho dar la lata hasta conseguir las cosas y, cuando las tienen al alcance de sus manos, las desaprovechan. Es que no entiendo nada.

—Pues habla con él, a ver qué te aclara.

—Paso de su culo. Arranca el coche o me voy corriendo.

—No puedes huir de las situaciones. Él tendrá algo que explicarte.

—Sí, que ayer le salió mejor plan.

—Mira que eres cabezota, ¿es que tu palabra va a misa?

—No lo creo, porque yo no voy nunca. Sabes que esas cosas no me van.

—Lo sé, lo sé. Venga, no seas niña, habla con él.

—Así que no piensas arrancar el coche.

—No hasta que lo hagas.

—Pues dame la llave entonces.

—No se me ocurrirá, con el peligro que tienes.

—Estoy sobria, déjate de tontunas.

—Ese es el problema; que igual en frío piensas peor.

Sin más, le quité la llave y me subí en el asiento del piloto.

—Gio, que tú no puedes hacer eso, que no puedes conducir.

—Pues recuérdaselo a él. Dile que, si no se quita, me lo llevo por delante y le busco la ruina.

—¿Es que nunca vas a dejar de ser tan impetuosa? De verdad que tienes un peligro tremendo.

—Axel entendió que era capaz de atropellarle por segunda vez y se quitó de en medio. Greta se puso al volante bufando.

—Vivir contigo es un deporte de riesgo, Gio, qué tremendo.

—Tremendo es que me quiera dar coba, siendo un niño como es.

—Y dale con lo que de que es un niño…

Llegamos a casa y, al poco de estar allí, llamaron a la puerta. Abrí y me encontré con una bonita cesta de productos de puericultura que venían junto con una tarjeta de Carlos.

Se la di a Greta, quien movió la cabeza de lado a lado.

—Aquí hay algo que no me huele bien —me comentó.

—Pues no lo entiendo, porque vienen jabones, geles…

—Sí que me entiendes. A mí ese tipo no me da buena espina.

—Pero eso es porque Axel te gusta y no quieres que lo saque de escena. Por mí puedes estar tranquila, tampoco pienso liarme con Carlos. Además, que igual está muy enfermo…

—Pobre, de eso no le puedo culpar, pero hay algo que no me cuadra en todo esto.

—Es que tú eres muy cuadriculada. Ya te he comentado la explicación que me dio. La cesta es bonita, pero si cree que me va a conquistar…

—No, y menos sin saber qué será de su vida. Es crudo decirlo, pero yo ya te he visto sufrir bastante por alguien que no está.

—Pero por alguien a quien quería con locura. No compares. A Carlos no le conozco de nada, aunque he de reconocer que su reacción con lo de la niña ha sido buena. Incluso ha sugerido que sería su heredera en el caso de…

—Gio, a mí no me engañas. A ti nunca te ha importado el dinero.

—Pero se trata de mi hija, no sería para mí.

—Que no te encandile con su fortuna, tú no eres así.

—¿Encandilarme a mí? La lleva clara. Yo paso de él y de todos.

—Eso dices ahora, pero en el fondo te encuentras muy vulnerable.

—¿Vulnerable yo?

—Sí, Gio, esa supuesta fortaleza que has desarrollado en estos años detrás de esa mierda de coraza que te pusiste para hacernos creer que estabas por encima de todo, que no había nada que no te resbalase, no es real. Y nadie mejor que tú para saberlo.

—Vaya chapa que me estás dando. Lo único que he hecho ha sido desayunar con Carlos. Teníamos una conversación pendiente.

—¿Y por qué me da que ese tío quiere enredarte?

—Porque aquí la única paranoica no soy yo.

—No, pero la única kamikaze capaz de atropellar a alguien por segunda vez, sí.

—Axel lo ha querido así. De todas maneras, ha salido bien parado.

—A lo justo. Totalmente a lo justo. Pero vale, aceptamos pulpo como animal de compañía.

—Tú sí que eres un pulpo.

—Y más que lo voy a seguir contigo, porque no se te puede dejar sola.

—Qué cruz, Greta.

—La mía, ¿no?

—La de tu prima.

—Por cierto, hablando de primos, Samuel está encantado con Santi.

—Y que lo digas. Vaya dos. El suyo va a ser un amor de esos de leyenda, de los que ya no quedan.

—Sí que quedan, solo hay que buscarlos.

—Sí, en el fondo del mar, como las llaves *"matarile, rile, rile"* —reí.

No estaba descontenta del todo. La reacción de Carlos Guerrero había sido más positiva de lo que hubiese esperado y eso que lo de salud si era un punto muy a tener en cuenta.

Esperaba que todo saliese bien. Greta comenzó a preparar la cena mientras yo me daba una ducha.

Aún me encontraba fantástica en cuanto al embarazo, nada pesada. En ese sentido, era como si me revitalizase. Salí cantando la ducha con la intención de secarme el pelo. Y entonces escuché aquella conversación.

—Eres una traidora —le recriminé a Greta cuando entré en la cocina y me la encontré charlando con Axel, a quien le había puesto una cerveza en

la mano.

—Escúchale, por favor. No es fácil para él estar aquí ahora mismo.

—No, no debe serlo. Sobre todo porque sabe que su integridad física corre peligro —resoplé—. ¿No has tenido bastante con lo de antes?

—¿Con lo del nuevo intento de atropello? Tendrás que hacer más que eso para lograr que desaparezca de tu vida —me aclaró tan campante.

Capítulo 31



Estaba enfadada. Lo estaba por varios motivos, aunque pienso que el principal era porque me había dejado llevar por mis sentimientos hacia Axel.

Menos mal que no se los había confesado a nadie, porque eso sí que me hubiese hecho sentir como una idiota. Aunque Greta me conocía muy bien y sabía que llegué a sentir algo por él.

Le tenía delante de mí y lo único que quería era detestarle. Lo mejor que le podía pasar a mi salud mental era que no me dejase enredar por ningún hombre. Y esa era la intención que tenía.

Greta se marchó de la cocina, no sin antes hablarle a Axel.

—Si me necesitas para que te haga de casco azul, como los de la ONU, no tienes más que llamarme, chaval —le comentó.

—Tranquila, que no creo que llegue la sangre al río —le contestó él.

—Eso ya lo veremos, porque no está el horno para bollos y tú es que no paras. ¿Qué es lo que quieres ahora? —le pregunté.

—Explicarte por qué no pude llegar a tiempo a esa cena.

—Ahora, claro…

—Sí, ahora porque no me lo has permitido antes.

—A mí no me repliques así.

—No, qué va, porque tienes mucha autoridad, ¿no ves que eres muchísimo mayor que yo?

—Si has venido a mi casa a reírte de mí, vas a salir escaldado, que lo sepas. Luego dirás que tengo mal carácter.

—Y bueno no lo tienes, al menos no de momento. Aunque estoy seguro de que yo puedo cambiar eso.

—No sé quién te crees, te lo digo de verdad, pero no me gusta cómo eres.

—¿De verdad no te gusta cómo soy o no te gusta cómo te sientes cuando estás conmigo? Porque si tuviera que apostar por algo, apostaría a que lo que sientes es miedo.

—¿Miedo de qué? ¿De lo que puedo hacerte cuando me cabreas? Pues lo mismo eso sí.

—No, miedo de lo que sientes y de lo que no quieres sentir.

—Qué equivocado estás. Y qué engreído. Qué poco me está gustando esta conversación. Vamos, anda, ya te puedes largar antes de que me cabrees más o al final va a ser cierto que me buscaré la ruina. Si hay alguien que no tiene ni puta idea de lo que quiere eres tú, que mucho tratar de

enredarme y después me dejaste tirada en el restaurante. Pero claro, para un niño como tú, eso no debe tener ni importancia. Para los de tu generación…

—¿De qué generación me estás hablando, Gio? Si pertenecemos a la misma. Y, para que lo sepas, si te dejé tirada, muy a mi pesar, fue porque mi madre sufrió un pequeño ictus aquella noche.

—He escuchado excusas mejores, Axel. Con mentiras no me vengas, por favor. Apechuga con lo que tengas que apechugar, pero es que los mentirosos me causan náuseas. Lo que no ha conseguido el embarazo, lo vas a lograr tú.

—Es la realidad, Gio. Ya me parecía que no me creerías, aquí tienes los papeles del ingreso.

Me quedé con la cara blanca como un folio, pues no lo esperaba. Había puesto en entredicho unas palabras que eran tan verdaderas como que vino a buscarme y a contarme tan pronto como pudo.

—Lo siento, ¿cómo está ella?

—Ya tiene el alta. Tan solo le afectó a la capacidad del habla durante unas horas, pero enseguida la recuperó. Eso sí, fue un tremendo susto, imagínate. Me llamó una vecina que estaba viendo la novela a su lado justo cuando salía para el restaurante, me dejé el móvil en el coche cuando subí a buscarla, la ambulancia ya estaba allí… Un lío total.

—Lo siento, supongo que sí, que habrá sido un susto total.

—Imagínate, si mi madre se queda sin poder hablar… Es que revienta, vaya.

Lo dijo con una gracia que sacó mi sonrisa.

—Lo lamento, lo lamento de verdad. Creí que habías pasado de asistir a esa cena.

—Sí, claro, y me había ido a cenar con otra.

—Pues sí, ¿por qué no? Al fin y al cabo, eres…

—¿Un niñato? Pues no, Gio. Aquí la única que actúa a veces así eres tú y eso tengo que decírtelo o reviento yo también.

—Supongo que a veces me paso un poco, lo siento de corazón.

—Pues que sepas que estos días sí que me toca estar pendiente de mi madre, pero en cuanto pasen me debes esa cena.

—Así no me lo pidas porque no voy a acudir, tenlo claro.

—Vale, pues entonces hincaré rodilla, aunque el anillo no lo tengo preparado todavía.

—Ni se te ocurra, porque te lo tragas. A mí no me van esas memeces.

—Lo que me queda bien claro es que me tienes loco, Gio. Me gustas muchísimo.

—Axel yo no estoy ahora para esto. Tengo muchas cosas en las que pensar.

—¿Qué cosas?

—He quedado para hablar con el padre de mi hija —le comenté.

—¿Y eso por qué?

Me lo preguntó ofuscado. Puedo entender que no le hiciera gracia, pero no le iba a consentir en absoluto que se metiera en mis cosas.

—Porque es su padre y tiene derecho a saber de ella. Y porque me llamó y porque…

—Pero a mí me gustaría…

—Con egoísmos no me vengas, Axel, porque no te lo voy a consentir. Es mi hija, es mi vida y soy yo la única que decido sobre ella. Solo faltaba. ¿Sabes lo que te digo? Que te vas ahora mismo, no estoy para tonterías.

—Perdona, perdona. Es que me ha sentado mal porque reconozco que me he puesto celoso. Creí que ese tipo no representaba nada en tu vida.

—Y no lo representa. Pero de ahí a que tú me vayas a decir lo que tengo o no que hacer va un abismo. Te largas ya.

—No te lo tomes así, discúlpame, Gio. ¿Quedamos mañana para hacer algo?

—Sí, para hacer puñetas. Que no, que os habéis propuesto volverme loca entre todos…

—¿Entre todos? ¿Ese hombre te ha dicho algo?

—Axel, te vas —le indiqué extendiendo el brazo y no dándole ninguna explicación más.

Capítulo 32



Greta negaba con la cabeza al día siguiente cuando íbamos camino del gym.

—Y encima le llamas egoísta a él, ¿a ti cómo te hubiera sentado de pasar al contrario?

—Al contrario no puede pasar porque él es un tío y no puede quedarse embarazado. Axel es rarito, pero no tanto.

—¿Y por qué dices que es rarito? Yo lo veo monísimo y está que no caga contigo, Gio. Además, es un amor y… ¡Y mira!

Ya estábamos entrando por la puerta del gym cuando vimos un impresionante ramo de flores. No soy de ese tipo de detalles, ¿o sí? A ver si soy capaz de explicarme.

En realidad, llevaba años sin serlo, pero hubo un tiempo en el que me encantaba que Mario me sorprendiera con detalles de ese tipo.

—Son de Axel, fijo. Encima de la que le liaste, yo me parto.

Susana, la chica de recepción, me confirmó que eran para mí.

—Vienen con esta nota, Gio. Quien te las haya enviado se lo ha currado, no he visto un ramo como este en mi vida.

—Es que paso, este niño tiene las ideas de un atún.

—¿El niño soy yo? —me preguntó porque volvía a la carga con lo de las clases y justo había entrado detrás de mí.

—Sí, tú, ¿crees que esto es normal?

—Pues no, porque es tu lugar de trabajo. Yo te las habría enviado a tu casa, me parece más lógico.

—Entonces, ¿no has sido tú?

Negó con la cabeza, sin poder evitar un cierto gesto de preocupación. Abrí el sobrecito que contenía la nota y tanto Greta como él posaron sus ojos en ella.

—Un poquito de intimidad, por favor. Y tú, ¿no deberías estar con tu madre?

—La vecina se ha quedado un rato con ella para que me despeje. No sabes de la mala leche que está.

—¿No me digas? No hago un chistecito por su estado, que si no…

Me aparté de ambos y vi que la nota era de Carlos:

“Para la futura mamá más valiente y guerrera del mundo, del orgulloso padre”.

Me puse nerviosa. Ya aquello empezaba a adquirir otros tintes. No era una cesta de productos de puericultura para el bebé, era un ramo de flores dirigido a mí.

—Es de él, ¿verdad? Es del padre de tu hija —me preguntó Axel.

—Sí, sí que lo es. Pero ese no es asunto tuyo. Tú vienes por las clases, ¿no?

—Sí, claro —me contestó con ironía—. No te va a querer más que yo. No lo conozco, pero tampoco me hace falta para saberlo, Gio. Y lo mismo pasará con la niña.

—Y tú, ¿por qué me dices eso? ¿Por quién me has tomado? ¿Crees que Carlos lo tiene todo hecho conmigo por haberme regalado flores? ¿Tan poco crees que valgo?

—Gio, no te pases —me aconsejó Greta.

—Si es él, ¿no lo ves? No hace más que presionar. Mira, Axel, en este gym tenemos derecho de admisión y no me da la gana de admitir que te quedes a mi clase.

—No jodas que lo vas a echar…

—Pues sí, Greta, ¿algo que objetar?

—Que soy tu socia y no estoy de acuerdo. Te quedas, Axel.

—No, no te preocupes, Greta. No voy a quedarme donde no me quieren. Gio me está dejando las cosas muy claras. No soy suficiente para ella. Creo que prefiere a alguien… más poderoso.

—No se te ocurra ir por ahí porque te cruzo la cara, Axel. No es cuestión de eso.

—Ah, entonces es cuestión de que, como Carlos tiene más años que yo, es más hombre. Pues ¿sabes lo que te digo? Que solo espero que te lo demuestre.

Sin más, Axel giró sobre sus talones, enfiló la puerta de la calle y se marchó. No sé explicarlo, pero en ese instante sentí un vacío interior complicado de llenar, muy complicado.

—Estarás contenta, lo vas a espantar. Aunque sí no se espantó cuando le hiciste lo que le hiciste…

—¿De qué vas, Greta? —le pregunté indignada.

—Que pudiste matarle, joder… Que casi lo haces. Y que no solo te perdonó, sino que te ayudó y, por si fuera poco, se ha enamorado de ti. Y lo has tratado a patadas. ¿Crees que la vida está llena de tíos como él? Pues ya te digo yo que no, pero tú sigue…

—¿Estás tratando de hacerme sentir culpable? Sabiendo lo que sabes…

—No, estoy tratando de poner las cosas en su sitio. Jamás, jamás, te he creído culpable de lo que le sucedió a Mario. Tan solo fue la consecuencia de una serie de desgraciados acontecimientos, pero con Axel lo estás haciendo mal. Lo tratas a patadas cuando te demuestra que te adora. Creí que la cabeza se te estaba recolocando después de lo de la niña, pero ahora veo que…

—Greta, no me dirijas más la palabra.

—¿Cómo?

—Que no quiero hablar contigo. No hasta que se me pase.

—Gio, ¿tú crees que el mundo gira alrededor de ti? Ahora quieres una cosa, después otra… Y los demás estamos aquí para obedecerte. No te funciona el coco, me parece a mí…

—¿Es que estás sorda? No quiero volver a escucharte, no me hables.

—Gio, te estás pasando, te lo advierto. Mi paciencia también tiene un límite.

Ni siquiera me digné responderle. Me fui hacia mi clase y, como si nada sucediera, comencé a impartirla.

La procesión iba por dentro, como suele ocurrir en estos casos. No me sentía bien conmigo misma, les había hecho daño a Axel y a Greta y, aun así, me sentía incapaz de dar marcha atrás.

De todos modos, la menos orgullosa de las dos era ella. Cuando quisiera darme cuenta, me estaría hablando como si tal cosa. No era la primera vez que ocurría.

Capítulo 33



Me equivoqué. Unos días más tarde, Greta seguía sin dirigirme la palabra, tal y como yo le había pedido, así que nada podía objetar al respecto.

Axel tampoco había dado más señales de vida. Se ve que los tenía un poco hartos a los dos. Quien no paraba de darlas era Carlos, que esa tarde de sábado se había empeñado en que tomásemos algo juntos.

Me ponía en su lugar en muchos momentos. Debía estar aterrado porque no conocía aún el pronóstico de esas masas que le habían salido en el estómago y que debían traerle de cabeza.

Me comentó que tenía una idea con respecto a la niña y que deseaba comentármelo en persona. Al final, logró que quedásemos.

—Mira, lo he estado comentando con el director de mi banco y es un producto financiero ideal para cuando nazca. Con tan solo ingresar una cantidad, cada año le irá produciendo…

Me lo estaba explicando y yo alucinaba bastante. Parecía muy implicado.

—Es un gesto bonito por tu parte.

—Soy su padre y, aunque no le faltará de nada, todo lo que pueda multiplicar sus ingresos para el día de mañana será genial. Y eso contando con que no herede directamente si es que yo…

—Ni lo comentes. Lo tuyo va a salir genial, pero te estoy muy agradecida, Carlos. ¿Cómo te encuentras?

—¿La verdad o lo edulcoro un poco?

—No me gustan los edulcorantes.

—Siento miedo, Gio. Como todo el mundo, he pasado por malos momentos en mi vida. Incluso, si te soy sincero, hubo un tiempo en que no demostré demasiado respeto por ella. Y, sin embargo, con el tiempo comencé a amarla. Y ahora, cuando más lo hago, me cuentan que…

—Yo ni siquiera quería vivir hasta hace poco, Carlos —me sinceré también.

—Cuéntame, por favor.

No solo le hablé de lo de Mario, sino de todo lo que vino después. El alcohol, las drogas, la velocidad, el sexo…

Se mostró muy comprensivo. Por fortuna, no pareció juzgarme. Solo dejó que hablase y hablase, que me desahogase a fondo, y cuando terminó de hacerlo, me sonrió.

—Así que la niña, en cierto modo, te ha salvado, Gio.

—Sí, y mira que la hicimos sin ninguna pretensión, qué te voy a contar al respecto.

—¿No crees que es lo más bonito de la vida? Que de algo tan loco, tan inesperado, pueda surgir algo tan maravilloso. Siento que ya la quiero, Gio. Y, en cierta manera, eso también me une a ti.

—Lo que dices sobre la niña es muy bonito. Y lo otro… Respecto a mí supongo que te sientes vulnerable. Te estás divorciando y es normal.

—No me aferro al pasado, quiero acogerme al futuro. Ruego al universo que pueda hacerlo.

—Eso no lo dudes, ¿me oyes?

—Quiero vivir, Gio, quiero sentir…

Me conmovieron sus palabras. Estaba en las mismas. Quería vivir, quería sentir, pero me encontraba muy confundida.

Aún no sé cómo acabamos en su casa y en su cama unas horas después. Habíamos merendado, cenado y bailado. También habíamos reído. Carlos contaba con un gran carisma, conocía a muchísima gente…

Yo sentía que necesitaba desfogar. Me acordaba de Axel y trataba de sacármelo de la cabeza. No quería que su recuerdo enturbiara ese embarazo, quedarme pillada de alguien en quien no podía creer, por el motivo que fuese.

Carlos encarnaba para mí otros valores y, aun así, tampoco me planteaba nada con él. Solo un rato de cama, evadirme y no plantearme si me estaba equivocando o no.

Se fue para la cocina y vino con una botella de champán.

—¿Una copa? —me ofreció.

—No puedo beber, ¿no lo recuerdas?

—Lo siento, me tienes tan absorto que ni siquiera he caído. Me beberé ambas copas por ti.

Lo hizo, la primera la bebió de una manera convencional. La segunda la vertió sobre mi cuerpo desnudo, poco a poco, de arriba abajo.

Succionó las gotas que cayeron en mis pezones, continuó por mi vientre y, cuando llegó hasta mi sexo se esforzó al máximo en hacerme vibrar.

Me sentía especialmente excitada desde que estaba embarazada. Y bastó con que los toques de su lengua estimularan mi clítoris para que me viese agarrándome a las sábanas, fuerte muy fuerte.

El teléfono sonó, me refiero al mío, y me limité a darle una patada al bolso que estaba a los pies de la cama y tirarlo al suelo.

Carlos seguía sorbiendo el champán de mi vagina, en la cual había vertido más. Su lengua hacía auténticas maravillas en mis terminaciones nerviosas y comencé a gritar enloquecida.

Un intenso orgasmo y mi cuerpo pedía más. Entonces me colocó a cuatro patas, me tomó por la cintura, buscó la entrada de mi vagina y me penetró de una tremenda estocada que provocó en mí un hondo gemido.

—¿Estás cachonda? —me preguntó.

—Mucho —le contesté mientras cerraba los ojos porque el espejo que tenía enfrente me devolvía su imagen y sentía que no era esa la que deseaba ver.

Axel había logrado penetrar en mí más de lo que él mismo pensaba. Y obvio que no me refiero solo al terreno sexual. Ese chico iba conmigo allá donde me trasladase y eso no me hacía sentir bien.

Carlos siguió entrando y saliendo de mí hasta que tomé las riendas de la situación. De pronto, sentí un nerviosismo que me hizo colocarme encima de él. Cabalgué como si estuviese poseída, colocando mis manos en su torso y sin apenas dejar que se moviese.

Tan solo quería sentir que llevaba los estribos. El problema es que podía hacerlo a nivel físico, pero no a otros niveles porque hay situaciones en las que no se manda, y en los sentimientos no puede hacerse.

No quería que me ocurriese aquello, quería poder controlar la situación y a Axel me lo debía quitar de la cabeza antes que después. No me hacía bien, no quería depender a nivel emocional de nadie y lo único que me interesaba era que mi embarazo llegase a buen puerto.

Cuando caí laxa tras él, después de varios orgasmos, también le había pasado. Carlos se levantó y se metió en la ducha. Yo fui un momento al baño de invitados y volví a la cama, me sentí extremadamente cansada y quería dormir.

No le di opción a que me preguntase si me llevaba a casa. Cuando volvió a la cama, ya estaba profundamente dormida. Aparecí por la mía a media mañana del día siguiente y entonces Greta sí que me habló. Rompió su silencio de los últimos días.

—Te estuve llamando porque Concha ha muerto —me comentó muy seria.

Capítulo 34

Ni siquiera me había dado por mirar el teléfono, y eso que sonó varias veces la noche anterior.

La primera llamada fue de Axel, las demás fueran de Greta. Él trató de localizarme. Pese a su enfado conmigo, fui la primera persona en la que pensó cuando necesitó consuelo, y luego llamó a Greta, quien le confirmó que no sabía dónde estaba yo.

Me quedé tremendamente impactada.

—¿Cómo ha sido?

—Sabes que ya tenía el alta y no era para nada previsible que se le repitiera tan pronto un ictus y con tanta intensidad. No pudieron hacer nada por ella. De todos modos, de haber vivido, hubiera quedado en unas condiciones malísimas.

—¿Y Axel cómo está?

—Pues imagínate. Y tú, ¿has pasado la noche con Carlos?

—Sí.

—Tú misma. Yo me voy a acercar al tanatorio, no sé qué querrás hacer. Como la última vez lo despediste como lo hiciste…

Greta me habló dolida y no me merecía menos. Me estaba volviendo a comportar como tiempo atrás, como una niña caprichosa que solo miraba por su dolor y el de los demás me fuese ajeno. Aunque no, lamenté de una manera muy profunda no haber estado a su lado esa noche en la que Axel tanto debió necesitarlo.

—Está bien, me doy una ducha y voy contigo. ¿Me esperas?

—Sí, sería bueno que te la dieras porque hueles demasiado al carísimo perfume masculino de Carlos Guerrero. Y no creo que sea precisamente eso lo que necesita Axel hoy.

—Vale, lo haré.

Llegamos al tanatorio y se le veía abatido. No era para menos. Su madre podría ser una persona chinchosa, pero era su madre y la mujer que lo había sacado adelante en la vida.

—Lo siento, lo siento mucho —le dije agarrándome a él.

—Te llamé anoche, Gio. Lo siento, sé que no tenía ningún derecho a hacerlo ni a que tuvieras que pasar por este trance, pero eras la persona que deseaba tener a mi lado.

—No tienes que sentir nada. Soy yo quien lo siente, de verdad. Salí y no le eché cuenta al móvil.

—¿Estabas con él? ¿Con el padre de tu hija?

Hay momentos en la vida en los que piensas que una persona ya tiene suficiente con lo que tiene. Y eso me ocurrió a mí aquella mañana en la que le vi tan destrozado. Las mentirijillas piadosas pueden que estén para algo y no fui capaz de contarle la verdad.

—No, solo estuve por ahí, con unas amigas. Y tú, ¿cómo estás?

—Impactado. Muy impactado. Nada de lo que ha pasado era previsible, Gio.

—Desde luego que no. Lo siento mucho. Apenas la conocí y tenía motivos para odiarme. Ahora que voy a ser madre la entiendo bien, pero lamento mucho su muerte.

—Hubieras llegado a gustarle, estoy seguro. No le ha dado tiempo. Pero mi madre valoraba la lealtad por encima de todas las cosas y tú eres una mujer leal.

Me sentí como una miserable cuando dijo eso a renglón seguido de que le hubiese mentido. En lugar de confesar, puse una mueca que podía interpretarse de muchas maneras.

Debían ser una familia querida porque allí se congregó muchísima gente. Greta había escuchado la conversación y cuando él tuvo que seguir saludando, me recriminó mi actitud.

—Tú sigue mintiendo, que la verdad siempre sale a la luz.

—No si tú no la cuentas.

—¿Yo? Sabes que no me metería en eso ni harta de vino, pero te estás equivocando, Gio.

—Lo pasé bien anoche con Carlos, ¿es un delito?

—Es un delito que dejes pasar a Axel y algún día lo lamentarás. Desde Mario nunca nadie te había querido como…

—No se te ocurra hacer comparaciones o seré yo quien deje de dirigirte la palabra. Mario era Mario y nunca nadie podrá quererme como lo hizo él.

—Por eso dejas pasar a Axel y te acercas a un tipo como Carlos.

—¿Qué tienes tú en contra de Carlos?

—Que no solo eres tú quien tiene pálpitos, que yo también los tengo y ese tipo no me gusta ni un pelo, pero que ni un pelo. He escuchado cosas sobre él…

—Carlos puede haberse equivocado en otros momentos de su vida, ¿me consideras quién para juzgarlo? Pero está volcado en su hija, deberías escuchar cómo habla de ella.

—Solo te digo que tengas cuidado.

—Y yo solo te digo que no hagas caso a todo lo que escuches. A la gente le gusta mucho darle a la lengua.

—Sabes que te quiero con locura, Gio. Igual nunca te lo he dicho, pero tu felicidad va ligada a la mía. Y ya es hora de que nos merezcamos ser felices.

—Todo va a ir bien. Controlo, sé lo que hago.

—Ya, como cuando te drogabas los fines de semana, que también controlabas.

—Te encantan los golpes bajos, amiga.

—Eso soy yo, tu amiga, tu hermana o como quieras llamarlo. Y deseo para ti lo mejor de lo mejor. Y Axel es una persona magnífica, transparente, sin filtros…

—¿De verdad que tú no estás enamorada de él?

—De verdad que me encantaría que lo estuvieras tú. Es más, de verdad que me encantaría que reconozcas que lo estás, porque así lo considero.

—¿Enamorada de Axel? Se te va mucho la pinza.

—No, no se me va tanto. Lo que sucede es que tus miedos te superan, una vez más. Y eso que vas por la vida de tipa dura.

Capítulo 35



Me sentía mal. No estaba segura de nada de lo que hacía. Cuando me acercaba a Axel, quería salir corriendo porque no me veía con él, no me veía compartiendo responsabilidades con alguien más joven que yo. Ni siquiera me veía con ningún hombre, ya lo he dicho múltiples veces, cuanto y más con uno de menos edad.

Sin embargo, cuando estaba lejos de él le extrañaba. Y en otras caras, incluso en la cama de Carlos, le había buscado. Mi sensación era como si me estuviese volviendo un poco adicta a él y eso no me gustaba. Bastantes adicciones me habían dominado ya en la vida como para sentir que estaba a merced de una más de ellas. Solo de pensarlo sentía un repelús tremendo que me obligaba a huir hacia adelante, pero lejos de él.

Greta me notó el agobio y me llevó a la cafetería del tanatorio, cogiéndome del brazo.

—Debe estar destrozado. Es que menudo palo, figúrate. El ictus que le dio la primera vez no revistió ninguna gravedad y, sin embargo, este segundo, va y se la lleva por delante.

—Sí, pobre chico. Yo he tenido mis diferencias con mis padres, lo sabes, pero no puedo ni imaginarme por lo que debe estar pasando. Lo siento mucho por él.

—Pues no lo sientas tanto y mejor le echas un cable. Nadie mejor que tú para hacerlo.

—Greta, ¿por qué insistes tanto? Nunca lo has hecho con nadie. Me refiero a que jamás me has empujado a los brazos de ningún hombre después de lo de Mario.

—No me jodas, Gio. Por supuesto que no. La respuesta es muy simple: desde que Mario murió tú no has estado con tíos, sino con folladores con patas, y también lo sabes. Como para empujarte a ninguno de ellos. Bastante te empujaron ellos a ti.

—¿Y Axel sí merece la pena?

—Pues claro que la merece, merluza.

—¿Y por qué Carlos no? Ten presente que cuando se acostó conmigo ya se estaba divorciando.

—¿Te estás planteando algo con Carlos?

—No, claro que no. Ni con Carlos ni con ninguno.

—A mí no me engañas. Y sé que por el dinero no es. ¿Le tienes lástima por lo de su diagnóstico?

—No, aún no hay nada de eso. Espero que salga bien parado.

—Y yo también, porque no le deseo nada malo. Pero cerca de ti no quisiera que estuviera. No sé cuál es el motivo, de veras que no lo sé. Pero…

—No te da buena espina. Me lo has repetido mil veces. No obstante, tú no lo has escuchado hablar de la niña. Lo hace casi con devoción.

—Es listo, sabe cuál es tu punto flaco.

—¿Y Axel es tonto acaso?

—Axel es Axel. Y está pillado de ti desde que te vio por primera vez y eso que mejor no te recuerdo las circunstancias. Quien te quiere en una situación así no dejará de quererte por las buenas.

—Pues nada, ya puedes dar con el mazo en la mesa porque has dictado sentencia.

—Más bien te daría con él en la cabeza y así te la abriría para ver lo que tienes dentro.

Volvimos a reunirnos con Axel un rato después.

—Supongo que tendréis que iros, estarás cansada y debes tumbarte un poco —me comentó.

Me conmovieron sus palabras, siempre lo hacían. Lo primero era mirar por mí y eso que estaba pasando por el peor trance de su vida.

—No te preocupes por eso. Me gustaría quedarme. Te debo mucho. Incluso te haré compañía también esta noche —le comenté—. Sé que el entierro es mañana.

—Es el mejor ofrecimiento que me puedan hacer, pero no puedo aceptarlo. Ojalá pudiese. Por la noche debes acostarte en tu cama y descansar, Gio.

Me sentí culpable. No era en mi cama en la que me había acostado la noche anterior y, desde luego, no lo hice para descansar.

—No te hagas mala sangre por eso. Si te he dicho que quiero quedarme es porque me apetece. Ya tendré tiempo de descansar.

—No sé, me parece demasiado.

—¿Demasiado para hacer por alguien que me ha ayudado como tú lo has hecho? No me hagas reír, anda ya…

Tenía que hacerlo, tenía que compensarle de alguna forma. Y aunque sí que estaba cansada, decidí quedarme.

—Haces bien, pero si en algún momento de la noche te encuentras mal, me avisas y vengo volando a por ti. Aprecio mucho a Axel, pero la salud de mi sobri es lo primero —me comentó Greta antes de marcharse.

—Claro que sí, no seas boba. Cariño, te quiero.

—Ya va más de una vez en los últimos tiempos que me lo dices. Y me estás asustando. Empiezo a preguntarme si me han cambiado a mi Gio y eso me acojona.

—Pues que no lo haga, porque creo que tu Gio tenía que cambiar.

—Un giro a su vida sí que tenía que darle, sí. Nena, haces bien quedándote con él. Concha, por muy tiquismiquis que fuese, era todo lo que Axel tenía en la vida. Se ha quedado muy solo.

—Lo sé. No me lo repitas, que me siento mal.

—Vale, vale. Que también me pongo muy cargante.

Me quedé con él. Le daba charla y parecía consolarse. Había sido un verdadero e inesperado palo. Además, que Concha era una mujer muy joven. Su muerte resultaba imprevisible por mucho que se hubiesen llevado un susto días antes.

Al anochecer, la mayoría de las personas se marcharon del tanatorio. Tan solo quedaron algunos familiares suyos que me fue presentando. Lo hacía en calidad de amiga y, aun así, se le notaba orgulloso. Menos mal que no le dio por decir que yo fui quien estuvo a punto de mandarle a ese mismo lugar al que se había marchado su madre o me hubiesen linchado.

Noté que mi teléfono no paraba de sonar. Ni siquiera lo saqué del bolso. Me dio por pensar que fuese Carlos y no era el momento. No le eché un vistazo hasta que un rato después fui al baño.

Capítulo 36



No me había equivocado. Tenía varias llamadas perdidas de él. Me puse muy nerviosa. Sentí que Carlos me estaba poniendo contra las cuerdas en un momento de mi vida en el que era lo último que necesitaba. Pero también estaba en una situación caótica.

—Carlos, ¿qué pasa? —le pregunté cuando le devolví las llamadas.

—Necesito que vengas, por favor, Gio. Ven a mi casa. Paso a recogerte donde estés.

—Lo siento de corazón, pero esta noche no puedo ir. Lo lamento.

—Gio, estoy muy mal, lo necesito.

—No puedo, Carlos. Por favor, no me pongas en esa tesitura. Ha pasado algo.

—¿Estás con él? ¿Con ese chico? —me preguntó.

En el poco tiempo que habíamos pasado juntos, le había hablado de mi vida. Sabía lo de Mario y también lo que ocurrió con Axel, lo del accidente y demás. Pero no calibré que pudiera haberse olido que sentía algo por él.

En ese sentido, Carlos era perro viejo, como suele decirse, y se lo había olido, sí.

—Sí, ha pasado algo grave, muy grave y…

—A mí también me ha pasado algo muy grave, Gio. Mucho.

Mis peores presagios se hicieron realidad en ese instante. Si Carlos decía eso, debía tener que ver con lo de su diagnóstico. Y el mundo se me venía encima.

Sentí de golpe como si fuera yo quien llevase la muerte pegada a los talones: Mario falleció, Axel pudo hacerlo y, de repente, el padre de mi hija también podía irse.

La tensión se me bajó y quedé muy decaída. Él debió notarlo porque el tono de mi voz se vino abajo.

—Por favor, dame una dirección y voy a recogerte.

Está bien, en unos minutos te envío ubicación. Lo hice así para alejarme un poco del tanatorio. No quería que Axel, a quien le había prometido que me quedaría con él en esa aciaga noche, me viera irme con otro.

Me hice la tonta al acercarme a él.

—Lo siento mucho, Axel, pero no me encuentro muy bien y me voy a tener que marchar a casa. Sé que te dije que me quedaría, pero no puedo.

Estaréis pensando que soy una mala persona y así mismo lo pensaba yo, que no os quede duda. El único que se comportó de maravilla fue él, quien se ofreció a llevarme a casa.

—No, no te preocupes, de verdad.

—Pues te pido un taxi ahora mismo, pero he de quedarme tranquilo.

—Axel que no, déjalo.

—Que sí, Gio, que sí.

Tenía un soponcio encima. Lo tenía porque Carlos me había puesto en un tremendo aprieto y yo percibía que estaba en deuda con Axel, a quien no paraba de mentir. Pero si el padre de mi hija se estaba muriendo también era lógico que…

Mi cabeza daba vueltas como una peonza. Y entonces Axel insistió e insistió.

—¡Que no, por favor! ¡Déjame a mi aire! Ya me voy yo sola.

—¿Caminando? Si esto es un polígono, Gio. Y es de noche. Espera, vienen a recogerte, ¿verdad? —me preguntó entornando los ojos, como vaticinando lo que estaba a punto de ocurrir.

—Axel, déjalo, te lo pido por favor.

—Debo ser el tipo más necio del mundo, Déjalo tú, Gio, de verdad. Deja ya la pantomima. ¿Se trata del padre de tu hija? ¿Es él quien viene?

No pude mentirle más. Axel también tenía olfato. No era un niño como yo pensaba.

—Lo creas o no, también necesita ayuda esta noche, Axel.

—Gio, por favor, no digas nada más. Vete.

Muchas veces le había yo echado de mi lado y era la primera que lo hacía él, que sucedía a la inversa. Y me dolió, me dolió mucho.

—Está bien. Me iré. Axel, te advertí desde el principio que no te acercases a mí, que no lo intentases, que tan solo te haría daño.

—En eso no te puedo quitar la razón, sí que me lo advertiste.

—Axel, por favor, no quisiera que quedásemos mal.

—¿Sabes lo que sucede, Gio? Que el mundo no gira en torno a ti y que no siempre va a ocurrir todo como tú lo exijas. Márchate.

Giré sobre mis talones y lo hice. Mi orgullo impidió que las lágrimas brotaran de mis ojos hasta que me hube alejado unos pasos.

La percepción que sentía de mí misma en ese instante tenía que ver con la de que era una escoria humana. ¿Acaso no sabía hacer más que daño?

Caminé un par de calles y desde allí le envié la ubicación a Carlos. Mientras lo esperaba, no hacía más que borrar las lágrimas de mis ojos con el dorso de mi mano. No quería que me viera así cuando llegase, si bien fue inevitable porque mis ojos se habían convertido en dos fuentes.

Cuando vi venir su coche, suspiré y me monté en él.

—¿Qué más calamidades vienen esta noche? La madre de Axel ha muerto, por eso estaba en el tanatorio —le confesé.

—Vaya, lo siento mucho.

Él también traía la cara de un muerto y eso me hizo suspirar más.

—¿Es lo tuyo? ¿Se ha confirmado?

Carlos asintió con un gesto sentido. No quiso verbalizarlo siquiera con palabras. No podía ponerme en su piel. Había perdido a Mario en su día y es de las peores cosas que puedan sucederte, pero nunca me había visto en el papel de que me dieran una sentencia como la que le habían dado a él.

—¿Es muy grave? Seguro que tiene cura.

—Espero que sí, pero no es de lo que me apetece hablar esta noche.

—Lo entiendo. ¿Y qué es lo que quieres hacer?

—Tengo ganas de ti, Gio. No sé lo que ocurrirá con mi vida ni por cuánto tiempo se extenderá, pero lo que tengo clarísimo es que quiero vivirla a tope. Sorbo a sorbo y momento a momento. Por lo que pueda pasar…

Capítulo 37



Yo también estaba acostumbrada a solucionar mis problemas en la cama. O, mejor dicho, no a solucionarlos, pero sí a tratar de evitar pensar en ellos.

Carlos cayó sobre mí como si fuese un león cuando llegamos a la suya. No me extrañaba en absoluto, el agobio que debía invadir su ser al completo debía ser supremo.

Aún no me había desnudado cuando llamaron a la puerta. Estaba en ello y me escamó mucho cuando se levantó y fue a abrir. Con las ganas que mostraba, lo normal era que hubiera pasado de todo, pero no lo hizo.

—Espera un momento, por favor —me pidió.

Me quedé en la cama con las piernas flexionadas y con una sensación muy extraña dando vueltas por mi cabecita. ¿Una nueva corazonada? Pues quizás.

—Cintia, ¿qué haces aquí? —escuché que le preguntaba a la que debía ser su exmujer, aunque no tenía muy claro si los trámites de su divorcio habían concluido ya o no.

—Habíamos quedado, teníamos que hablar de lo de la casa de la sierra y… Espera, te conozco muy bien, tú no estás solo… Maldito cabrón.

—Espera, Cintia, te has equivocado. Habíamos quedado mañana, no hoy…

—No, conozco muy bien tus maldades. A mí no trates de volverme loca. Era hoy, ¿dónde está y quién es?

—Cintia, no entres en el dormitorio…

Lo hizo y como una leona tratando de defender lo que es suyo, algo que no entendí porque se suponía que esos dos estaban más que separados.

—¿Quién mierda eres tú? —me preguntó al verme.

—Yo me largo, me largo de aquí. Solo vine porque se supone que Carlos está muy enfermo —le dije sin hacer la más mínima referencia a que era el padre de mi hija. No quise hacer daño, bastante mal me sentía ya.

—¿Muy enfermo? Si justo hoy le han dado la noticia de que lo que tiene es benigno, a mí no me engañas, niñata, so lagarta.

—Sin ofender, Cintia —le advertí.

—¿Sabes mi nombre? ¿Estás liada con él? ¡¡Eres un cabrón!! —le chilló, volviéndose hacia él y dándole un cachetazo.

Sin más, creí que se vendría para mí y trataría de zurrarme también. Pincharía en hueso duro, porque eso no lo iba a consentir. Pero no lo hizo. En lugar de eso, Cintia salió corriendo y yo… Yo me quedé estupefacta.

Una vez que se largó, vi algo en él. De pronto, su sonrisa se volvió maquiavélica, absolutamente, como si hubiese disfrutado de un espectáculo

que entendí que él mismo había creado para su recreo.

—Tú la habías citado aquí, ¿verdad? Querías que nos pillara… Y no te han dado un diagnóstico devastador, es mentira.

—No, no me lo han dado. Me han dado uno que me garantiza que puedo vivir muchos años, que es benigno. Y pienso disfrutarlos, Gio. Si no fuese porque Cintia ha llegado unos minutos antes de lo previsto, incluso los hubiera disfrutado mucho más.

—Cabrón, retorcido y maligno, ¿por qué has hecho esto?

—Porque ese divorcio no me interesa. Y ahora que sé que voy a vivir, muchísimo menos. Antes de que se lleve a término, voy a reconciliarme con ella.

—¿Acostándote con otra? Maldito hijo de la gran…

—Cada cual conoce a quien tiene cerca. Cintia es celosa. Mucho. Ahora que sabe que me acuesto con otras, no podrá soportarlo. Esta noche ha salido corriendo, pero mañana volverá a mí y la tendré comiendo de la palma de mi mano, como ha hecho siempre.

—Ni siquiera sabe que vas a tener una hija, por lo que veo.

—¿Una hija? ¿Y quién me garantiza a mí que esa mocosa sea mía? Su madre no es más que una zorra que va acostándose con…

No le dio tiempo a decir nada más. Me puse de pie en la cama y fue una patada por mi parte la que le acertó en plena nariz. No volvió a por otra, quedó tumbado de espaldas en el suelo.

Carlos Guerrero tan solo me había utilizado para atraer a Cintia. No quería de mí nada más. Ni siquiera le interesaba saber realmente si mi bebé era suyo o no.

Por descontado que lo era, pero yo decidí en ese instante que no lo sería. Jamás lo sería. Hasta ahí habíamos llegado. No era ya que él no quisiera hacerse cargo, es que yo no le pediría nada para la niña. Tan solo quería desvincularme de él.

Cuando llegué a casa, Greta me acogió en sus brazos incluso antes de saber lo que había pasado.

—Y ahora, ¿qué voy a hacer, cariño? —le pregunté una vez que le conté.

—Tener a tu hija, Gio. Con mi ayuda y con la de todos los que te quieren, que son muchos.

—Axel ya no está entre ellos, es normal. Después de lo que le he hecho esta noche…

Greta guardó silencio. Debía conocer igual que yo el dato de que a Axel le había perdido para siempre. Después de todo lo que le hice, y de cómo se comportó, le había mentido y dejado tirado en la peor noche de su vida.

No puedo ponerme a la altura de lo que es perder a una madre, pero tampoco sería una buena noche para mí. Me sentía vulnerable hasta el punto de que le pedí a Greta que se quedase a dormir conmigo en mi cama.

No soportaba dormir sola, tampoco soportaba el dolor que me generaba haberle causado ese daño a Axel. No era una bruja, aunque me había comportado con él como si lo fuese.

Me abracé a Greta y comencé a llorar.

—Tenías razón en todo. Carlos solo me ha utilizado y…

—Y ya no puedes dar marcha atrás. Al menos, lo has descubierto antes que después. Eso es lo importante.

—¿Y si ha quedado en el camino algo que pudiera haber sido muy importante?

—Gio, ahora no puedes solucionar tu vida. No esta noche. Lo único que está en tu mano es tratar de descansar y que también lo haga tu niña. Todo saldrá bien, pase lo que pase.

—Pero lo he perdido, he perdido a Axel —suspiré—, aunque en realidad creo que es lo mejor para él. Nunca he sido buena para nadie. Se merece a alguien que…

—Tú eras la que no sentía nada por ese chico, ¿no?

—No te burles de mí.

—Mejor no, que como me lleve una patada como la que le has dado al tal Carlos, no veas. Por cierto, que no veas si me alegro…

Capítulo 38



Fue Greta quien me convenció para que fuese a hablar con Axel unos días después.

El hecho de que pareciese un alma en pena tuvo mucho que ver con ello.

—Si ya te he dicho que no soy buena para él, boba, ¿qué pretendes?

—Que te dejes ya de pamplinas. Tengo la total certeza de que podrías hacer feliz a Axel como ninguna otra. Solo tienes que dejarte llevar, ser tú misma, y dejar de creer que pende sobre ti una maldición que afecta a todos los que te rodean. Si fuera así, yo ya estaría fiambre desde hace mucho.

—Pero de lo que no puedes tener la certeza es de quiera estar conmigo, no ahora.

—Eso es cierto, totalmente. Pero el "no" ya lo tienes. Trata de luchar por el sí. Merecería la pena, hazme caso.

Lo busqué a la salida de su trabajo. Axel salió charlando con una compañera y sentí en el vientre la punzada de los celos, aparte de que la niña ya comenzaba a moverse, pero no fue eso. Fue la dichosa punzada.

Cuando me vio, el gesto se le transformó. En cualquier otro momento, la sonrisa le habría ensanchado su atractivo rostro, pero no en aquel. Ni siquiera hizo por acercarse a mí. Dejó que fuese yo quien moviese ficha.

—Hola, Axel —le saludé con un mal cuerpo impresionante.

—¿Qué haces aquí, Gio? —me preguntó muy seco.

—Necesitaba hablar contigo, ¿habría alguna posibilidad de que almorzáramos juntos?

—Pues, si te soy sincero, no.

Lo dejó ahí, no dijo nada más.

—¿No?

—No, más que nada porque el almuerzo me caería fatal, pero si necesitas hablar algo, ahí hay un banco —me invitó a sentarnos en el primero que se veía en un cercano parque.

Mientras dimos los pasos que nos llevaban hasta él, ninguno de los dos articuló palabra. A él no se le vía con ningunas ganas de hacerlo y en cuanto a mí… En cuanto a mí es que no sabía qué decir.

Alcanzamos el banco y se me quedó mirando.

—Fui una imbécil, Axel, no puedo argumentar nada en mi favor —comencé diciéndole.

—Lo has dicho tú, no voy a juzgarte.

—Sé que nunca lo harías. Eres un hombre de los pies a la cabeza.

—¿Ahora resulta que soy un hombre? Menuda novedad, Gio, creía que era un niñato que es como, en definitiva, me has tratado.

—Lo sé y no sabes cuánto lo lamento. No me di cuenta en ningún momento de cuál era la realidad. He estado muy ciega.

—Y muy entretenida. Dime una cosa, Gio, no te ha salido con él, ¿verdad?

Estaba entre la espada y la pared. Dijese lo que dijese, no era fácil que me fuera a creer.

—Tampoco pretendía nada con él, Axel.

—Pues para no pretenderlo, ni siquiera cumpliste tu palabra de quedarte conmigo en el tanatorio y me mentiste sobre la noche anterior. ¿O es que acaso no te acostaste con él?

—Sí, sí que lo hice.

—Al menos, valoro tu sinceridad ahora. Pero no puedo creer en nada de lo que hayas venido a contarme, en otras cosas que puedas decir y que me suenen a auténticas milongas.

—No lo son. Estuve con Carlos, pero ¡maldita sea! Me acordaba de ti cuando lo hacía.

—Buff, me dejas mucho más tranquilo, ¿te estás oyendo? Has tratado de ridiculizarme en muchos momentos, me has mentido, te fuiste con él, me

dejaste hecho un mojón y ahora… Ahora que él te ha fallado, te acuerdas de mí, ¿por qué debería estar contigo, Gio?

—Porque te quiero, Axel, y porque te prometo que eso es algo que hace años que no le digo a nadie, que no pronuncio desde que Mario murió.

—Lo siento, Gio, pero no estoy en condiciones de creerte. Lo he pasado muy mal desde que te conozco y estoy tratando de levantar cabeza. Eres inestable como la nitroglicerina y no soy así. Seré joven, pero necesito estabilidad en mi vida. Te pido por favor que te marches.

Hasta para pedírmelo fue elegante. No me sorprendió su respuesta. Era absolutamente previsible que hubiese dejado de creer en mí y que su interés por nuestra relación se hubiese vuelto nulo.

Me levanté y me fui. Traté de controlar las lágrimas y no lo logré. Me jodía mucho cuando eso pasaba. La Gio de antes hubiera podido hacerlo, pero también esa misma Gio era la que me había llevado a perder a Axel.

Greta me estaba esperando por allí cerca. Mi amiga sospechaba que no iría demasiado lejos con él y me abordó con su coche.

—Sube, loquita.

—¿Qué estás haciendo aquí, boba?

—Cuidar de ti, como siempre.

—No sé para qué pregunto. Creo que tú eres el amor de mi vida, Greta.

—Pues conmigo no te hagas ilusiones que no he cambiado de gustos.

—Ya no me quiere, Greta, ya no me quiere.

—No se deja de querer de un día para otro, pero sí se comienza a sufrir.

—Da igual, he perdido su confianza y no se plantea estar conmigo. Tengo que seguir sin él.

—No es la primera vez que sigues tu camino sin alguien a quien adoras.

—¿Tú por qué tienes siempre la respuesta correcta en el momento adecuado?

—Porque soy la caña, niña, porque lo soy.

Sí que lo era. Y la tendría a mi lado en todos esos momentos en los que me pesaría demasiado haber perdido a Axel, quien me comentó que no deseaba mantener ningún contacto conmigo. A partir de ese día, no podría remediar el imaginármelo tratando de rehacer su vida con otras y reconcomiéndome por dentro por no haberle dado su lugar cuando tantas veces me lo pidió.

Capítulo 39



Existen muchas maneras de vivir. Eso es algo que yo había aprendido tiempo atrás cuando murió Mario. En las siguientes semanas, me dejé llevar por la corriente y punto.

No hace falta ni decir que Axel no volvió a aparecer por el gym ni a frecuentar ningún lugar en el que supiera que pudiésemos coincidir. Había tomado una determinación y estaba siendo consecuente con ella.

Cuanto más tiempo pasaba, y más recordaba cómo se había comportado en todo momento conmigo, más echaba de menos sus valores. Me refugié en el trabajo, en mis alumnos y en el día a día con Greta.

Mi familia también se estaba comportando de un modo ideal y aquel día celebraríamos el cumpleaños de Abigail en casa de mis padres.

Como siempre, fue Greta quien me sacó las castañas del fuego, comprándole unos cascos inalámbricos, pues nos había comentado que perdió uno al salir a correr días antes.

—De verdad que soy un desastre, ¿tú crees que cuando sea madre mejoraré un poco? —le pregunté.

—Yo creo que igual eres una madre un poquito alocada, pero la mejor del mundo. Y encima, la niña tendrá otra mami, que soy yo, porque aunque la llame "mi sobri" sabes que representa mucho más que eso para mí.

—Pero también sabes que encontrarás pareja y que algún día no viviremos juntas.

—Mira quién fue a hablar, ¿y por qué no puedes encontrarla tú?

—No me vengas con esas. Sabes que he quedado hasta la punta de la coronilla de los hombres después de lo que me ha pasado.

—Sí, sí, pues ya veremos lo que ocurre algún día, que igual entra un maromo por el gym y se te ponen los ojos en blanco.

—Y luego el animal de bellota soy yo… Mira, por ahí viene Abigail.

Ya estábamos en la puerta de la casa de mis padres. Mi hermana, que era todo lo contrario a mí (la organización personificada), venía con una tarta cuidadosamente envuelta.

Tanto Greta como yo la felicitamos. Estaba exultante y me sonreía mucho. Hacía tiempo que se volcaba mucho en mí y a menudo venía por casa o salíamos las tres a tomar algo por ahí. Mi suerte era tremenda de tenerlas a las dos en la vida.

Mis padres habían preparado un asado sensacional que olía que alimentaba desde la puerta. A mí el olor me resultó delicioso, lo mismo que a Greta.

—Pues yo me temo que traigo el estómago un poco revolucionado —nos comentó Abigail.

—Pillina, ¿es que comenzaste a celebrarlo anoche con alguien especial y te hartaste de vino? —le preguntamos.

Fue mencionar el vino y entonces salió corriendo al baño. Me fui detrás de ella y me la encontré amarilla como si fuera un Simpson.

—Abigail, ¿estás bien? ¿Qué te pasa?

—No se lo digas a nadie todavía, que es una sorpresa, pero estoy embarazada —me comentó.

Me llevé la mano a la boca. La sorpresa fue total.

—Pero si no me habías dicho que siguieras con el tratamiento, nena. Qué ilusión…

—¿Qué tratamiento? Me acosté hace como mes y medio con un compañero y, chica, con el ímpetu, se le rompió el condón….

—Joder, pues sí que te dio bien.

—Ríete, ríete… El tío está totalmente sano, no hay problema. Así que yo tranquila. Además, que el crío va a ser para mí solita.

—¿No lo quiere?

—Es que él tiene tres más y está casado por segunda vez.

—No te puedo creer, Abigail, si tú eres la formalita de la familia…

—Y lo voy a seguir siendo porque de esto no vamos a contar nada, ¿me oyes?

—Claro que no. Tú has seguido con el tratamiento y punto, no hay más que hablar.

—Exacto, eso es.

No me esperaba de mi hermana un gesto tan loco, ella que siempre parecía tenerlo todo medido en la vida. Pero, de ese gesto, nacería un crío que le hacía increíble ilusión. Y a mí también.

Fue en el momento del postre cuando ella misma desenvolvió la tarta y la puso encima de la mesa.

Mis padres, así como Greta, se quedaron un poco confundidos al ver que estaba adornada con una cigüeña que llevaba dos bebés en su pico.

—Es tu cumpleaños, Abigail, pero qué detalle con tu hermana… Eso sí, ¿por qué dos? —le preguntó mi madre.

—Porque uno es de ella y otro es mío, mamá —le respondió.

Rompí a llorar en ese instante en el que ella me abrazó. Todos terminamos abrazados. Abigail había luchado mucho por un embarazo que, finalmente, terminó gestándose del modo menos pensado. Eso daba igual. Lo importante es que sería mamá también.

Los cambios se estaban sucediendo en mi familia. Ella aún no sabía el sexo de su bebé ni eso era lo importante. Lo era que mi hija tendría un primo o una prima de su misma edad con quien compartir lo que se puede compartir con un hermano, porque si algo no entraba en mi cabeza era ser madre por segunda vez.

Se trató de un cumpleaños especial donde los hubiera. Durante unas horas logré olvidarme de mis pesares, que no eran pocos. Axel siempre estaba en mi pensamiento.

De entre los muchos males que nos pueden rondar la mente, está ese de "lo que pudo ser y no fue". No tendría la oportunidad de comprobar qué podría haber sido si las cosas se hubieran dado de otra manera. Actué como lo hice y era tarde para comprobarlo.

Por si fuesen poco los pensamientos que me asaltaban, llegó a mis oídos que Carlos se había salido con la suya, volviéndose con su mujer. Yo podría haber interferido, haberle aguado la fiesta advirtiéndola de un embarazo que no vio en su día por estar yo aún de poco tiempo y vestida. No lo hice porque no me movía el ánimo de venganza. Con respecto a ese gusano del padre de mi hija, solo quería olvidarme de su existencia.

Capítulo 40

El hecho de que Abigail también estuviese embarazada nos unió aún más.

Lejos quedaban los tiempos en los que, antes de estar embarazada, maltraté mi cuerpo y acudí a sustancias que nunca debería haber probado.

Ambas cuidábamos mucho nuestra alimentación y todo lo que tomábamos, por lo que en aquella fiesta los chicos nos habían preparado unos *smoothies* de frutas riquísimos. Y cuando me refiero a los chicos, lo hago a Santi y a Samuel, que ese día celebraban ¡que se iban a vivir juntos!

Nos habían invitado junto a otros amigos de ambos. El inicio de su convivencia estaba cantado porque ambos se llevaban genial desde que se conocieron y estaban deseando hacerlo. Santi dejó su pisito de soltero y se instaló en el precioso unifamiliar de Samuel, el cual habían decorado para la ocasión.

Estaban eufóricos y yo no podía dejar de recordar que aquel romance comenzó a fraguarse el fin de semana que Axel nos llevó a todos a la sierra. No entendía cómo me las apañaba, pero todos mis pensamientos comenzaban y terminaban siempre en Axel y en lo que habíamos vivido.

Greta adivinaba mis pensamientos tan solo con mirarme e intuía que estaba pensando en él. Los chicos habían puesto música y comenzó a sonar esa canción tan pegadiza de *Mantenlo prendido, fuego…*

—Venga, las dos a bailar —nos dijo tirando de Abigail y de mí.

La situación de mi hermana y la mía era muy diferente. Ella había asumido que jamás tendría nada con el padre de su bebé y, de hecho, es que no lo pretendía para nada. Pero lo mío era distinto: a mí Axel se me había metido muy dentro, en un lugar del que no podía sacarlo.

Comenzamos a bailar y entonces me di cuenta de que un chico no nos quitaba ojo de encima. En concreto, cuando me fijé mejor, era a Greta a quien no se lo quitaba.

Le hice un gesto para que se acercase y, cuando estuvo al lado de las tres, comencé a bailar sola con Abigail y le dejé a Greta, quien me miró con sonrisa de que tenía yo muchas tablas.

—Di que no me lo agradeces, te lías esta noche con él, fijo —le comenté cuando estaba en el baño con ella.

—Es monísimo, la verdad. Y sí, fuego es lo que tiene entre las piernas.

—No, entre las piernas lo que tendrá será un extintor para apagarlo —le comentó Abigail.

Greta se lo estaba pasando genial, igual que el resto. Santi estaba que se salía y Samuel también. Habían congeniado a la perfección y estaban enamoradísimos el uno del otro.

—Me alegro mucho, loquito —le dije a mi empleado cuando vino a darme un abrazo.

—Es que mi picapleitos me pone al rojo vivo, no sé si me explico.

—Como un librito abierto.

—Pues igual que Sergio a Greta.

—¿Es amigo tuyo ese chico?

—Sí, es militar. Y pata negra, jefa.

—¿Cómo pata negra?

—Que está garantizado, es un tío de puta madre. Más de una vez le hubiese comido yo los morros, pero como es hetero básico no se dejó. Lo que te digo es que es de puta madre, de verdad.

—Más le vale si quiere algo con mi Greta.

—Pues yo te diría que sí, porque, aunque está como un queso, no es de liarse con cualquiera a la primera de cambio. Y los veo muy lanzados, a los dos…

—¿Quién está como un queso? —le preguntó Samuel, quien salió como de la nada.

—Tú y solo tú, cariño. Y no empieces con tus interrogatorios que me pones cachondísimo, a ver si vas a tener que ponerte la toga y que yo te corretee por todo el jardín.

—Santi, no cambies nunca, te lo pido por favor —le pedí porque era el mejor.

Abigail se vino hacia mí y le di un abrazo.

—¿Estás contenta? —me preguntó.

—Sí, cariño. Lo estoy. Un poco tontona, pero contenta.

—¿Tontona todavía por lo de Axel? ¿Tú sabes lo que vales? Te van a faltar a ti hombres, si es que los quieres…

—Ese es el problema, que no quiero "hombres" en general.

—Ya lo sé, cariño. Pero todo pasa. Y tú… Tú deberías saberlo mejor que nadie.

—Joder, qué dolor, Abigail.

—Lo sé, mi niña, sé que duele. Axel te llegó…

—No, no me refiero a eso, que me duele —le comenté echándome mano al vientre.

—¿Qué te pasa, Gio?

—No lo sé, es una sensación muy rara. Verás, siento como si…

Se lo expliqué como pude, porque cuando nunca antes has sentido algo no es sencillo describirlo.

—Eso que me dices parece ser una contracción, ¿estás segura? No te toca todavía ni mucho menos, cariño, te faltan varios meses para eso.

—Lo sé, pero… De nuevo otra.

No soy de quejarme. Si lo hacía era porque ciertamente dolía. Vi la preocupación de Abigail en los ojos. De inmediato, pidió una ambulancia, lo cual me alarmó aún más.

—¿Qué me está pasando, hermana? ¿Por qué tenemos que ir al hospital en ambulancia?

—Por simple precaución, es mucho más seguro que hacerlo en coche, jefa.

Quien así me contestó fue Santi, pues la música había cesado y todos estaban súper pendientes de mí.

—Ya te lo ha dicho él…

—Un listillo, sí. Abigail, ¿mi bebé está en riesgo?

—Que no, cariño, que todo va a salir de bien.

—Nunca, en tu jodida vida, has sido capaz de mentir en condiciones.

La cara de Greta era también de preocupación absoluta. Y la de mi hermana… Pues eso, que indicaba que sí, que mi bebé estaba en riesgo.

Yo quería, quería mucho ya a mi niña a esas alturas, pero nunca me hubiese imaginado que tanto hasta que sentí que podía perderla. Mi mano iba en mi vientre en todo momento durante el trayecto en ambulancia, en el que dejaron que Abigail me acompañase por aquello de que mi hermana era médica. Su mano en la mía, y también la de Greta en cuanto me bajaron de ella y me la encontré ya en la puerta de urgencias del hospital. Las tres éramos un equipo.

Capítulo 41



Amenaza de aborto prematuro, eso fue lo que me dijo la ginecóloga de guardia una vez que me exploró en presencia de mi hermana.

—¿Qué quiere decir eso? —le pregunté aterrada.

—De momento, que tienes contracciones uterinas con modificaciones cervicales que están dilatando el cuello del útero.

—Lo que se traduce en…

—En que vas a tener que recibir tratamiento y guardar reposo, porque el tema es bastante serio —me contestó ella.

—Pero ¿le puede pasar algo malo a mi niña?

—Si no haces caso a las indicaciones, sí. No puedo maquillar la respuesta. Esto es serio, Georgina.

—Llámame Gio, por favor, me siento más cómoda.

—Gio, es probable que tengas que guardar reposo absoluto el resto del embarazo. Sé que puede sonar bastante fuerte y que no es lo que entraba en tus planes, pero la vida de tu hija, de no hacerlo, estaría en grave riesgo.

—¿Y si lo hago?

—Si lo haces, lo normal será que todo vaya bien.

—¿Lo normal? ¿Y si mi caso no es normal?

—Gio, todo va a ir bien —intervino mi hermana al darse cuenta de que estaba acorralando con mis preguntas a su compañera.

—¿Me lo prometes, Abigail?

—Te lo prometo.

Nunca había sentido un terror así de paralizante. Ni siquiera cuando murió Mario. Aquello fue distinto; aplastante, pero distinto. Cuando Mario se me fue no había nada que pudiese hacer. Pero mi niña, esa vida que crecía dentro de mí, debía aferrarse, debía mostrar ganas y coraje.

—Mira, Gio, ahora tenemos que realizarte muchas pruebas para poner dar con el tratamiento correcto. Incluirán analíticas de sangre, de orina, ecografía y cultivos vaginales. Quizás sea algo molesto, aunque necesario.

Durante unas horas estuvieron muy pendientes de mí. Transcurridas estas, se confirmó el pronóstico inicial.

—Además del tratamiento con tocolíticos y otros medicamentos, vas a tener que guardar reposo absoluto, Gio. Y cuando digo absoluto es absoluto.

—Entiendo.

Para una persona como yo, tan activa y que trabaja en un gym, la noticia me sentó como un jarro de agua fría. Sin embargo, lo importante era que mi niña saldría adelante si todo iba bien. Y sí, hago ese matiz porque, a pesar de lo que me dijeran, era consciente de que seguía existiendo un grado de peligro que no desaparecería hasta que la tuviera en el mundo.

Cuando salí del hospital, me marché con Greta a casa. Mis padres se ofrecieron para que me quedase en la suya, pero ambos estaban aún trabajando y tampoco habría tenido demasiado sentido.

Digamos que la tristeza se instaló conmigo cuando me tumbé en el sofá. Las indicaciones eran muy claras y yo apenas tenía libertad de movimiento, lo que me agobiaba muchísimo.

Desde que Axel salió de mi vida, suplía su carencia con mucha actividad física de la que resultaba compatible con el embarazo, pero ya no me sería posible.

No me iba a resultar nada sencillo y quedaba mucho para el parto. Esa misma tarde, Greta tenía que irse a trabajar. Las dos no podíamos faltar al gym, eso no habría tenido ni pies ni cabeza.

—¿Quién es ahora? ¿Has llamado a Abigail? Mira que te advertí de que puedo quedarme sola cuando tengas que salir. Estoy de reposo, no inútil —le dije con malas pulgas al escuchar el timbre.

—Hay cosas que no cambian nunca, ¿verdad? —preguntó una voz masculina a Greta.

—Para nada, valor has tenido de atender a mi llamada. Te dejo solo con la fiera. Suerte.

Quien así hablaba era Axel. No puedo definir el modo en el que mi corazón comenzó a latir con fuerza en el instante en el que caí en ello.

De inmediato le vi entrar en el salón. Venía con una caja de bombones y me sonrió.

—Me han dicho que existen pacientes mejores que tú.

—Axel, ¿qué haces aquí?

—Darle el relevo a Greta. Ah, y de paso, traerte bombones para que te endulces un poco. Estaba seguro de que el carácter se te habría agriado.

—No te esperaba, no te esperaba para nada.

—Ella me contó y he querido venir a verte, ¿cómo estás? ¿Y cómo está la pequeñina?

Mientras me lo preguntaba, se acercó y me dio un par de besos.

—Gracias al universo sigue ahí, pero no sé qué ganas le han entrado de guerrear antes de tiempo.

—Es su apellido, ¿no? Su padre se llama Carlos Guerrero.

No me lo dijo a malas, aunque sí percibí la tristeza de sus palabras.

—Mi hija no tiene padre, Axel. Su apellido será el mío.

—Está bien, no he venido para que hablemos del pasado.

—Pero tengo mucho, mucho por lo que disculparme.

—¿Estás de broma? Eso te alteraría, que eres una fierecilla, y nunca me lo perdonaría. He venido de buen rollo.

Si hasta levantó las manos como si fuese el ser más inocente del mundo. Inocente no sé, pero bueno seguro que sí.

—Greta te llamó para contártelo todo, ¿es así?

—Sí, y no se te ocurra recriminárselo porque me alegré de que lo hiciera. Te hubiera preguntado en este tiempo, pero el orgullo…

—Normal. De ser al contrario, no te habría dirigido más la palabra en mi vida. No tiene lógica, siempre soy yo quien te hace la puñeta y tú quien me ayudas.

—A cada uno le toca lo que le toca. Por cierto, ve abriendo esos bombones, vamos a cambiar de tema.

No estaba por la labor de discutir nada conmigo. Venía como amigo, para cuidarme. Por más que me pellizcaba cuando entró en el cuarto de baño, que hasta daño me hice, no me despertaba. Estaba ocurriendo realmente.

Nadie decía que Axel siguiera interesado en mí, ¿o sí? Porque él no lo mencionó en aquella tarde, pero yo lo vi en sus ojos… En unos ojos que venían a decir lo mismo que los míos; que cuando el otro estaba delante no podíamos dejar de mirarlo. Cielos, cómo me gustaba que estuviese allí.

Capítulo 42



Los días pasaban lentos, muy lentos. Quién me había visto y quién me veía.

A mí, a quien nunca se le había caído el techo encima, me había tocado guardar un reposo que se me hacía interminable.

Greta se pasaba el día trabajando, tratando de suplir las clases que yo no podía impartir. Lo estaba dando todo en el gym. En cuanto a los demás, hacían turnos para permanecer conmigo. Y quien más, Axel.

No voy a decir que la cosa fluyera de un momento para otro. Fue cuestión de días primero y de semanas después, que nos sirvieron para conocernos mejor.

Ni siquiera me dio un beso en ese tiempo en el que actuó como el mejor de los amigos, pero como un amigo. Hubo un punto de inflexión en lo nuestro, marcado por lo mío con Carlos, que hizo que todo se parase. Y cuando retomamos lo hicimos desde cero.

Creo sinceramente que fue lo mejor que me pudo pasar. Cuando perdí a ese chico que tanto había luchado por mí comencé a echarle mucho de menos. Y cuando reapareció en mi vida me dije que cuidaría aquello que quisiera darme con todo el mimo del mundo, como nunca había cuidado a nada ni a nadie. Y él… no digamos. Cada día aparecía con un detalle.

Nos aficionamos a jugar al ajedrez. Me regaló uno precioso, una verdadera obra de arte. Apareció con él bajo el brazo. Y ese fue el momento, cuando me lo entregó, en el que no pude evitar depositar un beso en sus jugosos labios.

Llevábamos días con la llama prendida. Y en ese momento se puso en marcha hasta que fuegos artificiales nos cubrieron por completo. Él me rodeó con sus fuertes brazos y comenzó a besarme con intensidad.

—¿Ese "te quiero" que me dijiste un día era cierto, Gio? —me preguntó.

Los vellos se me pusieron de punta. No podía ser más cierto. Le quería, me había dado cuenta de ello y sí, cuando se lo dije ya lo sentía.

—Era de verdad, pero si te soy sincera no te quería tanto como ahora. Hoy te quiero más —le aseguré.

—Pues genial, porque yo también te quería y ahora también te quiero más.

No hizo falta que dijésemos nada más. Una sencilla frase por parte de cada uno y nuestras vidas ya estaban enlazadas, como lo estuvieron nuestras lenguas.

Lástima que yo tuviese el sexo prohibido en esos momentos porque de otra manera habríamos caído extenuados haciendo el amor. Sin embargo, había otras ciertas variantes de sexo que sí nos estaban permitidas, aunque no incluyeran la penetración.

Le pedí que me acompañase a la cama y así lo hizo. Insinuante, me quité las bragas y se las tiré a la cara. Axel las cogió al vuelo y las olió. Yo me

mordí el labio inferior con el superior. Estaba muy excitada, muchísimo. Me notaba chorreante y necesitaba su lengua.

También estaba más que decidida a que él probara la soltura de la mía. Por esa razón nos colocamos en la postura del 69. Cuánto había echado de menos su lengua. Daba igual que fuese más joven, su habilidad en la cama era innata y no hacía más que potenciar ese atractivo suyo que me hacía rugir como si fuese una de esas motos con las que tanto había disfrutado la sensación de velocidad que competía en intensidad con esa otra que estaba sintiendo con la lengua de Axel explorando mi sexo del más travieso de los modos.

Su sexo en mi boca igualmente experimentaba el goce que mi lengua le proporcionaba. Creciendo y palpitando, mi lengua lo recorría y se lo llevaba hasta la garganta, donde debía estar sintiendo el más infernal de los calores.

Quería que gozase, devolverle parte de ese disfrute que me proporcionaba, y, sobre todo, quería que me desease como él me demostraba. Mi cuerpo al completo estaba entregado a él y las sensaciones placenteras se multiplicaban en cada una de mis terminaciones nerviosas, las cuales me hacían vibrar sobre el colchón.

Nos corrimos al mismo tiempo. No pude ni pretendí evitar esos gritos que le hicieron gruñir igualmente de placer, hasta caer a mi lado, acariciando mis senos, lamiéndolos, cubriéndome de besos…

Habría tiempo para otro tipo de sexo, para un sexo más *heavy* que aquel que podíamos practicar en unos momentos en los que debíamos mostrar cautela porque la salud de la niña estaba por encima de todo y eso era algo que ambos teníamos clarísimo.

Greta llegó al rato y nos encontró en el sofá, abrazados y haciéndonos confidencias.

—¡Dios ha escuchado mis plegarias! —chilló.

—Ya llegó Mari Dramas, ¿qué pasa?

—Nada, nada, que estoy muy contenta, eso te lo puedo asegurar.

—Y yo que me alegro. Pues nada, tenemos poco que explicarte.

—Ay, qué ilusión. Que a partir de ahora vamos a poder quedar las parejitas.

Ella estaba con Sergio, con ese militar que la tenía enamorada. Y yo… Yo también estaba enamorada hasta el tuétano por mucho que me hubiese costado reconocerlo.

A partir de ese día, Axel prácticamente se instaló en el piso para cuidarme con tal de poder pasar el mayor tiempo posible conmigo. Iba de allí al trabajo y del trabajo allí. Yo le esperaba con ansia, con ese ansia que se viven los primeros amores… Al fin y al cabo, por mi cama habrían pasado muchos hombres, pero por mi corazón solo dos: Mario y él. En ese sentido, era como si lo estuviese estrenando y ese amor me hacía bien, mucho bien.

Lejos quedaban los tiempos en los que mi vida se había convertido en una auténtica locura en la que desfasé hasta el punto de que pudo tener consecuencias irreversibles. Comenzaba una nueva etapa marcada por un embarazo que, no por inesperado, nos ilusionaba menos. Y es que puedo afirmar sin temor a equivocarme que él estaba volcado en la niña igual que si fuera suya. Y eso… Eso no tiene precio.

Capítulo 43



Mi hermana Abigail llegó por casa con la mayor de las sonrisas. Axel estaba a mi lado.

—Un niño, el mío es un niño, Gio —me comentó mientras se sentaba a mi lado y me cubría la cara de besos. Otra besucona, no me habían dado más en la vida.

—Así que un niño, ¿estás contenta?

—¿Y cómo no lo voy a estar? Es una preciosidad, lo he visto en el monitor con papá y mamá. Qué emoción.

Axel estaba a mi lado y le daba también la enhorabuena. Greta entraba por la puerta.

—¿Qué se está celebrando aquí?

—Que voy a tener un sobrino. Y según dice mi hermana, es el más bonito del mundo.

—A las dos os voy a decir una cosa. Cuando nacen son una auténtica ricura, pero cuando están ahí dentro, a medio hacer, a las únicas que os parecen bonitos es a las madres —nos comentó ella y ambas nos miramos.

Sin mediar palabra, cada una cogimos un cojín y le impactamos en la cara con él con todas nuestras fuerzas.

—Hasta mareos me han entrado, os lo juro. Hay que ser brutas.

—A ver si va a resultar que también estás embarazada y de ahí el mareo —le comentó ella.

—¿Qué decís? No mentéis ruina que todas a la vez no podemos. Además, que yo llevo tres día y medio con Sergio, como quien dice.

—¿Y eso qué? Mi hijo no tiene padre y tan contenta que estoy, y la niña de mi hermana…

—Mi niña sí que tiene padre en realidad —le contesté.

En ese instante, los ojos de Axel se convirtieron en dos cataratas. No lo habíamos hablado específicamente ni falta que hacía. Yo tenía clarísimas sus ganas de ejercer de papá de mi pequeña. E igual de claro tenía que nadie mejor que él para hacerlo.

—¿Me lo dices en serio, Gio?

—Nunca he hablado tan en serio. Si quieres darle tu apellido, adelante.

—Es el mejor regalo que me podrías hacer en esta vida.

—Ay, Dios mío, qué momento tan emocionante.

Greta lo decía mientras se agarraba a mi hermana Abigail.

—No te arrimes tanto que eres un poquillo peligrosa —le advirtió mi hermana.

—Qué va, qué va, si estoy loquita con mi novio. Sergio es un encanto. No podía haberme topado con otro mejor. Se pasa el día enviándome mensajes. Mira, justo debe ser él. Seguro que me dice algo bonito. Está de maniobras y siempre que puede enganchar el móvil lo hace. Le da igual que esté de barro hasta el cuello. Ay, cómo me pone con su uniforme.

Mientras suspiraba, abría el mensaje de su novio y entonces el gesto se le torció por completo.

—Maldito hijo de la gran p….

—Greta, ¿qué pasa? Por favor, cariño, no me asustes —le pregunté sin dejarla terminar.

—Que me dice que lo nuestro se ha acabado. Que no quiere darme más explicaciones.

—Pero, ¿eso cómo va a ser? ¿Tú llevas puestas las lentillas?

—¿Qué lentillas, Abigail? Si la que ve menos que un gato de escayola eres tú.

—Bonita, que solo quería ayudar.

—Pues si quieres ayudar, coge una pala que nos vamos a ir a enterrar a ese miserable en el barro.

—Greta, por favor, que me estás dando miedo.

—¿Miedo? Miedo le debe dar a él. Que no me puede dar explicaciones, vaya. O sea, que me vaya a la mierda y calladita, no le vaya a molestar.

—No me cuadra en Sergio. Santi me dijo que era pata negra.

—Y en eso no se equivocó porque es un cerdo integral, Gio. Maldito capullo…

Greta estaba fuera de sí y no era para menos. Había puesto muchas ilusiones en un noviazgo que fluyó de la forma más bonita y natural. Y él le ponía fin sin ninguna explicación. Pues muy elegante no quedaba, desde luego que no.

Hizo por llamarle y no descolgó la llamada, cabreándola mucho más, como es lógico. A continuación, ella llamó a Santi y se desahogó.

—Jefa, tranquila, que no te estoy viendo, pero para mí que estás echando hasta espuma por la boca. Todo esto debe tener una explicación.

—Sí, que los tíos sois unos capullos integrales. Y yo creyendo en vosotros.

—Te refieres a los heteros, ¿no?

Axel aguantaba también el chaparrón, porque los había metido a todos en el mismo saco. Pero anda que ella estaba como para llevarle la contraria.

Nos costó calmarla. Cuando soltó el teléfono mostraba un ataque de ansiedad.

—Greta, te tienes que tranquilizar o esto lo solucionamos como se ha hecho toda la vida —le advirtió mi hermana.

—¿Cogiendo al tío por el cuello?

—No, dándote a ti dos bofetadas para que te calmes.

—Abigail, no te pases. Que ahora estás embarazada, pero como saques a pasear la mano, en cuanto des a luz entro en el paritorio y te las devuelvo.

A nuestra amiga solo le faltaba hablar en lenguas muertas. El mensaje de Sergio le había sentado fatal y era lógico. Cuando parecía que las cosas comenzaban a rodar para todas, a ella se le venía abajo el castillo de naipes que había montado con él.

Me dio muchísima pena. Greta había luchado cantidad porque lo mío con Axel saliera. De no haber sido por su intervención, nada habría sido igual. Y de pronto me encontraba con que ella estaba destrozada y sin derecho siquiera a que él le contase el motivo de la ruptura.

Los tres hicimos por animarla.

—Como para haberme quedado embarazada, sí —decía ella entre la risa y el llanto mientras le soltábamos toda clase de majaderías para que se riera.

La pobre lo tenía que ir asimilando. La vida no siempre nos sonríe a todos al mismo tiempo. A mí me había proporcionado una sonrisa, la de Axel, que me tenía enamoradísima. Una perpetua a mi lado, una sonrisa que me demostraba lo que sentía por mí cada uno de los días de mi vida, cada uno de esos que él ayudaba a que no se hiciera tan largo en el encierro de las paredes de aquella casa en la que debía permanecer en reposo.

Capítulo 44



Me preocupaba Greta. Cuando Sergio volviera de maniobras, en pocos días, no sabía cómo iba a reaccionar.

Aquel mediodía almorzábamos las dos solas. O más bien lo hacía yo.

—Estás mareando a la sopa y no me comes nada —le comenté.

—¿Y qué quieres que te coma? Que lo haga tu novio…

—No seas lerda, que apenas pruebas bocado.

—Bocado el que le voy a dar en la yugular al sinvergüenza ese cuando vuelva, como Greta que me llamo.

—Yo de ti lo dejaría correr, que estás en un plan que eres capaz de buscarte la ruina.

—Y me quedaría tan campante, fíjate.

—No digas chaladuras, ¿cuándo llega?

—Pues justo dentro de 31 horas y 20 minutos.

—No me puedo creer que lo tengas calculado así.

—Y 19 minutos, ya falta uno menos —me confirmó volviendo a consultar su reloj—. A esa hora tienen prevista su llegada al cuartel. Y te garantizo que se va a cagar la perra cuando lo haga.

—Greta, ahora sí que me estás dando miedo. No te puedes colar en una instalación militar a liarla parda porque puedes acabar detenida.

—En ese caso, llama a Samuel, que él sabrá lo que tendrá que hacer.

—Decirte que te tomes tres litros de tila por lo menos y lo dejes estar.

—Mira, Gio, tú me conoces. A las buenas, puedo ser muy buena. Pero a las malas… A las malas tampoco me gana nadie.

—Ay, cariño, qué penita me da verte así.

—Pena va a dar él de cómo lo voy a dejar. Lo arañaré como si fuese una gata en celo.

Hasta el gesto hizo y yo me eché para atrás. Sergio le había dado fuerte a Greta, nunca apostó tanto por un chico en tan poco tiempo.

Al día siguiente, no hubo forma humana ni divina de pararla. Cuando llegó la hora, salió corriendo para el cuartel. Llamé a Santi y a Samuel para que fuesen con ella e impidiesen que desatara el caos allí, ya que yo no podía acompañarla.

No soy creyente, pero recé lo poco que había aprendido de niña pensando en que Greta podía meterse en un lío monumental. Axel no daba crédito.

—Es que yo a esa petarda la quiero más de lo que supone.

—Y ella a ti, eso es obvio.

Como una hora después, entraba por la puerta, escoltada por Santi, por Samuel, ¡y por el mismísimo Sergio! Eso sí que no lo esperaba y di un tremendo respingo en el sofá.

—No me digas que lo has secuestrado, Greta. Y vosotros dos, ¿cómo habéis participado en esto?

—La pobre, es que sufre alucinaciones por las muchas pastillas que le dan para pararle el parto, ¿cómo lo voy a secuestrar, loquita? Él está aquí por su propio deseo, díselo tú, Sergio.

—Chicos, la historia es bastante rocambolesca —nos comentó.

—Yo diría más bien que es digna del guion de una peli de Netflix, qué fuerte —decía Santi.

—Resulta que mi capitana, la que dirigía las maniobras, se encaprichó de mí. Hace unas cuantas noches, se empeñó en que debíamos tener sexo y la rechacé. A renglón seguido, me apuntó con su arma, diciendo que la culpa la tenía la novia esa que me había echado.

—Es que mi chico ya se lo había contado a sus compañeros, lo nuestro. Tipo *Oficial y Caballero*, qué emoción.

—Pues me pudo salir caro, porque a punta de pistola me quitó el móvil y me pidió que lo desbloqueara. A partir de ahí se adueñó de él y me ha tenido amenazado durante todas las maniobras. No me ha dado un tiro de milagro.

—Pero como es un héroe aguantó el tipo y lo denunció en cuanto llegó al cuartel. Suerte que entró en el camión, porque de no ser así, lo atrinco yo antes y lo dejo sin aliento para confesar nada. En fin, que todo ha pasado como tenía que pasar. Lo que os dije, que yo apostaba a que mi Sergio no podía estar detrás de ese mensaje, ¿es o no es?

Tan pronto se delataba como no, era un personaje Greta.

—Claro, claro, tú decías que Sergio era una bendición, no has dudado de él en ningún momento.

—No te rías, capulla… Esto hay que celebrarlo. Llama a tu hermana y que se venga también.

—Sí, por favor, y vamos a pedir algo de comida que, estando amenazado como he estado todas las maniobras, es que no me entraba nada.

—A mí sí que me va a entrar esta noche. Pide de todo y coge energías, que necesito desfogar.

Abigail llegó al poco. Estábamos formando un grupo de lo más divertido y nos gustaba poder celebrar todo lo bueno que nos pasaba.

Mis plegarias, como diría Greta, sí que habían sido escuchadas, porque le deseaba todo lo mejor y para ella, en esos momentos, era estar con Sergio.

Pedimos pizza, nos echamos unas buenas risas y celebramos la vida en general, porque es lo mejor que puede celebrarse. De hecho, me sentía más viva que nunca.

Me había pasado demasiado tiempo no viviendo, sino solo sobreviviendo. Y el contraste era grande. Axel había arrasado en mi vida como un torbellino, cambiándola desde los cimientos. Y la niña que llevaba dentro era el complemento para que la máxima de las ilusiones me invadiese.

Cuando pasas años muerta en vida y de repente crees resucitar, agradeces mucho más cada detalle y todo lo bueno que se percibe en el día a día. Y yo tenía muchos motivos para agradecer. El primero, haber dejado atrás una existencia que, más tarde o más temprano, hubiese acabado conmigo. El segundo, haber encontrado el amor de un hombre en Axel. Y el tercero, haber recibido la noticia de que esperaba a un nuevo ser que formaba parte de mí, a un ser al que pronto tendría entre mis brazos; a mi pequeña Greta.

Capítulo 45



Pudieron aguantarme las contracciones hasta el octavo mes de embarazo. Me puse de parto una mañana, nada más levantarme.

Resulta que me acababa de desperezar. Sentía mucho sueño, pero Axel se había despertado para ir a trabajar y quise ir al baño.

—Quédate en la cama, preciosa, no hace falta que te levantes conmigo.

—No, si resulta que voy al baño. Tengo los ojos pegados todavía, como para darte cháchara. En fin…

—¿Vas al baño? Gio, creo que no has llegado a tiempo.

Ni cuenta me había dado de que mis piernas estaban chorreando. Pero no. Aquello era otra cosa. Había roto aguas.

Greta estaba dormida en su cama y la avisamos.

—Ay, por favor, que estamos de parto, que estamos de parto —refería.

—Deja de repetir eso como un mantra, que esto a quien le duele es a mí —le advertí al comenzar a notar una contracción.

Se suponía que la medicación que estaba recibiendo, unida al reposo, permitiría que diera a luz en mi fecha. Aún faltaba un mes para eso. Pero cada cuerpo es un mundo y mi niña tenía muchas ganas de llegar a este.

—¿Te duele mucho, Gio? —me preguntaba ella.

—Como para reventar. Normal, si es que voy a reventar… Por esto, por esto nunca me había planteado ser madre.

—Por esto y porque estabas hecha un cardo borriquero, que no había quien te mirase, tontaina. Y mírate ahora, una feliz mamá a punto de dar a luz.

La cogí por la mano con todas mis fuerzas. Axel dejó los ojos en blanco cuando se dio cuenta del apretón que le di.

—Ya me callo, ya me callo.

—Será mejor o te juro que cambio de idea y no le pongo ese nombre a la niña.

Se lo solté sin medir mis palabras, tan solo guiada por ese ímpetu que me llevaba a sacar por ese piquito todo lo que se me viniera a él.

—¿Qué dices del nombre de la niña? ¿Eso a qué viene? Si todavía no lo sabes, ¿no?

—Greta.

—¿Qué? Estoy aquí, ¿es que el parto afecta a la vista?

—A ti igual te afecta al oído del bofetón que te voy a dar. Greta, que la niña se va a llamar Greta.

—Por favor, qué cosa más bonita me has dicho.

—¿Lo del bofetón? Porque he estado a punto.

—No, no, lo del nombre. ¿Desde cuándo lo sabes?

—Pues desde el principio, era una sorpresa. Y no es la única, Abigail me había dicho que esto no dolía tanto. Ya se enterará ella también, qué fácil es para los médicos opinar cuando ellos no han pasado por el trance.

Estaba nerviosa. Y no solo porque doliera, que dolía y mucho, sino porque mi hija todavía era muy pequeñita y eso me producía miedo.

Cuando llegamos al hospital, ya estaban allí tanto mi hermana como mis padres. Abigail entraría con Axel y conmigo en el paritorio. Me sentía segura con ellos dos, pero el miedo seguía estando ahí.

El parto había comenzado y, para tratarse de una primeriza, no fue demasiado largo. Axel y Abigail me animaban en todo momento. Él besaba mi frente y me limpiaba el sudor que empapaba mi cara.

Todo lo di por bien empleado cuando escuché llorar a Greta. Ciertamente, era el ser más bonito y pequeñito que mis ojos hubieran visto jamás. Con apenas dos kilos de peso, su andadura en el mundo había comenzado siendo demasiado chiquitina, pero su forma de llorar ya indicaba que había llegado al mundo con mucha fuerza y con unas ganas impresionantes de aferrarse a la vida.

—Aquí está nuestra hija —le dije a Axel cuando me la pusieron en el pecho.

Sus lágrimas de emoción se fundieron con las mías. Tampoco faltaron las de mi hermana.

—Mi preciosa sobrina ya ha llegado. Bienvenida a la vida, Greta —murmuró.

—Tú siempre tan formal, Abigail.

—Y tú siempre tan valiente, Gio. Lo has hecho fenomenal.

No sabía cómo lo había hecho, pero no dudaba de que el bebé era mi mejor creación. Cuando salimos del paritorio y se la enseñamos a Greta y a mis padres, todos murieron de amor. También habían llegado Sergio, Santi y Samuel.

—Mírala bien, Sergio, porque cuando nosotros tengamos una, tiene que ser igual de bonita, ¿me oyes?

—Claro que sí, mi capitana —le contestó él cuadrándose.

—Menos cachondeo, menos cachondeo.

Greta tendría que permanecer un tiempo en la incubadora hasta que alcanzara en torno a medio kilito más de peso. Ojalá que fuese pronto y que todo se desarrollara formidable porque estábamos deseando llevarla a casa.

Axel y yo lo estuvimos hablando. Era hora de independizarnos con la niña. Greta nos lo puso muy fácil porque se fue a vivir con Sergio, dejándonos a nosotros el piso que ella y yo habíamos compartido hasta entonces.

Así evitamos tener que hacer una mudanza que hubiera sido un verdadero lío en aquellos momentos en los que solo queríamos centrarnos en su crianza.

El día que por fin nos la pudimos llevar a nuestro hogar fue uno de los más felices de nuestra vida. No solo había cogido peso, sino que su color indicaba salud. Estaba muy sana y bonita, nos tenía locos a todos.

Comenzaba una nueva vida con dos personas a las que unos meses atrás no conocía; mi hija y Axel. Cómo pueden convertirse dos desconocidos en el centro de tu existencia constituye uno de los grandes misterios de la vida.

Las visitas se sucedían, pues los nuestros estaban enamorados de la pequeñaja, pero poder comenzar a salir con ella a la calle fue el mayor de los regalos.

Después de una etapa en la que tuve que mantenerme recluida en casa, pasear con Axel y con nuestra hija por la calle suponía una bendición. Y verle a él ejercer de padre, otra.

Si un día pensé que todo aquello le vendría grande, me equivoqué al cien por cien. No podía haber encontrado a un padre mejor para mi pequeña Greta; a uno más amoroso y detallista.

Capítulo 46



Unos meses después de la llegada al mundo de Greta, la familia se amplió con mi sobrino Borja, quien vio la luz rebosante de salud e invadiendo de alegría a mi hermana y al resto de la familia.

Por si no tuviésemos suficiente con eso, fue Jorge mi ginecólogo, quien también la atendió a ella en el parto. El embarazo se lo había llevado otra compañera, que resultó estar de baja cuando Borja nació.

Mi madre y yo entramos con Abigail en el paritorio y ese sexto sentido del que a veces hablo me hizo ver que entre el joven médico y mi hermana estaba fluyendo también algo. Ya había notado cierto *feeling* el día que yo di a luz, pero cuando le tocó a ella se manifestó más.

En los siguientes días, Jorge pasó a verla, porque a Abigail tuvieron que practicarle una cesárea y quedó ingresada unos cuantos, los cuales ambos aprovecharon para estrechar lazos.

Jorge aún no tenía hijos, era de la edad de mi hermana y se encariñó mucho igualmente con Borja. El día que vi que les hizo una visita en casa, comprendí que Cupido había vuelto a hacer de las suyas, y eso que el angelote me despertó mucha antipatía durante demasiado tiempo.

Hay cosas en las que tienes que terminar creyendo sí o sí y que él va esparciendo flechas a diestro y siniestro es una de ellas. Ese querubín con

pañales, encima es que tiene buena puntería.

Y hablando de pañales, nuestra vida había cambiado por completo entre justamente esos pañales, los biberones y toda la parafernalia que traen consigo los críos. Un cambio con el que estábamos encantados.

Me hubiera gustado que Concha hubiera podido participar de aquello. Axel había ganado un hijo, pero por el camino perdió una madre… Una madre que no podía verme ni en pintura, pero a quien creo que finalmente me hubiese ganado.

Cuando alguien quiere a tu hijo, y eso lo sé ahora que soy madre, ya tiene muchos puntos ganados contigo. Y Concha hubiera comprobado con sus propios ojos que yo a Axel le quería con todo mi corazón.

Volví a ser la Gio de antaño. La Gio sana y feliz que creía en el amor y en los muchos alicientes que el futuro nos puede deparar. Pero, además, por el camino había madurado y sabía disfrutar las cosas buenas que tiene la vida, como dice la famosa canción que nos indica que abramos los ojos y miremos hacia arriba.

No creía en aquel momento que mi vida necesitara de ningún aderezo más. Sin embargo, al poco de nacer mi sobrino, en casa de mis padres celebramos una gran fiesta para festejar que sus dos nietos estaban en el mundo.

Al menos, eso era lo que yo creía.

Pongamos las cosas como son. A Axel, antes de que lo nuestro fuera en serio, le había comentado en más de una ocasión que no me casaría porque no creía en el matrimonio.

¿No os ha pasado alguna vez que decís algo en un momento dado y con el tiempo os consideráis unos bocachanclas? Pues eso me pasó a mí. Con los meses, comenzó a apetecerme la idea de casarme con él. Por lo civil, otra forma no entraba en mi cabeza, pero claro, después de decirle que yo por ese aro no pasaba, ¿quién era la guapa que se desdecía?

En fin, que más de una vez lo pensaba. No contaba con que Axel me conocía ya demasiado bien a esas alturas, y sabía que no todo lo que yo había dicho cuando tenía puesta esa coraza era exactamente así. Fue eso o que se la jugó y punto.

Mi sorpresa fue mayúscula en cualquier caso. Sucedió cuando creí que la celebración había llegado a su término. Estaba a punto de coger a la niña para meterla en su cuquito cuando las chicas me indicaron que me dieran la vuelta. Era obvio que formaban parte de aquel "complot" para terminar de volverme loca de felicidad.

Cuando me giré, él ya estaba con la rodilla hincada en el suelo.

—Gio, de esta solo salgo de dos maneras: o con la promesa de que te casarás conmigo o con una patada en la boca.

No me lo pudo pedir con más gracia, mientras sacaba el consabido anillo, y a mí me dio por reír a auténticas carcajadas. Si hoy en día tuviera que definir el sonido de la felicidad, sería así; el de esas carcajadas que su inesperada petición me provocó.

Nunca llegué a contestarle con palabras. No hicieron falta. Esas carcajadas indicaban el camino que íbamos a iniciar juntos. No, el camino que íbamos a continuar juntos, porque iniciarlo lo habíamos iniciado mucho antes.

Cuando me vi con el anillo en el dedo apenas podía creerlo. Me iba a casar con Axel, teníamos una hija y una vida plena. No podía pedir más. Es así; llega un momento en el que tienes por seguro que no puedes pedir más. Otra cosa es que la vida se muestre tan generosa que te lo conceda, y ya descubriréis pronto por qué os lo digo.

El flechazo que nos dio Cupido, se materializó aquel día en el que pusimos nuestros planes de boda en marcha. No había prisa, queríamos disfrutarla. Lo haríamos en el siguiente verano, ambos teníamos claro que deseábamos una boda estival donde el buen tiempo garantizase que viviríamos un día alucinante, a la altura de lo que se merecía nuestro amor.

Cuando ciertos pensamientos de ese tipo me asaltaban, no podía evitar pensar que me estaba volviendo una cursi, pero si era así, que viviese la cursilería.

Cada uno de los pasos que diésemos camino de ese matrimonio aumentaría nuestra alegría; una alegría que también se vio aumentada, y mucho, por un nuevo embarazo que nos asaltó de un modo inesperado a tan solo un mes de la boda. Nunca pensé en tener más hijos, no antes de estar con Axel, pero con él… Con él me lanzaba al vacío y sin paracaídas.

Epílogo



Había llegado el verano y mi nuevo embarazo discurría sin mayor problema. De hecho, aún estaba de muy poco y ni siquiera se notó debajo de la ceñida cintura de mi sexi vestido de novia, corto y con escote palabra de honor, el cual elegí para una boda civil que celebraríamos al aire libre.

Un precioso hotel, propiedad de uno de los mejores clientes de Samuel, fue el escenario que elegimos para darnos el "sí, quiero". Estaba situado en las afueras de la ciudad y contaba con unos jardines espectaculares.

Hasta allí nos habíamos trasladado un par de días antes todos nosotros, disfrutando de la piscina y de las excelencias de la estancia del "todo incluido".

Con Santi y con Samuel es que nos dolían hasta las costillas de reírnos. Nuestra Greta y su primo Borja estaban para comérselos y ellos provocaban que se desternillaran de risa.

No solo yo estaba embarazada. Allí mismo nos dieron la noticia de que otro bebé volaba en el pico de la cigüeña. Los afortunados fueron Greta y Sergio, cuyo amor iba genial igualmente. Y puestos a dar noticias, Samuel y Santi no se quedaron atrás.

—Pues nosotros, engendrar de manera natural obviamente no podemos, pero casarnos sí. Y este donjuán que tengo por novio me lo ha pedido

anoche —comentó Santi—. Y antes de estar borracho como un piojo, que no quiero suspicacias.

Celebramos mucho también esa pedida. A cada uno de nosotros, la vida nos estaba sonriendo y le devolvíamos la más emocionada de las sonrisas.

Axel tuvo un detalle espectacular, conmigo, uno de tantos, que me sorprendió al comienzo del día. El trayecto entre la puerta del hotel y el lugar de la celebración era curioso, pues ya digo que sus jardines se esparcían por amplios terrenos cruzados por caminos.

Una vez que salí con mi padre del brazo, vi aquella moto con sidecar dispuesta para acercarme a ese otro lugar donde ya me esperaba él con mi madre, que actuó de madrina, supliendo el papel que no pudo desempeñar la malograda Concha.

—Una moto, papá, ¿ha sido idea tuya?

—No, lo ha sido de tu prometido. Pero que conste que conduzco yo.

Así fue. Me acoplé en el sidecar y disfruté una barbaridad del trayecto mientras mi padre me regalaba las más emocionadas de las sonrisas.

Cuando llegamos, todos nos esperaban. Alcé el ramo en señal de felicidad. Mi niña estaba en brazos de Greta, que ejercía de tita, y reía al verme, contagiando a su primito.

Axel no rio, a él las lágrimas le brotaron de los ojos al observarme avanzar con mi padre al lado.

—Cuídala mucho, se merece ser feliz —le pidió el hombre, acongojado.

—Te lo prometo. La voy a cuidar hasta mi último aliento.

Cuando Axel prometía algo, lo hacía de corazón. Y sus palabras me sonaron como las más sinceras del mundo, además de que me cogió la mano, no soltándola en toda la ceremonia.

Os voy a contar la verdad… Realmente no estaba muy atenta a lo que decía el oficiante. Yo lo que estaba esperando era el momento beso. Lo demás, no hacía falta que nadie me lo recordase: planeaba querer a Axel como lo hacía hasta el momento, y más si es que era posible.

Pues bueno, justo en el momento beso, en ese que tanta expectación me causó, nuestra pequeña Greta se puso a berrear. Y es que, igual que a Gio, la mujer de CR7 le pasaba con Alana, mi hija también creía que su padre era suyo y solo suyo. ¡Y ojo cuando me veía besarlo!

Una anécdota más de un día que estuvo plagada de ellas. La celebración, al aire libre, fue mejor que estupenda. No faltaron los buenos deseos de los nuestros, las risas, el baile y, sobre todo, la alegría.

No pude brindar por nuestro futuro con burbujeante champán porque volvía a estar embarazada, pero igualmente sabía que estaba predestinada a ser muy feliz con Axel.

Aquel embarazo, que nos pilló de sopetón, nos hizo cambiar la idea de la luna de miel. En principio, nos íbamos a Bali, pero preferimos quedarnos más cerquita y recorreríamos La Toscana italiana, una zona que estaba deseando conocer a su lado.

Si tuviera que definir nuestra boda con dos palabras, esas serían “felicidad desbordante”, la que quedó grabada en cada uno de nuestros rostros en un día en el que todo salió como lo habíamos previsto.

Claudia, la prima de Axel, nos dedicó unas preciosas palabras. Su familia era cortita y padres ya no tenía, pero la poca de la que disfrutaba me terminó acogiendo con los brazos abiertos.

Le agradecí el gesto antes de lanzar el ramo de novia. Había varias candidatas a las que podía ir dirigido, pero el azar quiso que terminase en las manos de mi hermana. Ella saltaba, contenta, cuando Jorge se le acercó.

—Tenía ganas de hacerlo, pero al verte con el ramo en la mano, se me ha ocurrido que es el mejor momento para pedirte que te cases conmigo, Abigail.

Mi hermana se puso tan nerviosa que, al lanzarse sobre él, le dio con todo el ramo en la cara y el pobre, que era un tanto alérgico, se puso a estornudar.

—No vayas a decir que esa alergia te la provoco yo, que lo hecho, hecho está. Y tú ya me has pedido matrimonio.

—Y lo mantendría, aunque me tuviesen que ingresar, preciosa.

Precioso me parecía a mí el resultado de todo aquello. Sin saber cómo, nos habíamos ido emparejando cada uno de nosotros y, encima, nuestra felicidad se había visto colmada con unos críos que eran realmente divinos.

Cuando alguien está para ti, da exactamente igual lo que hagas para tratar de esquivarlo. Si el destino te ha elegido para que compartas tu vida con esa persona, la vas a compartir te pongas como te pongas.

Eso me había ocurrido a mí, que consideraba que nací para amar a Axel. No era el primer hombre a quien le había entregado mi amor, pero sí sería el último, porque cuando la pasión te hace palpitar el corazón como el mío lo hacía en su presencia, sabes que sucumbes a él o estás perdida.

Perdida… Perdida estuve yo hasta el día en el que volví a reencontrarme gracias a Axel, quien me sacó de las tinieblas en las que me había internado para devolverme a la luz de una vida que, cada día, apreciaba más a su lado. Solo puedo agradecerle al universo que le pusiera en mi camino, aunque le pida perdón por haberle atropellado.

Mis redes sociales:

Facebook: Hugo Sanz
Instagram: @hugosanz.autor
Twitter: @ChicasTribu
Amazon: relinks.me/HugoSanz